

**Tres Hombres en una Barca  
(Sin contar al perro)**

**Por**

**Jerome K. Jerome**

*Free*editorial 

## PREFACIO

La principal belleza de este libro no reside tanto en su estilo literario o en el alcance y utilidad de la información que proporciona como en su simple veracidad. Sus páginas constituyen un registro de acontecimientos que ocurrieron realmente. Todo lo que se ha hecho es darles color, y ello sin recargo alguno de precio. George y Harris y Montmorency no son ideales poéticos, sino seres de carne y hueso... especialmente George, que pesa unos ochenta kilos. Quizá otras obras sobrepasen a ésta en profundidad de pensamiento y conocimiento de la naturaleza humana, y otros libros rivalicen con éste en originalidad y tamaño, pero, en lo que toca a veracidad sin esperanza ni curación posible, nada descubierto hasta el presente puede superarlo. Creemos que este encanto, por encima de los demás que lo adornan, dará a este volumen un valor precioso para el lector atento y prestará peso adicional a la lección que el relato contiene.

Londres,  
Agosto de 1889.

## CAPITULO 1

Tres hombres delicados. –El estado de salud de Jorge y Harris. –Una víctima de ciento siete graves enfermedades. –Excelentes prescripciones facultativas. –Cura para las afecciones del hígado en los niños. –Llegamos al convencimiento de que sufrimos un exceso de trabajo y necesitamos descanso. –Ocho días sobre las procelosas aguas del mar(?). –Jorge sugiere el río. –Montmorency presenta una objeción. –La moción original aprobada por mayoría de tres contra uno.

Nosotros cuatro, Jorge, Guillermo, Samuel Harris, yo y Montmorency, estábamos sentados en mi cuarto fumando y charlado sobre nuestra triste situación – claro está que eso se refería a nuestro estado de salud.— Nos sentíamos tan aplanados, tan deprimidos física y moralmente, que ya comenzábamos a preocuparnos. Harris dijo que a menudo le daban unos vahídos tan fuertes que no se daba cuenta de lo que hacía; Jorge añadió que también sufría de fuertes vértigos y tampoco se daba cuenta de sus acciones. En cuanto a mí, sólo se trataba del hígado, que no funcionaba bien; sí, estaba seguro que era cuestión del hígado, pues acababa de leer un prospecto de unas pastillas en el cual se detallaban los diversos síntomas de este trastorno, con lo

que se permitía a cualquiera darse cuenta de las anomalías de su hígado, y yo — ¡pobre de mí!— experimentaba todos esos síntomas.

Es fantástico, pero jamás he podido leer el anuncio de un específico sin llegar a la conclusión de que sufro la enfermedad allí descrita bajo su forma más virulenta. El diagnóstico siempre corresponde a las sensaciones que puedo haber experimentado. En cierta ocasión fui a la biblioteca del British Museum para enterarme del tratamiento a seguir contra cierta indisposición que me causaba ligeras molestias. Cogí el Diccionario de Medicina, enterándome de cuanto me interesaba, y luego, irreflexivamente, hojeé varias páginas y me puse a estudiar indolentemente las enfermedades en general. No recuerdo cual fue la primera dolencia con que tropecé — sólo sé que era una terrible y devastadora epidemia, — y antes de haber terminado de enterarme de sus síntomas llegó a mi mente la terrible certeza de que los tenía todos. Durante unos minutos quedé helado por el estupor, y llevado por la desesperación volví a hojear el Diccionario. Llegué hasta la fiebre tifoidea, leí sus características, descubriendo que estaba con fiebre tifoidea; debía haberla padecido durante meses enteros. Me pregunté qué otra cosa más podía padecer y abrí el capítulo dedicado al baile de San Vito, y, tal como esperaba, también sufría de esas tremendas convulsiones. Entonces mi caso, que ya bordeaba los límites de lo patológico, comenzó a interesarme, y, decidido a averiguar hasta el fin, recorrí el volumen por orden alfabético. Lo primero que encontré fue la acidosis, enterándome de que estaba en los principios de la enfermedad, cuyo periodo de más agudo tendría lugar dentro de unos quince días; con enorme alivio supe que padecía la enfermedad de Bright en su forma más moderada y que, por lo tanto, aun me quedaban algunos años de vida. Tenía el cólera, con gravísimas complicaciones, y por lo que se refería a la difteria se hubiese dicho que nació con ella.

Concienzudamente repasé las veintiséis letras del alfabeto, y la única enfermedad que, según el Diccionario, no padecía, era “la rodilla de beata”. Debo confesar que de primer momento, esto me molestó, me hizo el efecto de una especie de menosprecio, ¿por qué motivo no sufría esa enfermedad? ¿a santo de qué esta odiosa salvedad? Sin embargo, al cabo de unos minutos, sentimientos menos egoístas brotaron de mi corazón, reflexioné sobre mi caso: padecía absolutamente todas las enfermedades conocidas menos una. ¿Acaso esto podía tacharse de menosprecio? Si, honradamente podía prescindir de la “rodilla de beata”. La gota en su fase más aguda habíase apoderado de mis articulaciones, sin haberme enterado de ello y, por lo visto padecía de zoonosis desde mi más tierna infancia, y como no aparecían más enfermedades después de la zoonosis, me convencí de que ya no padecía de ninguna otra. Entonces me sumí en ondas reflexiones. ¡Que excelente adquisición iba a resultar para la Academia de Medicina! No sería necesario que los estudiantes acudieran a los hospitales. Teniéndome a mí — ¡un compendio de todos los males!— se

ahorraban perder tiempo en visitas y conferencias; sólo haría falta que me estudiasen detenidamente, y luego podrían doctorarse con todos los honores.

Me pregunté cuánto tiempo me quedaba de vida, intenté examinarme y me tomé el pulso; de primer momento no lo encontré, luego, bruscamente, se disparó, saqué el reloj para cronometrar sus pulsaciones y obtuve como resultado la bonita cifra de 147 por minuto. Después quise auscultarme el corazón; no pude oír el más mínimo latido, ¡no estaba en su sitio! (Claro está que, a pesar de todo, mi víscera cardiaca nunca debe haber salido de mi pecho; más en aquellos instantes no podía asegurarlo, y su posible paradero me preocupó bastante). Me propiné una serie de palmadas en la parte delantera de mi “edificio”, desde lo que llamo cintura hasta la cabeza, dando la vuelta hacia cada costado y la espalda, pero no oí ni sentí nada. Quise mirarme el estado de mi lengua, la saque cuanto pude, cerrando un ojo e intentando examinarla con el otro: sólo conseguí divisar la punta – ¡y esto a riesgo de quedarme bizco! – cuyo extraño color me llevó al firme convencimiento de que tenía escarlatina.

Había entrado en la biblioteca lleno de vigor, contento, optimista, pero a la salida estaba convertido en una ruina ambulante, con un pie en la tumba. Sin perder tiempo me dirigí a casa de mi médico, un viejo amigo que cuando creo estar enfermo me toma el pulso, me hace sacar la lengua y se pone a hablar sobre el tiempo. Por mi mente cruzaban agrisados pensamientos – las perspectivas de un viaje al más allá no suelen ser muy alegres – que iban ensombreciendo mi espíritu; el único rayo luminoso en esa profunda oscuridad era pensar en el favor que iba a hacer a mi amigo. “Lo que un médico necesita – me dije a mí mismo – es mucha práctica, y teniéndome a mí... ¡ni que atendiese a mil setecientos cincuenta pacientes con sólo una o dos enfermedades!

Al llegar a su casa apenas tenía alientos para subir las escaleras; oprimí el timbre con las escasas fuerzas que me quedaban, y, casi arrastrándome, pude llegar hasta su despacho.

— Bien, muchacho – exclamó alegremente mi amigo.— ¿Qué es lo que te trae por aquí?

— No pienso hacerte perder tiempo, chico – respondí con trémolos en la voz, — diciéndote lo que me ocurre... La vida es muy corta y podrías morir antes de que terminara de hablar... Sin embargo, voy a decirte lo que no me pasa: ¡no padezco de la “rodilla de beata”!... No puedo decirte a que se debe esta anomalía; no obstante es evidente que no sufro esa dolencia. En cambio... en cambio: ¡estoy atacado de todas las enfermedades!— Y le expliqué seguidamente como había llegado a tan lamentable descubrimiento.

Me hizo desvestir, me tomó el pulso golpeándome el pecho cuando menos lo esperaba – a esto llamo una perfecta cobardía, — después restregó su

cabezota contra mi espalda. En cuanto hubo terminado estas operaciones se sentó a escribir una receta, que me entregó doblada. La guardé en el bolsillo y me marché; no sentí curiosidad de abrirla; me limité a llevarla a la farmacia más próxima donde el farmacéutico la leyó, devolviéndomela inmediatamente.

— ¿No es usted farmacéutico? – pregunté molesto.

— Si, lo soy – repuso gravemente.— Si tuviese una cooperativa y una pensión familiar podría servirle; más siendo sólo licenciado en farmacia, no veo la manera de atenderle.

Sus palabras me intrigaron sumamente, y desdoblé la receta. A mi amigo no se le había ocurrido más que esto:

“Una libra de bistec con un jarro de cerveza cada seis horas.

Un paseo de diez millas cada mañana.

Acostarse a la once de la noche

Y no llenarse la cabeza con cosas que no se entienden”.

Me apresuré a seguir los consejos de mi médico con el feliz resultado – desde luego hablo por mí particularmente – de que salvé mi vida y aún estoy bueno y sano.

Ahora volviendo a la circular de las pastillas para el hígado, he de confesar que tenía todos aquellos síntomas; el principal de estos era una falta de inclinación a realizar trabajo alguno. ¡Lo que sufro con esto nadie es capaz de saberlo! Desde mi más tierna infancia – cuando niño ni un solo día dejé de padecer esta terrible enfermedad, — he sido un mártir del hígado; desgraciadamente entonces la medicina no estaba tan adelantada como ahora, y a mi familia sólo se le ocurría motejarme de gandul.

— Oye, tu... ¡grandísimo perezoso! – solían decirme con escasa amabilidad sin darse cuenta de que estaba muy malito, — ¡levántate y haz algo por la vida...!

Y no daban pastillas, sino fuertes cachetes que, por raro que pueda parecer, poseían virtudes medicinales, pues me aliviaban bastante, por lo menos temporalmente. Uno de aquellos cachetes tenía más efecto sobre mi hígado y me daba más deseos de levantarme y cumplir con mis obligaciones que toda una caja de pastillas que ahora tomo. Esto suele suceder a menudo: los viejos remedios caseros poseen mayor eficacia que muchos productos de laboratorio.

\*\*

Más de media hora estuvimos describiendo nuestras respectivas enfermedades; expliqué a Jorge y Harris como me sentía al levantarme por las mañanas. Harris nos dijo como se encontraba al acostarse, y Jorge, poniéndose

en pie frente a la chimenea, nos dio una magnífica demostración de cómo se encontraba por las noches. Aunque Jorge cree estar enfermo, en realidad no tiene motivo alguno de inquietud.

En ese momento la señora Poppets nos avisó que la cena estaba servida. Sonreímos tristemente diciendo que deberíamos intentar comer un poco. Harris afirmó que comiendo se alejan y combaten muchas enfermedades y que valía la pena hacer un esfuerzo. La patrona entró la bandeja, que colocamos sobre la mesa, y empezamos a jugar con bistec con cebollas y tarta de ruibarbo. Indudablemente estaba muy enfermo, pues al cabo de media hora, o así, ya no me interesaba la comida – cosa muy extraña tratándose de mí – y hasta rechazé el queso.

En cuanto hubimos cumplido este imperioso deber llenamos los vasos, encendimos las pipas y resumimos la discusión sobre nuestros respectivos estados de salud. En realidad, ignorábamos lo que teníamos, pero estábamos de acuerdo en que – fuese lo que fuera – provenía de un exceso de trabajo.

— Necesitamos descansar – afirmó Harris.

— Descanso y cambio completo de ambiente, muchacho – dijo Jorge, en tono doctoral, — La gran tensión cerebral nos ha producido una enorme depresión nerviosa. Un cambio de ambiente y reposo absoluto obrarán el milagro de restaurarnos el equilibrio mental.

Jorge tiene un primo que en el padrón aparece como “Estudiante de Medicina”; de ahí le viene utilizar expresiones médicas que nos coloca siempre que puede — ¡Y le dejamos!

— Tienes razón – dije aprobativamente. —Busquemos un rincón lejos del mundanal ruido para pasar una semana en plena naturaleza; un semiolvidado lugar de suaves colinas y verdes bosques, lejos de la vida febril de las grandes ciudades; un paraje pintoresco a donde lleguen amortiguados por la distancia los funestos ecos de la civilización; un...

— ¡No digas más disparates! – interrumpió Harris, groseramente, — Todo eso es un perfecto aburrimiento... Ya sé qué clase de lugar quieres decir: un sitio donde la gente se acuesta con las gallinas, donde es imposible encontrar un número del “Referee” – ni pagándolo a precio de oro, — y hay que andar diez millas para encontrar un estanco... No, chico, eso sí que no... Si buscamos reposo y cambio de ambiente, no hay nada mejor que un viaje por mar...

A esto sí que me opuse terminantemente. Un viaje por mar resulta saludable si se dispone de un par de meses pero cuando se tiene sólo una semana es simplemente pernicioso. Uno se embarca el lunes con la idea de divertirse de lo lindo; se despide alegremente de los amigos, enciende la más grande de sus pipas y se contonea por cubierta como si fuera el capitán Cook,

sir Francis Drake y Cristóbal Colón, todo en uno; el martes quisiera no haberse embarcado, y los tres días siguientes sueña con la muerte; el sábado ya se atreve a tomar unos sorbos de caldo vegetal y subir a cubierta a tenderse en un sillón, sonriendo dulce y cansadamente cuando las almas caritativas se interesan por su salud. El domingo se encuentra con ánimos de reanudar la vida normal y hace honor al succulento menú de a bordo, y el lunes por la mañana, cuando se haya junto a la plancha a punto de bajar a tierra se da cuenta de que empezaba a coger cariño a los dominios de Neptuno.

Recuerdo ahora que, en cierta ocasión, mi cuñado realizó un corto viaje por mar a fin de “reponerse”; tomó pasaje de ida y vuelta para la travesía de Londres a Liverpool, y a su llegada a Liverpool, sus únicos deseos eran los de vender el billete de regreso. Según me dijo, se ofreció el pasaje a precio muy rebajado y al fin consiguió vender el suyo por dieciocho peniques a un jovenzuelo de aspecto bilioso a quien el médico había recomendado los aires del mar y mucho ejercicio.

— ¡Aires de mar...! – exclamó mi cuñado, apretando el billete entre sus manos. – Va usted a tomar una ración que le durará toda la vida... y por lo que se refiere a lo demás... ¡hará mucho más ejercicio a bordo que dando volatines en tierra firme!...

He de añadir que mi cuñado regresó por tren, pues opinaba que el North Western Railway resultaba suficientemente saludable para sus necesidades.

Otro conocido mío emprendió un crucero de una semana, alrededor de la costa; antes de zarpar, el mayordomo le preguntó si quería pagar separadamente cada comida o bien anticipadamente por todas, añadiendo que esto último le resultaría más económico, pues las comidas de la semana vendrían a costarle unas dos libras y cinco chelines. Al propio tiempo le informó que el desayuno consistía en pescado y carne asada; el almuerzo, a la una en punto, constaba de cuatro platos; a las seis llamaban para comer – sopa, pescado, entrantes, pollo, ensalada, dulces, queso y fruta, — y a las diez una ligera refacción a base de pastas y carne fría. Mi amigo, muchacho de excelente apetito, llegó a la conclusión de que el plan de dos libras y cinco chelines era el más conveniente a sus intereses y pagó anticipadamente por las comidas de la semana.

Apenas salieron de Sheerness, sonó la hora del almuerzo, y, asombrado, notó hallarse algo desgano; así es que se contentó con un poco de carne hervida, fresas y crema. Toda la tarde la pasó sumamente preocupado; a ratos parecía como si hubiera pasado semanas enteras alimentándose de carne hervida, y en otros como si durante años enteros sólo hubiese comido fresas y crema; por cierto que ni la carne, ni las fresas, ni la crema tampoco parecían estar muy satisfechas; Hubieres dicho que su estado de ánimo era bastante

levantisco. A las seis le anunciaron que la comida estaba servida, y aunque esta noticia no le llenó de entusiasmo, como tenía el convencimiento de que debía recuperar algo de aquellas dos libras y cinco chelines, bajó agarrándose a las cuerdas y pasamanos. Un agradable olor de cebollas, ajos y jamón caliente, mezclado con el de pescado frito y verdura, le acogió a su llegada al comedor; el mayordomo hizo su aparición con empalagosa sonrisa en los labios.

— ¿Desea algo el señor?

— Deseo que me ayude a subir... – fue su débil respuesta.

Le subieron rápidamente, dejándolo apoyado sobre la borda, hacia estribor y se alejaron a gran velocidad.

Durante cuatro días hizo una vida sencilla e irreprochable, a base de galletas marinas y sifón; al llegar el sábado sentíase más animado, tomó té flojito y tostadas; el lunes ya se atrevía con caldo de gallina, y el martes, al hallarse en tierra, viendo como el barco se alejaba del muelle, murmuró tristemente:

— ¡Se va! – decía acongojado. — ¡Se va! ...llevándose dos libras esterlinas de comida que me pertenecen y que no he probado...

Por todo esto es que me opuse rotundamente al viaje por mar, y no porque temiese por mí mismo — ¡jamás me he mareado! – si no porque Jorge, que a su vez dijo que él se encontraría muy a gusto, e incluso semejante cosa le llenaría de placer, pero nos aconsejaba no pensar en ello, pues estaba seguro de que nos pondríamos malos.

— No comprendo cómo hay gente que se indispone a bordo – dijo Harris reflexivamente, — muchas veces me he propuesto marearme y nunca he logrado salirme con la mía. A mí me parece que hay muchos que gustan de hacer comedia, pues de otra forma no se entiende...

Mirad, si no, las veces que he cruzado el canal en días de mal tiempo, cuando obligaban a los pasajeros a atarse en las literas, y como nunca, jamás, me he encontrado mal... Y eso que eran temporales de tal envergadura que hasta el capitán y los oficiales terminaron acodándose en la borda con aire melancólico – pura comedia, muchachos, pura comedia... — ¡No, por experiencia propia no creo en el mareo!...

Constituye un verdadero enigma saber dónde van a parar, cuando están en tierra, los miles de malos marinos; claro que si la mayoría son como cierto ciudadano que vi en el buque de Yarmouth, entonces comprendería el misterio. Acabábamos de salir del mulle de Southend y este individuo estaba apoyado en una de las escotillas, en posición muy peligrosa. Me acerqué para evitar un



accidente desgraciado.

— Cuidado, amigo – dije, sacudiéndole por un hombro. — ¡Va a caerse al agua!

— ¡Ay de mí! Ojalá fuese ahora mismo... – fue la única respuesta que pude obtener, y tuve que dejarlo por inútil.

En el café de un hotel de Bath, le encontré tres semanas después, disertando sobre sus viajes y explicando con coloreadas palabras su amor al mar.

— ¿Si soy buen marino? – exclamó en respuesta a la envidiosa pregunta de cierto tímido jovencuelo. — ¡Hombre... confieso que una vez me sentí algo mareado! ...por cierto que fue en las cercanías del cabo de Hornos... Hacía un tiempo tan atroz que el buque fue a pique a la mañana siguiente...

— Óigame, ¿no estuvo usted alguna vez así... digamos un poco turbado, cerca del muelle de Southend, con intenciones de morir ahogado? – pregunté al viajero.

— ¿El muelle de Southend? – contestó asombrado.

— Si, cuando se dirigía hacia Yarmouth... hará unas tres semanas...

— ¡Oh! ... ¡ah...! ¡sí, es verdad! – comprendiendo lo que quería decirle – ¡Ahora recuerdo...! Menudo dolor de cabeza tenía aquella tarde. Y todo por culpa de los encurtidos, ¿sabe usted? Eran los más horrorosos que he comido en un buque que se respete algo. ¿Los probó usted?

Para mi uso particular he descubierto un excelente preventivo contra el mareo; consiste en balancearse. Se pone uno en medio de cubierta, y mientras el buque cabecea y oscila, se mueve el cuerpo de manera que siempre esté en línea recta; cuando la proa se levanta, uno se echa hacia delante de manera que la cubierta casi roce la nariz, y cuando la proa se hunde, uno se echa hacia atrás; claro que esto resulta muy bien durante una hora o dos, mas es imposible balancearse indefinidamente.

\*\*

— Vayamos al río – dijo Jorge, — allí tendremos aire puro, ejercicio y tranquilidad, el constante cambio de paisaje nos ocupará el cerebro – incluyendo la reducida cantidad de materia gris que Harris posee – y el duro trabajo nos dará apetito y sueño.

— Eso sí que no – protestó Harris. — ¿Hacer cosas que aumenten tu propensión a dormir? ¡De ninguna manera! Sería muy peligroso... Sin contar que no comprendo cómo vas a poder dormir más, partiendo de la base de que sólo hay veinticuatro horas en un día, y si en realidad has de dormir más que

ahora casi valdría la pena que te murieses; tu familia se ahorraría los gastos de patrona.

A mí me pareció una buena idea eso del río, a Harris también le pareció bastante aceptable, y ambos dijimos que esa sugerencia no estaba mal; claro está que un espíritu susceptible hubiese advertido en nuestras voces algo así como un retintín que insinuaba cuanto nos sorprendía que Jorge hubiese demostrado tanta inteligencia, pero como los espíritus susceptibles brillaban por su ausencia no hubo el más leve comentario.

El único a quien no complacía el nuevo plan fue a Montmorency, que jamás supo apreciar los atractivos del Támesis.

— Eso está bien para ustedes, muchachos – decían sus vivaces ojuelos. – A ustedes les gusta, pero a mi no. No tengo nada que hacer en el río... contemplar el panorama no es mi debilidad, tampoco fumo. Si veo una rata no van a pararse mi honor, y si me duermo... no dejarán de moverse por el bote a riesgo de tirarme al agua... Si quieren que les diga mi opinión... ¡todo esto es una solemne tontería!...

No obstante, como había tres votos en contra de uno, la moción fue unánimemente aprobada.

## CAPITULO 2

Discusión de planes. –Las delicias del camping durante el buen tiempo. – Ídem en noches lluviosas. –Se llega a un acuerdo. –Las primeras impresiones que se tienen sobre Montmorency. –Se le cree demasiado bueno para este mundo, más estos infundados temores se desvanecen rápidamente. –Se aplaza la reunión.

Sacamos los mapas, poniéndonos a discutir planes, y decidimos que el próximo sábado saldríamos de Kingston. Harris y un servidor bajarían por la mañana al río, llevando la barca a Chertsey, y Jorge, que no podía abandonar la City hasta la tarde (a Jorge le paga una importante casa de banca para que duerma de diez de la mañana a cuatro de la tarde, excepto los sábados, que lo despiertan a las dos), nos encontraría allí.

¿Acamparíamos al aire libre o dormiríamos en la posada? Jorge y yo sugeríamos lo primero. ¡Qué cosa más deliciosa y patriarcal! Los dorados rayos del sol poniente van desapareciendo lentamente de los corazones de las sombrías nubes, los pájaros, silenciosos cual niños tristes, cesan en sus trinos y sólo el quejumbroso quejido del murciélago y el áspero graznido de las lechuzas rompen el sepulcral silencio en torno al lecho de las aguas, donde el

doliente día exhala sus últimos suspiros. A ambos márgenes del río, en los oscuros bosques, el ejército espectral de la noche, las grises sombras, se deslizan silenciosamente para perseguir la vacilante retaguardia de la luz y pasan con pasos quedos, invisibles, sobre las trémulas hierbas y a través de los cañaverales. La noche, acomodada en su sombrío trono, dobla sus negras alas sobre el mundo que oscurece, y desde su reino fantasmal, iluminado por el pálido resplandor de las estrellas, reina en medio del mayor silencio. Entonces llevamos el botecito hacia algún tranquilo rincón, armamos la tienda, preparamos y comemos una frugal cena; luego se cargan y encienden las pipas y se inicia en tono menor una agradable conversación. (En las pausas de nuestra charla, el río, jugueteando debajo de la barca, narra extrañas consejas y secretos, cantando quedito la canción que ha cantado durante tantos siglos y seguirá cantando durante otros miles de años antes que su voz se vuelva áspera y cascada, una canción que nosotros, los que hemos aprendido a amar su mudable rostro, los que tan a menudo nos hemos acurrucado en su amplio regazo, creemos comprender, aunque no somos capaces de traducir en palabras aquello que escuchamos ensimismados. Y nos sentamos allí, a sus orillas, mientras la luna, que también le ama, se inclina para besarle con ósculo fraternal, rodeándole con sus plateados brazos, y le vemos deslizarse siempre cantarino, siempre susurrante, al encuentro del mar.)

Y nosotros, muchachos vulgares, nos sentimos extrañamente pensativos, no tenemos ganas ni queremos hablar; de pronto, prorrumpimos en una suave carcajada, y levantándonos, hacemos saltar las cenizas de nuestras apagadas pipas, nos damos las buenas noches y dormimos arrullados por las rumoreantes aguas y los árboles que murmuran bajo los guiños de las estrellas. Soñamos que el mundo vuelve a ser nuevo, tan joven y dulce como antes de que siglos de preocupaciones y angustias surcaran su rostro de arrugas; antes que los pecados y las locuras de sus hijos envejecieran su amante corazón; tan joven y dulce como en aquellos días, ya lejanos, cuando cual una madrecita joven nos amamantaba con su pecho; antes de que las astucias de la artificial vida de la civilización nos hubieran alejado de sus amantes brazos y las envenenadas burlas del “qué dirán” nos avergonzaran de la vida sencilla y del sencillo hogar donde la humanidad nació hace tantos miles de años.

No sé cómo fue, pues generalmente suelo guardarme para mí estas reflexiones, pero se me ocurrió expresar todos estos pensamientos en voz alta, y, cuando más entusiasmado estaba, la brusca voz de Harris me interrumpió:

— ¡Bravo, muchacho! ... ¡Muy bonito, muy bonito!... pero, ¿y cuando llueve?

No hay manera de hacer reaccionar a este chico; carece del menor sentido poético y nada le hace vibrar; nunca “llora sin querer”, y si sus ojos se llenan de lágrimas, seguro es que ha comido cebollas crudas o bien a puesto

demasiada salsa Worcester en su carne.

Si uno se encontrase a la orilla del mar, en una bella noche de luna, y se le ocurriera decirle:

— ¿Oyes, Harris?... ¿Son, acaso, las sirenas que cantan bajo las ondulantes olas, o son dolientes espíritus que entonan cánticos en torno a los blancos cadáveres aprisionados por las algas?

— Ya sé lo que te pasa, muchacho – diría Harris cogiéndole del brazo. – Te has resfriado tontamente... ¡Anda, ven...! Conozco aquí cerca un lugar donde se consigue un poco del mejor whisky escocés que hayas probado en tu vida... Verás cómo te rehaces en seguidita...

Harris siempre conoce un “lugar aquí cerca” donde encontrar algo maravilloso perteneciente al ramo de la bebida, y estoy seguro de que si lo encontrásemos en el paraíso — ¡suponiendo que esto pueda ser! — inmediatamente nos saludaría diciendo:

— ¡Encantado de verte, muchacho! He encontrado un estupendo lugar aquí cerca donde se encuentra un néctar de primerísima clase...

Sin embargo, en este caso, por lo que se refería a acampar, su punto de vista, eminentemente práctico, llegó oportunamente, pues acampar en tiempo lluvioso no resulta muy agradable que digamos.

Son las últimas horas de la tarde, uno está empapado de pies a cabeza, hay casi dos palmos de agua en el bote, todo está húmedo, se encuentra un lugar en la orilla no demasiado fangoso, se saca la tienda y a montarla se ha dicho. La lona está mojada, pesa horrores, y se enrolla en torno a la cabeza, volviéndonos locos; la lluvia no para de caer; resulta difícil montar una tienda de campaña en tiempo seco, pero cuando llueve... ¡el trabajo se convierte en uno de los siete trabajos de Hércules! Uno llega a creer que su compañero, en lugar de ayudarlo, se limita a hacer el tonto, y en el preciso momento en que la parte que se corresponde está bien montada, pega un tirón, echándolo todo a rodar.

— ¡Oye, tu...! ¿Qué estás haciendo? – pregunta uno indignadísimo.

— ¿Y tu...? – responde el otro — ¿Se puede saber en qué te entretienes?

— ¡No tires, hombre! ... ¿No ves que lo tienes mal puesto, pedazo de animal?

— ¡Que está bien, idiota!— grita el otro a su vez. — ¡Deja ir tu lado...!

— ¡Te digo que lo tienes mal puesto! – aúlla uno, deseando poder pegarle una buena paliza, y, frenético, da la cuerda un tirón que arranca todas las estacas del otro.

— ¡Grandísimo imbécil...!— uno le oye murmurar para sí.

Entonces, con salvaje ímpetu quita el otro las estacas que uno había colocado tan cuidadosamente. Esto, como es natural, es causa de que broten sentimientos poco fraternales; uno deja el martillo en el suelo y va en busca del otro a decirle lo que piensa de todo esto; al propio tiempo el otro también se vuelve para explicarle su punto de vista, y se siguen el uno al otro, dando vueltas maldiciéndose mutuamente, hasta que la tienda cae al suelo, convertida en un montón de lonas y estacas, y entre las ruinas un par de voces indignadas mascullan:

— ¡Ya está...! ¿Estarás contento, eh?

Entre tanto el tercero que hasta ahora achicaba el agua del bote — habiéndose mojado toda una manga, — profiriendo denuestos en voz baja, quiere saber a qué condenado juego nos hemos estado dedicando y por qué la endemoniada tienda de campaña aún no está montada. Finalmente, de una manera u otra logramos fijarla, desembarcamos las provisiones y equipaje, y, como es inútil soñar en encender una hoguera, se utiliza el fogón de bencina.

El principal componente de la cena es “agua de lluvia”; el pan contiene dos tercios de agua, el pastel de carne está lleno de lo mismo, la mermelada, mantequilla, sal, y café son una especie de sopa de nuevo estilo que, francamente, no resulta del todo apetitosa. Después de cenar, intentamos fumar, mas el tabaco está tan húmedo que no hay manera de encender la pipa; felizmente hay una botella de néctar que alegra, o embriaga, según la dosis, y esto devuelve el suficiente interés hacia la vida para inducirnos al bien ganado reposo, que de todo puede tener el nombre menos de reposo.

Uno sueña que, súbitamente, ha recibido la visita de un elefante, de correctas proporciones, que se ha sentado sobre su pecho, mientras un volcán que está en plena actividad le ha arrojado al fondo del mar, acompañado del elefante pacíficamente dormido. Se despierta con la idea de que algo terrible ha sucedido; la primera impresión es que ha llegado el fin del mundo, luego uno recapacita que esto no puede ser, sólo debe tratarse de ladrones y asesinos o de un incendio, y se expresa esta opinión de la forma más enérgica y elocuente posible, sin embargo, nadie acude en su auxilio, y uno siente como miles de personas le están dando patadas mientras otras cuantas más intentan estrangularle cobardemente. Por lo visto hay alguien más en peligro, se oyen sus ahogados gritos debajo de la cama, y decidido a vender cara su vida, uno lucha frenéticamente pegando a diestra y siniestra, con brazos y piernas, sin cesar de gritar estentóreamente; finalmente, algo cede y se encuentra con la cabeza al aire libre.

A un par de metros de distancia descubre la figura de un bandolero, medio desnudo, que aguarda el momento de asesinarle; uno se dispone a una lucha de

vida o muerte, cuando a su cerebro llega la idea de que se trata de Jim.

— ¡Oh...! ¿Eres tú? – dice uno, reconociéndole

— Si... – responde, frotándose los ojos. — ¿Qué ha ocurrido?

— ¡No sé...! Parece como si esa endemoniada tienda se hubiera derrumbado... Oye, ¿y Bill...?

Ambos levantamos la voz llamando a gritos a Bill, la tierra se estremece fuertemente, la voz ahogada que se oyó momentos antes, vuelve a resonar desde las profundidades de la tienda:

— ¿Queréis hacer el favor de apartar los pies de mi cabeza?

Y Bill, convertido en un monigote enlodado, hace su aparición, lleno de violentos instintos y convencido de que todo ha sido premeditado.

A la mañana siguiente estamos positivamente afónicos – la humedad de la noche no acostumbra a ser saludable – y en un estado de ánimo bastante irritable que a la hora del desayuno se traduce en enérgicas como también poco corteses palabras.

\*\*

En consecuencia, decidimos dormir en el campo cuando el tiempo fuese bueno, y en el hotel, fonda o posada, como personas respetables, cuando hiciese mal tiempo o nos sintiésemos inclinados a hacer otro cambio de ambiente.

Montmorency acogió este convenio con muestras de aprobación, pues no gusta de la romántica soledad. Su idea de lo divertido son las cosas ruidosas, y si estas pueden ser de baja estofa, mejor. Al mirarle, uno se imagina que es un ángel enviado a la tierra, por algún motivo oculto de los mortales, con forma de fox—terrier. Existe algo de “¡oh—que—terrible—mundo—y—cómo—me—gustaría—hacerlo—más—noble—y—mejor!” en su expresión que ha llevado lágrimas de ternura a ojos de sentimentales ancianas y sensibles ancianitos. Cuando vino a casa, pensé que no podría conservarlo mucho tiempo, y al verle sentado en la alfombra, mirándome con sus expresivos ojuelos, pensaba: “¡Oh, este perro no vivirá mucho tiempo! El día menos pensado será arrebatado a los cielos...”

Pero cuando hube pagado por media docena de pollos que asesinó alevosamente, y lo saqué, gruñendo y pataleando, de ciento catorce peleas callejeras, y una indignada mujer — ¡que me tildó de criminal! – me trajo un gato muerto para que comprobase la clase de animal doméstico que poseía y fui denunciado por un vecino a causa de “poseer un perro semisalvaje” y me enteré de que el jardinero había ganado treinta chelines apostando por Montmorency en un concurso de “matar ratas contra el reloj”, entonces

comencé a sospechar que, quizá, después de todo, le dejarían permanecer una temporadita en este mundo.

Merodear en las cercanías de las cuadras y unirse a una partida de los menos honorables perros que se puedan encontrar en la ciudad, llevándolos en formación de combate por los barrios bajos a pelear contra otros perros tan poco honorables, es la idea que Montmorency tiene de la “vida”, y por eso, tal como dije antes, dio su más entusiasta aprobación a la sugerencia de hoteles y bares. Y habiendo así liquidado los arreglos de dormir a satisfacción de los cuatro, lo único que quedaba discutir era el equipaje; pero apenas empezamos a hablar sobre el particular, Harris manifestó tener suficiente oratoria para una noche y propuso salir a echar una canita al aire; había descubierto un lugar muy cerca donde encontraríamos un whisky digno de ser bebido.

Jorge dijo tener mucha sed (¡no sé cuándo Jorge no está sediento!), y como por mi parte sentí el presentimiento de que un poco de coñac caliente con una rodaja de limón, aliviaría mi malestar, se aplazó el debate por común acuerdo hasta la siguiente noche; los asistentes se encasquetaron sus sombreros, abandonando el recinto ordenadamente.

### CAPITULO 3

Se ultiman los planes.— El sistema de trabajo de Harris.— Como un jefe de familia cuelga un cuadro.— Jorge hace una observación sensata.— Delicias de bañarse temprano.— Precauciones para casos de peligro.

A la tarde siguiente volvimos a reunirnos para concluir nuestros planes.

— Ahora, lo primero que hemos de hacer es decidir lo que llevaremos — dijo Harris.— Tomad lápiz y papel... Tú, Jerome, escribirás lo que te dicte... Jorge, vete a buscar el catálogo...

Esto pinta a Harris de pies a cabeza, siempre dispuesto a encargarse de todo y presto a dejarlo todo sobre los hombros de los demás. ¡Cómo me recuerda a mi pobre tío Podger! Jamás se ha visto en hogar alguno alguna conmoción semejante a la que sucedía en su casa cuando se disponía a hacer algo. Un día le trajeron un cuadro — de cuyo valor artístico prefiero no hablar — y en lugar de colocarlo en su sitio, como era de esperar, limitaron sé a dejarlo en un rincón del comedor. La tía Podger, mujer eminentemente ordenada, preguntó que debía hacerse, y su marido respondió alegremente:

— No te preocupes, querida, de eso voy a encargarme yo...

Inmediatamente procedió a despojarse de su chaqueta y comenzó sus

actividades enviando a la criada a buscar dieciséis peniques de clavitos, al poco rato uno de los niños tuvo que salir corriendo detrás de ella para decirle que medida tenían que ser, y, desde ese instante, la casa se convirtió en un pequeño manicomio.

— ¡Anda, Will, ve a buscarme el martillo! – gritaba el tío Podger.— Tú, Tom, ¡tráeme la regla...! ¡Sí! ¡También necesitaré la escalera de mano!... Y ¡una silla de la cocina!... Jim, vete a casa del señor Goggles y dile: “muchos recuerdos de papá, que espera que su pierna esté mejor, y si hace el favor de dejarle la escala métrica...”. Tú, María, no te muevas, alguien ha de aguantarme la luz... Ah, cuando la chica regrese que vaya a comprar un cordel... Tom, ¿dónde está Tom? Tom, ven aquí, dame el cuadro.

Cogió el cuadro, que se le resbaló de las manos, e intentando evitar la rotura del cristal sólo consiguió cortarse; lleno de furor dio vueltas buscando su pañuelo, que no encontraba, pues lo llevaba en el bolsillo de la chaqueta que se quitara para trabajar y cuyo paradero ignoraba. Toda la familia se vio obligada a dedicarse a su búsqueda mientras el tío Podger, rezongando imprecaciones, no paraba de moverse en todas direcciones.

— ¿Es que en esta santa casa nadie sabe dónde está mi chaqueta? ¡En mi vida he visto gente igual! ¡Seis personas y no pueden encontrar una cosa que no hace cinco minutos que la llevaba! ¡En nombre de...!

Al fin, cansado de andar, se sentó, levantándose en seguida de un salto:

— ¿Lo veis? ¡He tenido que ser yo quien la encontrara! – exclamó indignado.— ¡Y precisamente en esta silla donde acabo de sentarme...! ¡Cuando hay que buscar algo valdría más pedirlo al gato que a vosotros...!

Y después de perder media hora en vendarle la mano y encontrar otro cristal, y conseguir que las herramientas, la escalera y la silla estuviesen a mano, reanudaba su tarea. Todos, incluyendo a la criada y a la asistenta, estábamos de pie, en semicírculo, dispuestos a ayudarle; dos personas sujetaban la silla, otra le cogía por las piernas, un cuarto ayudante le pasaba los clavos, y el que hacía el número cinco le daba el martillo. El tío Podger cogió el clavo por la punta – con el natural resultado de pincharse – y lo dejó caer.

— ¡Vaya...! – exclamó quejumbrosamente.— ¡Ya se me ha caído!

Nos pusimos de rodillas buscándolo afanosamente, mientras él seguía en la silla, gruñendo si es que pensábamos hacerle pasar toda la noche en semejante posición; finalmente apreció el clavo, mas en ese instante el martillo desapareció misteriosamente.

— ¿Dónde está el martillo? ¿Qué he hecho con el martillo?... ¡Santo cielo!



¡Seis personas dando vueltas, con la boca abierta, y no saben lo que he hecho con el martillo! – decía indignado.

Encontramos el martillo y la situación pareció recobrar su anterior normalidad; empero entonces no distinguió la marca hecha en la pared, y tuvimos que subirnos a la silla, junto a él, a ver si la veíamos. Cada uno la descubría en un lugar diferente; nos llamó tontos, uno por uno, ordenándonos bajar; cogió la regla volvió a medir, lo que le dio como resultado que el lugar en cuestión debía ser a treinta y una y tres octavos de pulgada del rincón, e intentó hacer un cálculo mental. A nuestra vez probamos de calcular la distancia, más se obtuvieron tantos resultados como personas se encontraban en la habitación, lo que dio motivo para zaherirnos mutuamente. En la discusión que siguió, se olvidó el primer número y el tío Podger tuvo que medir de nuevo, utilizando en esta ocasión un trozo de cordel; y en el instante crítico, cuando el honorable anciano se balanceaba en la silla a un ángulo de cuarenta y cinco grados, queriendo llegar tres pulgadas más allá de lo posible, resbaló y cayó sobre el piano, lográndose un efecto maravillosamente musical, dada la exactitud con que todos los miembros de su cuerpo acariciaron el teclado. La tía María, avergonzada del vocabulario que su esposo reservó para semejante ocasión, protestó, añadiendo que espectáculos de esta clase eran contraproducentes para la pedagogía infantil.

Finalmente, el tío Podger, logró encontrar la famosa marca, apoyó encima un dedo de su mano izquierda, y haciendo el martillo con la derecha dio un golpe con todas sus fuerzas era de esperar, el clavo no se hundió en la pared; en cambio, se oyó un grito de dolor y el ruido del martillo al caer sobre los pies de alguien.

— Querido Podger – dijo tía María suavemente,— la próxima vez que tengas que colgar un cuadro, sería mejor que me lo avisases con tiempo... Así lo tendré todo a punto para irme con los niños a casa de mamá mientras tú terminas de decorar nuestra casa...

— ¡Oh, vosotras, mujeres... lo complicáis todo! – repuso el tío Podger animándose — ¡Si yo disfruto haciendo cositas de estas!

Volvió a probar suerte; al segundo golpe el clavo se hundió en el yeso arrastrando medio martillo, y tío Podger se precipitó contra la pared como si tuviese interés en aplastarse la nariz. Tuvimos que volver a buscar la regla y el cordel que, naturalmente, habían vuelto a extraviarse; se hizo un nuevo agujero y a eso de media noche el cuadro estaba colgado, aunque un poco torcido, mientras el aspecto de la pared era el de haber sufrido las constantes caricias de un gigantesco rastrillo, y todos nosotros, menos el tío Podger, teníamos el mismo aire de unos condenados a trabajos forzados.

— ¿Lo estáis viendo? – exclamó, bajando pesadamente de la silla y

“aterrizando” en los pies de la criada. — ¡Si es facilísimo! Y pensar que mucha gente llamaría a un operario para una cosita como esta...

\*\*

Estoy convencido, y este convencimiento no dejo de expresarlo a menudo, de que cuando Harris envejezca pertenecerá a la misma clase de persona que mi tío.

— No, Harris, de ninguna manera puedo permitirte que te tomes un trabajo que nos corresponde a todos... Tráete el papel y el lápiz... Jorge escribirá lo que le dicte... — dije con firmeza.

Tuvimos que retirar la primera lista, pues resultaba evidente que la corriente superior del Támesis no permitiría la navegación de una barca lo suficientemente grande para contener todo cuanto anotamos como indispensable. Este imprevisto percance nos tuvo, durante largos segundos, mustios y preocupados.

— ¿Sabéis una cosa? ¡Estamos equivocados! — exclamó Jorge. — No debemos pensar en lo que podríamos llevar sino en lo que necesitaremos...

De vez en cuando, nuestro buen amigo Jorge tiene rachas de inteligencia y sentido común realmente sorprendentes; a esto llamo poseer la perfecta sabiduría, y no precisamente por la excursión que nos ocupa, sino por lo que se refiere al viaje por el río de la vida.

¡Cuánta gente carga su barca, poniéndola en peligro de volcar, con una serie de cosas absurdas que consideran necesarias al placer y comodidad del viaje y que, en realidad, sólo son lastres inútiles! ¡Cómo amontonan, casi hasta cubrir los mástiles, elegantes trajes y grandes cajas, criados inútiles, colecciones de “amigos” — sujetos vestidos y “hablados” a la última moda — que no tienen el menor afecto por su anfitrión, que a su vez les paga con la misma moneda!; con aburridas fiestas, en las que nadie se divierte, con etiquetas y modas con pretensiones y ridícula ostentación y con el temor al qué dirán — ¡el más pesado y absurdo de todos los lastres!, — con placeres enervantes y múltiples vaciedades que, semejantes a la corona de hierro llevada por los criminales de la Edad Media, oprimen la doliente cabeza de quien los posee.

¡Todo es lastre, hombrecito, todo es lastre! Échalo por la borda, sin contemplaciones, alegremente. Eso es lo que hace la barca tan dura de maniobrar, lo que puede llegar a hacerte desfallecer bajo la enorme tensión nerviosa de patronearla tan cargada. Eso es lo que convierte tu travesía en algo infinitamente peligroso, que no te permite un momento de despreocupación ni te da tiempo para contemplar las nubes que juegan en el cielo, ni los resplandecientes rayos de sol que irisan los remolinos de los riachuelos, ni

como los grandes árboles, que crecen en ambas orillas, se miran en las claras aguas, ni admirar los bosques con sus sinfonías de verdes y dorados, ni los lirios, vestidos de blanco y amarillo, ni los junquillos y las orquídeas salvajes ni los azules nomeolvides. ¡Echa todo eso, por la borda hombrecito! Que tu barca de la vida vaya ligera, cargada sólo con lo necesario: un hogar plácido y sencillos placeres, uno o dos amigos dignos de ese nombre, alguien que te quiera y a quien querer, un gato, un perro y unas pipas, lo suficiente para comer y cubrirte y un poquitín más de lo suficiente para beber — ¡la sed suele ser peligrosa! – De esa manera te será más fácil gobernar tu barca, no tendrás tantos riesgos de volcar y, si así fuera, tampoco tendría gran importancia; la mercancía de calidad no se encoge con la humedad. Tendrás tiempo de soñar y trabajar, de contemplar la luminosa claridad de la vida y escuchar la música eolia que las manos del Creador tañen con las cuerdas de los corazones de los hombres; podrás... ¡Perdón, perdón, me olvidaba...!

\*\*

Dimos el papel a Jorge, que empezó a escribir en seguida:

— No llevaremos tienda de campaña – afirmó, — sino una barca con toldo. Es mucho más sencillo y cómodo.

Su sugerencia nos pareció muy buena mereciendo nuestra total aprobación; lo que no sé es si alguna vez han visto ustedes una cosa semejante. Se fijan aros de hierro de trecho en trecho en la borda, recubiertos con una lona y bien sujetos con tornillos de metal; de esta manera una barca corriente queda convertida en una especie de casita flotante bastante confortable, aunque los amantes de la ventilación quizá le encuentren algún inconveniente; mas en este mundo “todo tiene sus inconvenientes”, como dijo aquel individuo que a poco de fallecer su suegra le presentaron la cuenta del entierro.

Jorge propuso que nos llevásemos:

Una manta de viaje para cada uno.

Una linterna.

Jabón.

Peine y cepillo, de uso general.

Cepillo de dientes, de uso particular.

Una palangana.

Polvo dentífrico.

Una máquina de afeitar, y

Dos toallas de baño.

(¿Verdad que esto parece un ejercicio de la escuela Berlitz?)

Me he dado cuenta de que cada vez que uno se dispone a pasar unos días en un lugar donde haya agua realiza una serie de preparativos con la idea de lo mucho que va a bañarse; no obstante, una vez allí no se despliega la misma actividad natatoria.

Algo parecido me sucede siempre que voy a un pueblo de mar; cuando estoy en Londres y pienso en el viaje formo propósito de levantarme temprano para zambullirme en las azules aguas del océano; empaqueto cuidadosamente la toalla y el traje de baño (he de confesar que me lo compro de un bonito tono rojo vivo, porque, además de ser uno de mis colores favoritos, es el que va mejor a mi cutis); sin embargo, al llegar al pueblo encuentro que aquellos vehementes deseos de madrugar han disminuido bastante y, en lugar de anhelar saltar de la cama, toda mi obsesión consiste en permanecer en posición horizontal el mayor tiempo posible, por lo menos hasta la hora del desayuno.

He de confesar, avergonzado, que la virtud sólo ha triunfado en una o dos ocasiones en que me hizo levantar a las seis y media; me puse el traje de baño, cogí la toalla y, a medio vestir, salí sombríamente rumbo a la playa; pero, ¡ay de mí!, el premio a mi virtud nunca ha sido muy satisfactorio que digamos. Parece como si cuando me levanto temprano soprase un viento del este particularmente cortante y particularmente reservado para mí, y como si encogieran las piedras de tres cantos, dejándolas en la superficie para que tropezara, y como si afilasen las rocas, cubriendo sus puntas como si no las viese. Además, diríase que el mar se ha trasladado a dos millas de distancia a fin de que tenga que caminar un buen rato, saltando a la pata coja, y tiritando en un palmo de agua helada, frotándome el cuerpo para disminuir el frío. Al fin llego al lugar donde se ha retirado el mar y me encuentro frente a un personaje tan insolente como brutal, una enorme ola me coge haciéndome caer sentado en una roca – colocada a este solo efecto, — y antes de poder prorrumpir en un “ay” tan enérgico como doloroso y comprobar los “perjuicios” sufridos, la ola regresa, llevándome casi a alta mar, me esfuerzo frenéticamente en ganar la orilla, preguntándome si volveré a ver mi hogar y mis amigos; me arrepiento de no haber sido más bueno con mi hermanita cuando chico (quiero decir cuando era niño), y en el instante en que abandonaba toda esperanza, resignándome a lo irremediable, otra ola se retira dejándome sobre la arena igual que un caracol marino. Me pongo de pie, y mirando en torno a mí hago el triste descubrimiento, ¡triste para mi amor propio!, de que estaba nadando frenéticamente para salvar mi vida en cuatro palmos de agua. Vuelvo a regresar a la pata coja, me visto y llego a casa, fatigadísimo y cabizbajo, caminando con la elegancia de un cangrejo, aunque afirmando, naturalmente, que he tomado un baño delicioso.

Estuvimos hablando de estas cosas como si cada mañana fuésemos a tomar grandes baños.

— No os podéis imaginar lo agradable que es despertarse temprano a bordo de una barca y zambullirse en las frescas y cristalinas aguas – exclamó poéticamente el bueno de Jorge.

— Es lo mejor para tener apetito a la hora del desayuno – dijo Harris, – por lo menos a mí siempre me da más hambre.

— Si el baño ha de producirte más hambre... ¡protesto! – repuso Jorge, severamente. – Ya es bastante fatigoso acarrear las provisiones que tu estómago requiere normalmente, sólo falta aumentarlas...

— Tienes razón, muchacho – dije yo; – sin embargo, ¿no se te ha ocurrido pensar que es preferible ver a Harris limpio y fresco que llevar menos provisiones?

— Si, claro... – asintió Jorge de mala gana. Y no se discutió más este punto.

Decidimos llevarnos tres toallas; así habría mayor libertad de movimientos.

— Y por lo que se refiere a nuestra indumentaria – murmuró Jorge, — creo que tendremos suficiente con un par de trajes de franela; cuando estén muy sucios los lavaremos en el río.

— Oye, Jorge, ¿tú has probado alguna vez de lavar en el río? – le interrumpimos Harris y yo.

— ¡Oh, nunca!, pero unos amigos míos...

Harris y yo incurrimos en la debilidad de creer que unos jóvenes respetables, sin posición ni influencia, y sin ni pizca de experiencia en asuntos de esta índole, podían lavarse la ropa en las orillas del Támesis; más tarde, demasiado tarde desgraciadamente, supimos que Jorge era un solemne embustero que no entendía ni jota en cuestiones de limpieza. ¡Si llegan a ver cómo quedaron esos trajes!, pero – como acostumbran a escribir los autores de folletines — nos estamos anticipando a los acontecimientos.

Jorge insistió en que llevásemos ropa interior de recambio y gran cantidad de prendas menudas, pues en caso de naufragio nos vendrían muy bien. También insistió en que nos lleváramos varias docenas de pañuelos para secar los heterogéneos objetos que formaban nuestra impedimenta. Y con un par de polainas de cuero de canotaje y un salvavidas, por si, desgraciadamente, nuestra barca se hundía, completamos la lista de lo que nos era absolutamente preciso.

## CAPITULO 4

Las provisiones. – Objeciones contra el petróleo por su peculiar perfume. – Ventajas del queso como compañero de viaje. – Una esposa abandona el hogar conyugal. – Precauciones para no naufragar. – Actúo de embajador. – No existe nada más molesto que los cepillos de dientes. – Harris y Jorge acondicionan sus cosas. – Deplorable conducta de Montmorency. – Nos vamos a dormir.

Discutimos el asunto “provisiones”.

— Empezaremos por el desayuno – dijo Jorge, que jamás deja de ser un muchacho eminentemente práctico, – Necesitamos una sartén...

— Las sartenes acostumbran a ser indigestas – interrumpió Harris.

— ¿Quieres hacer el favor de callarte? – pedí a Harris con, debo confesarlo, escasa amabilidad.

— También necesitamos una tetera – continuó Jorge, – una olla y un hornillo a bencina... sobre todo... ¡nada de petróleo! – concluyó con una mirada significativa, y Harris y yo fuimos de su misma opinión.

Cierta vez que fuimos de excursión tuvimos la mala ocurrencia de llevarnos un hornillo a petróleo, pero fue por primera y última vez. Lo teníamos a proa y su perfume se extendió hasta la popa, saturando todo cuanto hallaba a su paso. Cruzó el río y hasta la atmósfera quedó envenenada. En cualquiera de las direcciones que soprase el viento, este u oeste, norte o sur, de las nieves árticas o las soledades del desierto, sus ráfagas llegaban perfumadas de petróleo; hasta la puesta de sol subió el maldito perfume, y los rayos de luna destilaban, positivamente, petróleo.

Al llegar a Marlow intentamos deshacernos de la embarcación, dejándola cerca del puente; fuimos a dar una vuelta por la ciudad para ver si así cambiábamos de aire; más inútil, la ciudad entera era puro petróleo (¿cómo podía vivir la gente en semejantes condiciones?). Pasamos delante del cementerio y se hubiese dicho que los cadáveres habían sido enterrados en petróleo del menos refinado; la calle Mayor hedía a petróleo — Santo cielo, ¡y pensar que seres humanos vivían en ese horrendo lugar! – Nadie podrá imaginar las millas que anduvimos por la carretera de Birmingham sin resultado alguno; los prados y los bosques también estaban invadidos por aquel nefasto perfume.

Al filo de la medianoche, y estando ya en las cercanías de Londres, nos

reunimos en un campo solitario, debajo de un roble herido por el rayo, y juramos – he de confesar que toda la semana habíamos prorrumpido en las imprecaciones usuales a la gente del pueblo, pero esta era una solemne ceremonia y fue necesario buscar nuevas expresiones, — y juramos, vuelvo a repetir, con horribles palabras, no volver a llevar petróleo en una barca, excepto en caso de vida o muerte.

He aquí por qué nos contentamos con bencina, sustancia bastante desagradable de sí, pues deja su regusto a garaje en todas las provisiones.

Como componentes del desayuno sugerimos huevos y jamón, cosas ambas de fácil preparación, carne fría, té, pan y mantequilla, aunque nada de queso. El queso es pariente cercano del petróleo, tan pegajoso y tan ansioso como este. Codicia el bote para sí solo, atraviesa el cesto donde va y transmite su olor peculiar a todos los comestibles de a bordo. Si lleváis queso en una embarcación, no podréis decir que coméis pastel de manzana o salchichas de Francfort o fresas con crema. ¡Todo es perfume de queso y gusto de queso!

En cierta ocasión un buen amigo mío adquirió un par de quesos en Liverpool; magníficos quesos, estaban aquello que se llama a punto y eran verdaderamente apetitosos. Su olor poseía la fuerza de doscientos caballos; podía garantizarse una expansión a más de tres kilómetros a la redonda y asegurar que derribaría a un hombre a más de doscientos metros de distancia. Como entonces me encontraba en Liverpool, mi amigo me pidió le hiciera el favor de llevarlos a Londres, pues no pensaba marchar antes de un par de días, en cuya fecha los quesos se habrían echado a perder.

— Si, hombre, encantado – le dije sin saber lo que hacía.

Fui al hotel a recogerlos y subí a un coche, un destartalado carricoche, arrastrado por un pobre animal asmático y sonámbulo, además de patizambo, a quién su propietario en un momento de delirio bautizó con el pomposo título de caballo. Dejé los quesos en la imperial y emprendimos la marcha con un suave ritmo que no excedía la marcha media de los coches. Íbamos con la misma alegría de unas campanas redoblando a muerto cuando al volver una esquina, el viento llevó al olfato del animal una bocanada de “aire de queso”; inmediatamente se despabiló, murmuró algo entre dientes y arrancó furioso a tres kilómetros por minuto. El viento continuaba llevándole los mismos efluvios, y antes de llegar al extremo de la calle corríamos a una velocidad escalofriante. Fue necesario utilizar los servicios de dos forzudos mozos, sin contar al cochero, para que se detuviera en la estación, aunque he de confesar que no creo que eso hubiese sido posible si uno de ellos no hubiese tenido la suficiente presencia de espíritu de teparle la nariz con el pañuelo, quemando un trozo de papel de embalaje a continuación.

Saqué el billete y entré en el apeadero con mi gran paquete. La gente, con

muestras del más vivo respeto, se apartaba cediéndome el paso. El tren estaba lleno hasta los topes y no tuve más remedio que subir a un departamento donde había siete personas. Un anciano, de ásperos modales, hizo algunas objeciones, pero, quieras o no, subí, colocando mis quesos en el portaequipajes. Al cabo de unos segundos creí dar muestras de buena educación haciendo una observación banal, y dije:

— ¡Que día más caluroso!

Nadie se tomó la molestia de contestarme. Hubo una pausa que duró bastante rato hasta que de pronto el anciano murmuró:

— ¡Que olor más fuerte!

— Sí, desagradable... ¡asfixiante! – exclamó mi vecino.

Ambos comenzaron a respirar con fuerza; a la tercera aspiración de aire se sintieron mareados, y sin decir una sola palabra salieron del departamento. Una señora de formas demasiado rotundas, se levantó exclamando:

— ¡Parece mentira...! Molestar de esta manera a una mujer honrada... – y cogiendo un maletín y ocho paquetes también se marchó.

Los restantes cuatro viajeros permanecieron inmóviles hasta la próxima estación, donde subió un hombre de solemne aspecto, que parecía pertenecer al honrado gremio de enterradores, quien se sentó en un rincón murmurando:

— Hum... se diría que por aquí hay un niño muerto...

Y los pasajeros se precipitaron, en vergonzosa huida hacia a la puerta, empujándose para salir antes.

— Tendremos el vagón para nosotros solos – dije amablemente, y el desconocido respondió riendo alegremente:

— ¡Hay gente que se preocupa por tonterías...!

Sin embargo, durante el trayecto fue cambiando de expresión, parecía como si lentamente le agobiasen tristes pensamientos. Al llegar a Crewe creí conveniente invitarle a beber. Nos dirigimos a la fonda de la estación, donde estuvimos golpeando el mostrador con los paraguas y dando palmadas más de un cuarto de hora, hasta que una mozuela hizo su aparición, inquiriendo si “por casualidad” queríamos algo.

— ¿Qué va a tomar? – pregunté a mi acompañante.

— Media botella de coñac, señorita – repuso este sin tan siquiera mirarme y apenas hubo dado fin a su copa desapareció encaminándose a otro vagón. He de confesar que su proceder me pareció bastante grosero.

A pesar de que el tren iba atestado, a partir de Crewe permanecí en la más



absoluta de las soledades; en cada estación que se detenía, los viajeros viendo mi compartimiento vacío, exclamaban alborozados:

— ¡María, sube aquí...!

— Venid... hay sitio...

— Tom, nosotros subimos en este.

Y corrían, arrastrando sus equipajes peleándose delante de la portezuela para subir primero. Alguno lograba abrirla, subía, y caía de espaldas en brazos de los demás, que a su vez se asomaban, percibían el olor y, retrocediendo, medio asfixiados, corrían a amontonarse en los otros coches, aunque fuese pagando suplemento de primera clase.

Al llegar a la capital, me apresuré a llevar los quesos a la familia de mi amigo, y cuando hice mi aparición en la salita donde su esposa me aguardaba, esta exclamó intempestivamente:

— ¿Qué ha ocurrido?... Por favor, dígame que ha pasado. ¡No me oculte nada!

— No ha ocurrido nada, querida señora, sólo son unos quesos que Tom compró el Liverpool y me pidió que se los trajera... Hágase cargo que por parte mía no existe la menor culpabilidad...

— Estoy convencida de ello; de todas maneras ya hablaré con mi marido sobre esto.

Mi amigo prolongó su estancia en Liverpool y tres días más tarde, al ver que aún no había regresado, su esposa vino a verme:

— ¿Qué instrucciones le dio Tom? – preguntó interesada.

— Recomendó ponerlos en sitio fresco y que nadie los tocara.

— Seguro que nadie los tocará... ¿Los ha olido él?

— Supongo que sí, pues al parecer sentía enorme interés hacía ellos.

— ¿Cree usted que se enfadaría si diese un “soberano” a alguien para que se los llevara, enterrándolos muy lejos?

— Temo que su marido no sonreiría nunca más.

De repente se le ocurrió una idea luminosa:

— ¿Podría guardarlos usted? Permítame que se los envíe.

— Mi querida señora – repuse cortés pero firmemente – me gusta muchísimo el perfume del queso, y el viaje que he hecho en compañía de ellos lo consideraré siempre como el feliz término de un día de placer. No obstante,

en este mísero mundo en que vivimos hemos de pensar un poco en nuestros semejantes... La dama bajo cuyo techo tengo el honor de vivir, es viuda y, posiblemente huérfana. Mucho me temo que la presencia de estos quesos podría ser conceptuada como un atropello, y nunca permitiré que se pueda decir de mí que he atormentado a una pobrecita viuda huérfana.

— Tiene usted razón – dijo la esposa de mi amigo – Ahora, bien, he de decirle una cosa, y es que voy a disponer las ropitas de los niños y nos iremos a un hotel mientras estén intactos los quesos. ¡Rehúso terminantemente vivir en tan perfumada compañía!

Y como es mujer de palabra, dejó la casa en manos de una criada, a quien antes preguntó solícitamente si podría soportar ese olor.

— ¿Qué olor? – inquirió la fámula.

La llevó al lado de los quesos, recomendándole agudizar sus facultades perceptivas; al cabo de unos segundos descubrió un ligero aroma, como de melón, y convencida de que la atmósfera no perjudicaría a la buena sirvienta, la esposa de mi amigo abandonó el hogar conyugal.

Los gastos del hotel ascendieron a doce guineas, y mi amigo, después de echar cuidadosas cuentas, llegó a la conclusión de que los quesos venían a resultarle a razón de ocho chelines y seis peniques la libra.

— Sí, me gustan. Es verdad que me gustan esos quesos. Casi diría que siento una locura hacía todo lo que sea queso pero, francamente, me resultan demasiado caros, comparados con mis ingresos.

Y decidió deshacerse de ellos; intentó tirarlos al canal, más se vio obligado a rescatarlos, pues los bateleros pretendían que el olor les causaba mareos. Días después los llevó al cementerio de su parroquia; el guarda los descubrió, armando un escándalo monumental; a su entender se trataba de un perverso complot llevado a cabo con el propósito de resucitar a los muertos para privarle de sus honrados ingresos. Mi pobre amigo finalmente, pudo zafarse de ellos llevándolos a un pueblecito costero en cuya tibia arena los enterró. Esto dio como resultado que aquel villorrio, humilde y desconocido, ganase una reputación de “clima extremadamente vivo” – detalle que hasta aquel día no había sido descubierto por nadie – y, desde entonces cada año llegan caravanas de anémicos y tuberculosos en busca de la salud perdida.

\*\*

Sí, a pesar de mi gran simpatía hacia el queso, no tuve más remedio que compartir la opinión de Jorge.

— No tomaremos té – dijo Jorge (y estas palabras alargaron el rostro de Harris), — en lugar de eso comeremos abundantemente a las siete, y así

prescindiremos de la merienda y de la cena (el rostro de Harris recobró su tamaño natural). También propongo llevarnos pastelillos rellenos, carne fría, tomates y verduras. Para beber nos proveeremos de aquella maravillosa mezcla que conocéis que rebajaremos con bastante agua, y un par de botellas de whisky por si naufragamos.

A mí, particularmente, me parecía que Jorge padecía una especie de obsesión, siempre hablando del posible naufragio, y encontraba que no era un estado de ánimo muy propicio para emprender una excursión fluvial. Por otra parte, encontré muy acertado llevar whisky en lugar de cerveza o vino; en viajes de esta categoría es una equivocación proveerse de bebidas soporíferas que predisponen al sueño. Un doble por las noches, cuando se sale a tomar el fresco y piroppear a las chicas guapas que llenan los paseos de la ciudad, conformes, mas no se les ocurra nunca beberlo cuando los potentes rayos del sol se estrellan contra las cabezas de los seres humanos o bien hay que realizar algún pesado trabajo.

La lista de todo cuanto necesitábamos fue redactada aquella noche, y he de confesar que era bastante larga.

Al día siguiente, viernes, recogimos todos los objetos que íbamos a llevarnos y nos reunimos por la noche con objeto de embalarlos. Teníamos un enorme baúl Gladstone para la ropa y un par de cestos para las provisiones y utensilios de cocina; empujamos la mesa debajo de la ventana, sentándonos a su alrededor para contemplar todo aquello.

— Del equipaje me encargo yo – afirmé enérgicamente, pues debo confesar sin la menor jactancia que estoy orgulloso de mi habilidad en embalar; es una de las numerosas cosas que reconozco conocer a fondo. (Sin embargo, he de hacer constar que me sorprende mucho comprobar cuantas habilidades poseo... ¡Soy lo que se llama un caso único!)

Apenas expresé mi propuesta y aseguré a Harris y Jorge la conveniencia de dejarlo todo en mis manos, ambos aceptaron mi sugerencia con una rapidez tal que me pareció bastante sospechosa. Jorge cargó su pipa, repantigándose cómodamente en un sillón mientras Harris encendía un pitillo y se sentaba en la mesa.

Eso no era lo que yo esperaba, pues mi propósito había sido dirigir los trabajos que habían de realizar Jorge y Harris bajo mis atinadas observaciones, que, de cuando en cuando, reforzaría con un empujoncito o alguna cariñosa frase, como por ejemplo:

— ¡Qué par de...! ¡Con lo sencillo que es...! Bueno, dejadme que lo haga ahora...

En realidad, sólo había pensado actuar como profesor, y su inesperada

reacción me molestó extraordinariamente; no hay nada que me fastidie tanto como que alguien esté sentado mientras trabajo. En cierta ocasión compartí la misma habitación con un individuo que me tuvo al borde de la locura; se tumbaba en un diván contemplándome horas enteras mientras yo estaba atareado, y pretendía que al contemplarme se sentía saturado de gran serenidad, comprendiendo entonces que la vida no es un sueño sin importancia, sino una cosa eminentemente seria, pletórica de deberes y trabajos.

— ¡No comprendo como he vivido antes de conocerte! – solía exclamar el muy fresco — ¡Cómo me ha sido posible dejar pasar mis días sin haber contemplado la divina sinfonía de la actividad!

No, yo no soy así, no puedo estar sentado viendo como otros trabajan; tengo que levantarme y vigilarles, dar vueltas en torno suyo explicándoles lo que deben hacer. ¡Qué culpa tengo de poseer un temperamento tan dinámico! Sin embargo, en esta ocasión no hice la menor observación. Empecé a embalar pacíficamente (por cierto que resultó ser una tarea más larga de lo que esperaba); pero, finalmente, pudo terminar, y sentándome encima de las tapas ajusté las correas.

— ¿Y las botas? ¿Vas a dejarlas fuera? – preguntó Harris, amablemente.

Lleno de asombro di media vuelta y... ¡sí, en efecto, había olvidado colocarlas en el baúl! Ya ven cómo es Harris; pudo haberme advertido a tiempo, pero prefirió esperar hasta que lo tuve bien cerrado. El idiota de Jorge creyó conveniente amenizar la observación de Harris y soltó una de aquellas carcajadas tuyas, tan estúpidas e irritantes, que me sacan de quicio. Abrí el baúl y guardé las botas, mas en el preciso momento en que iba a cerrarlo de nuevo, una horrible interrogación cruzó mi cerebro. ¿Había guardado el cepillo de dientes? Este miserable objeto me persigue, me obsesiona, convierte mi vida en un martirio. Cada vez que salgo de viaje, me paso las noches soñando que lo he perdido, despierto empapado en sudor frío y salto de la cama; a la mañana siguiente lo guardo antes de usarlo y, claro está, tengo que abrir las maletas para sacarlo. ¡Y, casualidad que nunca falla, siempre está al fondo de todo! Luego, cuando hago el equipaje, no pienso en el condenado cepillo y al último momento, cuando estoy a punto de salir, he de subir los escalones de cuatro en cuatro y llevármelo a la estación envuelto en un pañuelo.

Esta vez, por no faltar a la costumbre, también tuve que revolver el baúl de arriba abajo sin encontrarlo; dejé todo más o menos de la misma manera en que debían estar las cosas antes de la creación, cuando reinaba el caos. Veinte veces encontré los cepillos de Harris y Jorge, empero el mío brilló por su ausencia. Cogí cada pieza de ropa y cada objeto, sacudiéndolos cariñosamente

hasta que, finalmente, de las sombrías profundidades de una bota salió el cepillo. ¡Y a embalar de nuevo!

Terminaba de ajustar las correas por segunda vez, cuando sonó la voz de Jorge, rezumando amabilidad:

— Querido amigo, ¿no has olvidado el jabón?

Mi respuesta no puede tacharse, precisamente, de muy académica. Con demasiada energía para ser una simple contestación, le dije que me importaba tres pepinos que estuviese el jabón o no, y en ese fatídico momento, cuando intentaba quedar en gallarda posición, descubrí que no tenía la petaca: ¡estaba dentro del baúl!

Cuando terminé las operaciones de abrir y cerrar el maldito baúl ya eran las diez y cinco de la noche; sólo faltaba llenar los cestos.

— Dentro de doce horas tenemos que marchar – dijo Harris – y creo que lo mejor será que Jorge y yo procedamos a realizar esta operación.

No presté la menor objeción a sus palabras, y me senté a contemplarles desplegando gran actividad. Empezaron su labor con aires muy placenteros, dispuestos a demostrarme cómo se debías hacer las cosas, mas no hice el menor comentario ni me di por aludido; me limité a esperar los acontecimientos.

(El día que Jorge fallezca, el empacador más deficiente del mundo entero será, por derecho propio, mi amigo Harris.)

Di una mirada a los montones de platos y tazas, ollas y botellas, pasteles, hornillo, tomates, etc., y tuve el presentimiento de que esa atmósfera de inefable regocijo iba a desaparecer en breve y así fue. Empezaron rompiendo una taza. He aquí su primera obra. Lo hicieron, simplemente, por demostrar de lo que eran capaces y por despertar el interés del espectador; luego Harris puso la confitura de fresas encima de un tomate, que se reventó escandalosamente, y tuvieron que recogerlo con una cucharilla de café; a los pocos segundos, Jorge resbalaba pisando la mantequilla.

Continué envuelto en mi inmutable silencio y sin pronunciar una sola palabra me aproximé a ellos, sentándome en un extremo de la mesa. Esto les irritó mucho más que cualquier observación; se pusieron nerviosos, pisaban lo que había en el suelo, amontonándolo desordenadamente, y, naturalmente, a la hora de guardarlo no encontraban absolutamente nada; pusieron los pasteles debajo de los utensilios pesados con el resultado que los dulces quedaron convertidos en informes amasijos. Había sal por doquier, y por lo que se refería a la mantequilla... ¡jamás he visto un par de individuos que hicieran tantas cosas con un penique y dos chelines de mantequilla! En cuanto Jorge se

la pudo quitar de la punta de su zapatilla, unió sus esfuerzos a los de Harris para meterla en una cacerola, la mantequilla no quiso entrar y lo que había dentro de la cacerola se obstinaba en no salir. Finalmente, pudieron rascarla, dejándola encima de una silla. Harris se sentó, la mantequilla se pegó a sus pantalones – sin que ninguno de los dos lo advirtiera, – y asombrados por esa súbita desaparición, se dedicaron a buscarla desesperadamente por la habitación.

— Apostaría cualquier cosa a que la dejé en esa silla – exclamó Jorge contemplando el asiento vacío.

— ¡Si no hace medio minuto que he visto como la ponías ahí! – repuso Harris, contrariado.

Volvieron a dar vueltas buscándola, tropezando en el centro del cuarto y mirándose con los ojos desorbitados por la sorpresa.

— ¡Es lo más fantástico que he visto! – murmura Jorge

— ¿Fantástico? ¡Misterioso! – exclama Harris

De pronto, Jorge da una vuelta y descubre el “adorno” de Harris.

— ¡Si todo el rato estaba aquí! – dice indignado.

— ¿Dónde? – responde Harris, volviéndose.

— ¡Estate quieto...! ¡No te muevas! – ruge Jorge, corriendo detrás de él.

Al fin pueden rescatarla y la guardan en la tetera.

Montmorency, como es natural, no podía dejar de tomar parte en los acontecimientos; su suprema ilusión es meterse entre las piernas de las personas y recibir una lluvia de maldiciones. Si puede introducirse donde su presencia es indeseada, convirtiéndose en una pesadilla, volviendo loca a la gente y recibiendo una lluvia de proyectiles, entonces está convencido de que ese es un día bien aprovechado. Su supremo ideal, su máxima felicidad, consiste en ver como alguien resbala delante de él y le insulta sin tregua ni descanso durante sesenta minutos enteros, y cuando ha logrado esto, su diminuta humanidad refleja una insoportable vanidad.

Ahora se entretenía en sentarse encima de cada objeto, metiendo la cabeza en todo; estaba seguro de que cada vez que Harris o Jorge extendían la mano en busca de algo, deseaban encontrar su fría y húmeda nariz. Metió las patas en la confitura, mordió las cucharitas y, convencido de que los limones eran feroces ratones, saltó dentro de los cestos “matando” a tres antes de que Harris le hiciera “aterrizar” con el mango de una sartén. Harris afirmaba, indignado, que yo azuzaba al perro, ¡como si un animalito así necesitase que nadie le animara!; el pecado original que lleva dentro de sí, la maldad innata en todo

fox—terrier, es lo que le hace comportarse tan incorrectamente...

Las tareas de empacar duraron hasta la una menos diez de la noche. Harris se sentó sobre una cesta, expresando su opinión de que nada se rompería, a lo que Jorge añadió que si algo se rompía... ¡pues que se rompiese! (el tono de su voz llevaba inflexiones bastante extrañas; diríase que preveía semejante contingencia con alegría), luego dijo que se caía de sueño y que se iba a la cama sin perder un segundo.

Harris pasaba la noche con nosotros. Subimos al piso donde nos jugamos a cara o cruz las camas, designando la suerte a Harris como mi compañero de cama.

— ¿Prefieres interior o exterior? – preguntó amablemente.

— Francamente, prefiero el interior – respondí.

— Estas chapado a la antigua, amigo mío

— ¿A qué hora os debo despertar, muchachos? – preguntó Jorge lleno de solicitud.

— A las siete – afirmó Harris.

— No, a las seis – dije yo; – tengo que escribir varias cartas.

Cruzamos varias palabras sobre la hora adecuada, terminando por acordar que nos levantaríamos a las seis y media.

— Despiértanos a las seis y media, Jorge – dijimos Harris y yo.

No se oyó ni una palabra; nos acercamos y ya dormía como un tronco. Le dejamos el vaso de noche de manera que al levantarse metiese los pies en él y fuimos a dormir.

## CAPITULO 5

La señora Poppets nos despierta. –Jorge, el perezoso. –Una enorme mentira que responde al título de “boletines meteorológicos”. –Nuestro equipaje. –La enorme maldad de la infancia. –Nos rodea la gente. –Nuestra triunfal salida y llegada a la estación de Waterloo. –Suprema ignorancia de los empleados de ferrocarriles sobre horarios y destinos de los trenes. –Estamos a flote, a flote sobre una lancha abierta.

La señora Poppets nos despertó a la mañana siguiente.

— ¡Son las nueve! – dijo a grandes voces.

— ¿Qué nueve? – pregunté saltando de la cama.

— ¡De la mañana...! – contestó a través de la cerradura – Me pareció que se habían quedado dormidos.

Inmediatamente desperté a Harris, enterándole de lo que ocurría.

— ¡Pensaba que ibas a levantarte a las seis...! – fue su incoherente respuesta.

— Claro que sí –repose dignamente – ¿Por qué no me has despertado?

— ¿Cómo iba a hacerlo si dormía? ...Ahora no podremos salir antes del mediodía... ¡Para eso podía continuar durmiendo!

— ¿Vas a tener el cinismo de quejarte? Si no te despierto, hubieses dormido quince días seguidos.

Nos estuvimos obsequiando con frases tan amables como esta durante más de cinco minutos, hasta que un provocativo e insolente ronquido nos interrumpió recordándonos la existencia de Jorge, a quien no habíamos dedicado ni un solo pensamiento desde que saltamos de la cama.

¡Allí estaba tendido el hombre que tenía que despertarnos, de cara al techo con la boca abierta y las piernas colgando!

Nunca he podido comprender por qué cuando estoy despierto me enfurece tanto ver a alguien dormido. ¡Me parece tan vergonzoso que esos preciosos minutos que forman una existencia, esos instantes que nunca volverán, se pierdan, envueltos en un descanso embrutecedor! ¡Y pensar que nuestro amigo Jorge despreciaba ese tesoro inestimable del tiempo, pensar que esos segundos de vida, de los cuales tendría que rendir estrecha cuenta en el más allá, estaban deslizándose tontamente! En lugar de hallarse sumergido en el olvido, censurable y absoluto, de sus deberes espirituales, podía estar levantado, obsequiándose con huevos y jamón o jugando con el perro. En mi mente surgió un terrible pensamiento que, segundos después, fue compartido por Harris; decidimos salvarle, y, ante esta noble decisión, nuestra disputa cesó radicalmente. Corrimos a su lado, quitándole el cubrecama de un tirón. Harris le “acarició” con una zapatilla y yo grité a su oído.

— ¿Qué pasa? – preguntó ininteligiblemente.

— ¿Quieres levantarte, pedazo de marmota? – rugió Harris. — ¡Son las nueve y cuarto de la mañana!

— ¿Qué? – aulló Jorge saltando de la cama, y, naturalmente, poniendo un pie dentro del vaso de noche. — ¿Quién ha sido el animal que ha puesto esto aquí?

— Pero, Jorge... ¿por qué no te fijas en lo que haces? ¡A ratos pareces



tonto! – le dijimos conciliadoramente.

Empezamos nuestra “toilette” y al llegar a los pequeños detalles nos dimos cuenta que habíamos guardado los cepillos de dientes, el peine y los cepillos del cabello (¡cuando dijo que ese cepillo será la causa de mi muerte!) y tuvimos que bajar a extraerlos del baúl. Al poco rato, Jorge reclamó la máquina de afeitar; le dijimos que tendría que ir sin afeitarse, pues por nada del mundo estábamos dispuestos a deshacer el equipaje, ni por él ni por ningún otro de su calaña.

— No seáis idiotas... ¿Es que puedo ir, decentemente, a la City con esta facha, sin afeitarme?

Ciertamente que dejarle ir “así” era atacar los sentimientos cívicos de la City, más ¿qué nos importan tales sentimientos? Como dijo Harris, con ese léxico barriobajero que le es peculiar, “la City tendrá que tragarte sea como sea”.

\*\*

Bajamos a desayunar. Montmorency había invitado a dos íntimos amigos suyos para que le despidiesen, y los tres se entretenían persiguiéndose en el vestíbulo; los calmamos con unas “caricias” de los paraguas y luego nos sentamos a reparar nuestras fuerzas con unas costillas y ternera fría.

— Lo más importante es un buen desayuno – dijo Harris, atacando un par de costillas. – Me las como enseguida, pues, si no, se enfriarían: la carne no puede esperar.

Jorge cogió un diario. Nos leyó de cabo a rabo la sección de “Siniestros marítimos” y el “Boletín meteorológico” (que, como de costumbre, sólo anunciaba “posibles tormentas locales; vientos del este y depresión general barométrica sobre los condados del Centro, Londres y la Mancha; descenso de las temperaturas”)

De todas las estupideces que actualmente nos acosan, encuentro que la más pesada es esa de los “boletines meteorológicos”; siempre anuncian lo ocurrido ayer, o anteayer, y el contrario de lo que hoy sucederá. Esto me trae a la memoria unas vacaciones que hace años me tomé a fines de otoño y que fueron cruelmente destrozadas por haber tenido la ingenuidad de dar crédito al boletín meteorológico publicado en el diario de la localidad.

El lunes leímos: “grandes nubes tormentosas y posibles chubascos”, y entonces retiramos la parte alícuota que pusimos para cubrir los gastos de la excursión y nos quedamos en casa esperando los “chubascos”. Los que salían de paseo, con rostros resplandecientes y entonando alegres canciones, pasaban delante del hotel, unos a pie y otros ocupando los más diversos vehículos. El

cielo seguía azul, sin una nube, sin la menor sospecha de mal tiempo.

— ¡Oh, estos quieren volver a casa calados de pies a cabeza! – decíamos viéndoles pasar.

Y al pensar en el aspecto que tendrían al regreso, una sonrisa de burla se cuajó en nuestros labios; entramos en la sala, sentándonos junto a la chimenea, y empezamos a clasificar nuestras colecciones de hierbas y caracoles marinos. A eso de mediodía el sol enviaba sus fuertes rayos, el calor se hacía intolerable y nos preguntamos cuando comenzarían los chubascos tormentosos.

— Seguro que es por la tarde – dijo alguien. – Todos regresarán mojados a más no poder... ¡Lo que nos vamos a reír!...

A la una vino a vernos la dueña del hotel, inquiriendo solícitamente:

— ¿No van a dar un paseo?... ¿Se encuentran indispuestos?

— ¡Oh, no, nada de eso!... No pensamos salir... no tenemos ganas de mojarnos – dijimos sonriendo amablemente.

El sol caminaba hacia el ocaso y aún no se había producido ni el más pequeño chaparrón; reíamos pensando que el diluvio caería en el preciso momento en que los paseantes se encontrarían a descubierto, pero no cayó ni una gota y aquel espléndido día tuvo su digno remate en una noche maravillosa.

Al día siguiente leímos en el periódico: “Buen tiempo seguro: caluroso”. Nos vestimos ligeramente y salimos. A la media hora escasa comenzó a llover; un aire frío, cortante, se levantó; ni el viento ni la lluvia dejaron de persistir en todo el día, con el resultado de que regresamos a casa resfriados y con un agudo ataque de reumatismo que nos obligó a guardar cama.

El tiempo es algo que escapa a los límites de mi inteligencia; jamás he sido capaz de comprenderlo; el barómetro me resulta un trasto inútil, bastante parecido a las previsiones meteorológicas de los periódicos. Recuerdo haber visto uno de estos artefactos en el hotel de Oxford donde me hospedé la primavera última; a mi llegada marcaba “buen tiempo”, y no hace falta decir que la lluvia caía desde primeras horas de la mañana. Di un golpecito al barómetro y la aguja giró en redondo marcando “muy seco”.

Entretanto, llovía torrencialmente, la parte baja de la ciudad estaba inundada, el río habíase desbordado en una gran extensión y los bomberos no tenían un momento de descanso. El camarero aseguraba que “uno de esos días tendríamos muy buen tiempo”, y me leyó un poema que aparecía sobre la parte superior del “oráculo”, cuyas primeras líneas decían:

“El porvenir que predigo, ya ocurrió antaño; lo que anuncio para pronto, en breve habrá pasado”

Sin embargo, en toda aquella primavera el sol no se dignó aparecer ni unas horas, y tengo la vaga idea de que el tiempo que el barómetro anunciaba era el de la próxima primavera.

Hay otro tipo nuevo de barómetro: los rectos, alargados. En ellos no he visto nunca ningún sentido. Hay un lado para ayer a las diez de la mañana y otro para hoy a la misma hora, pero no se puede estar siempre allí a las diez ¿verdad? Este barómetro sube o baja para la lluvia o el buen tiempo con más o menos viento, y si se le dan golpecitos no dice otra cosa. Es preciso, además, corregir sus indicaciones, según la temperatura, y reducirlas al nivel del mar e incluso después de todo esto, no se queda mejor informado.

Mas ¿qué necesidad tenemos de que se nos prediga el tiempo? Es ya de por sí bastante molesto cuando llega para que encima aguantemos el conocerlo por anticipado.

El “profeta” hacia quien sentimos especial simpatía es el anciano que, en una mañana sombría en la que nosotros experimentamos deseos de sol y calor, mira los cuatro puntos cardinales y nos dice:

— ¡Ah, señor... parece que saldrá el sol!

— Ya se ve, ya se ve – respondemos nosotros, saludándole con unos “buenos días” que, dadas las circunstancias, son un exagerado alarde de optimismo, y no podemos evitar pensar: “¡Hay que ver cuánto saben estos viejecitos!” ... y nuestra simpatía no disminuye un ápice aunque el día persista en seguir encapotado y la lluvia caiga incesantemente.

— ¡Qué le vamos a hacer! – pensamos resignadamente – Por lo menos tenía buena voluntad.

En cambio, nuestros sentimientos hacia el que pronostica mal tiempo distan mucho de hallarse revestidos de espíritu cristiano.

— Parece que va a aclararse, ¿verdad? – inquirimos alegremente.

— ¡Ay, no señor!... Temo que seguirá así todo el día – nos contesta moviendo la cabeza gravemente.

— ¡Viejo chocho!... – murmuramos entre dientes – A esa edad ya no se coordinan las ideas...

Y si por desgracia sus pronósticos se realizan, nuestra indignación aumenta de volumen pensando que con sus palabras a contribuido a tan desagradable día.

\*\*

Aquella mañana lucía un sol demasiado esplendoroso para que las siniestras informaciones de Jorge hicieran la menor mella en nuestro ánimo, y

al darse cuenta que perdía lastimosamente el tiempo, se levantó, cogió el cigarrillo que acababa de liarme y se marchó silbando alegremente.

Harris y yo dimos fin a los restos del desayuno; luego llevamos el equipaje a la puerta y nos pusimos a esperar pacientemente la aparición de un pesetero. (Nunca hubiese imaginado cuánto abultaba nuestro equipaje; llevábamos el baúl, un maletín de mano, dos cestos de provisiones, un lío de frazadas, cuatro o cinco abrigos y gabardinas, varios paraguas, un melón solitario dentro de una bolsa – por sus dimensiones no pudo ir en los cestos, – dos libras de uva en otra bolsa, una sombrilla japonesa de papel y, finalmente, una sartén de mango demasiado largo que envolvimos en papel gris. Todo esto constituía una especie de pirámide que, sin saber por qué nos abochornaba y preocupaba). Los coches de alquiler brillaron por su ausencia, empero nuestra calle se convirtió en el punto de tránsito de innumerables golfillos que se detenían cautivados por el imprevisto espectáculo. El primero que se acercó a curiosear, fue el dependiente de Biggs, el dueño de la frutería, cuya principal habilidad consiste en tomar a su servicio los chicos más groseros y desvergonzados que la civilización haya sido capaz de producir. Si algún chicuelo inaguantable, más insolente y levantisco que los que ya conocemos, aparece en el barrio, podemos asegurar que se trata de la última adquisición de Biggs.

Según me han dicho, en ocasión del asesinato de la calle Great Coran, todo el vecindario dedujo que el dependiente que tenía Biggs hallábase gravemente complicado en el crimen y si, al presentarse a la mañana siguiente en casa de la víctima a recoger la lista, no hubiese tenido a mano una buena coartada, seguro que las cosas le hubiesen ido bastante mal. No he conocido a este honorable ayudante del frutero contra quien se lanzó la acusación, más por la calaña de sus cofrades no me extraña lo más mínimo la afirmación del barrio.

Pues, como iba diciendo, el chico de Biggs fue el primero en comparecer; de momento parecía llevar mucha prisa; sin embargo, al vernos a Harris y a un servidor, acompañados por Montmorency y nuestro equipaje, se detuvo mirándonos con la boca abierta. Harris y yo le dirigimos una severa mirada; esto quizá podría haber afectado a un alma sensible, mas los chicos de Biggs carecen de toda sensibilidad, y haciéndose el distraído se puso una pajita en la boca, contemplándonos de hito en hito. ¡Evidentemente, quería ver toda la función! Minutos después, el chico de la tienda de ultramarinos pasaba por la otra acera y el dependiente del frutero le gritó:

— ¡Oye..., tú...! Los del entresuelo del 42 levantan anclas...

El otro chico cruzó la calle tomando posiciones frente a su compañero.

Entretanto, el “joven hidalgo” de la zapatería se unía a ellos y el “inspector general de los cubos de basura” del Hotel de las Columnas Blancas se paraba,

altivo e independiente, junto al bordillo de la acera.

— Por lo visto no quieren perecer de hambre – dijo el “joven hidalgo”.

— Si fueses a cruzar el Atlántico en un cascarón de nuez – se dignó intervenir el “inspector general,” – también te llevarías alguna cosita.

— No, hombre, no van a cruzar el Atlántico – dijo el mozuelo de Biggs – van en busca del explorador Stanley.

A estas palabras siguió un animado coloquio sobre nuestro traslado; una parte de los espectadores, mozalbetes que padecían de insuficiencia mental, decían que se trataba de una boda y que Harris era la víctima, perdón, el novio; los otros, poseedores de mayor sentido común, opinaban que se trataba de unos funerales, designándome como próximo familiar del muerto.

Al fin pasó un coche – he de advertir que nuestra calle pertenece a esos lugares por donde, cuando no hacen falta, suelen pasar innumerables vehículos, sin que se vea ni uno cuando su utilización se hace necesaria; — amontonamos el equipaje y nuestras preciosas personas – previa expulsión de los entrañables amigos de Montmorency que se habían jurado amor eterno – y marchamos saludados por los aplausos del público y una zanahoria que, como mascota, nos arrojó el chico de Biggs.

A las once llegamos a la estación de Waterloo y preguntamos de qué lugar salía el tren de las 11’15. Naturalmente, eso nadie lo sabía. En la estación de Waterloo es imposible averiguar de qué andén ha de partir un tren ni cuál es su destino, ni tampoco saben responder a pregunta alguna. El mozo que llevaba nuestro equipaje aseguraba que salía del andén número 2; otro mozo, con quién discutí el nuestro, había oído decir que la salida era del número 1, y por lo que se refería al jefe de estación, este tenía el firme convencimiento de que el tren saldría del andén central.

Para salir de dudas, fuimos a ver al director de tráfico.

— Según me ha dicho uno de los “chicos” de la estación, su tren ha de salir del andén número 3 – nos informó amablemente.

Nos dirigimos al andén número 3 pero los empleados dijeron que este tren debía de ser el expreso de Southampton o, en todo caso, el convoy reservado para el empalme de Windsor, y que allí no tenía nada que hacer el de Kingston; el porqué no lo sabían, aunque estaban segurísimos de ello.

Nuestro mozo dijo que el tren debía estar en el andén superior. Subimos al primer piso, encontrando un maquinista a quien preguntamos si, por casualidad, iría a Kingston.

— Eso no se lo pudo asegurar... existen grandes probabilidades de que sea así, aunque no es seguro... Si a las 11’15 no estoy en Kingston, es probable

que a las 9'32 me encuentre rumbo a Virginia Water, o quizá en el expreso de las diez rumbo a Wight u otras estaciones – repuso amablemente.

Pusimos media corona en sus tiznadas manos, diciéndole suplicantes:

— Nadie se enterará de a donde ha ido... Usted conoce el camino, salga disimuladamente y llévenos a Kingston...

— No se lo puedo asegurar, caballeros – dijo titubeando el maquinista – Ahora que... supongo que “algún” tren tiene que ir a Kingston... Bueno... ya iré yo...Denme otra media corona.

Y así fue como salimos hacia Kingston por el “London and South Western Railway”.

Una vez allí supimos inmediatamente que el tren que habíamos tomado era en realidad el correo de Exeter, que se buscó durante horas y más horas en la estación de Waterloo sin que nadie supiera que había sido de él.

Nuestra barca nos esperaba en Kingston, justo debajo del puente. Nos acercamos al embarcadero y una vez acomodado el equipaje, nos instalamos en lo que había de ser nuestro hogar durante ocho días.

— ¿Listos, señores? – preguntó el marinero

— ¡Listos...! – respondimos.

Harris cogió los remos, yo el timón y Montmorency se acomodó en la proa con aire de infinita tristeza, y empezamos a surcar las plácidas aguas del Támesis, que durante quince días iban a ser nuestra morada.

## CAPITULO 6

Kingston. –Notas instructivas sobre la historia antigua de Inglaterra. – Observaciones interesantes sobre el roble tallado y la vida en general. –El triste caso del joven Stiwings. –Divulgaciones sobre la antigüedad. –Me olvido que voy al timón. –Los resultados de un descuido. –El laberinto de Hampton Court. –Harris actúa de guía.

Era una espléndida mañana a fines de primavera, o principios de verano, como se quiera decir, de esa estación en que los tonos delicados de la hierba tienden hacia un verde más oscuro, durante la cual el año semeja a una joven virgen, temblorosa por la emoción de sentir que en sus venas late el despertar de su feminidad. Las pintorescas calles de Kingston que bajan hasta las márgenes del río ofrecían un delicioso aspecto iluminadas por los tibios rayos del sol; en las aguas del río se miraban las grandes barcazas que flotaban

indolentemente; el sendero cuajado de frondosos árboles a un lado y con graciosos chalets en el otro; Harris, ataviado con una chaqueta naranja y amarilla, encorvado sobre los remos, y a lo lejos los grises contornos del viejo palacio de los Tudor... Todo esto formaba un hermoso cuadro, lleno de luz, alegre y sereno, con tal vida y, al mismo tiempo, tan apacible, que a pesar de lo temprano que era, poco a poco fui sintiéndome presa de una dulce laxitud hasta que se me entornaron los ojos.

Soñaba en Kingston, o “Kynningestum” como lo llamaban en los días en que allí coronaban a los reyes sajones. Cesar cruzó el río por aquel lugar y las legiones romanas acamparon en aquellas colinas. Cesar, igual que Isabel más tarde, parece haber dejado sus huellas en todas partes, pero él era más decente que la reina Bess; no se le ocurrió convertir en cuartel cualquier taberna. En cambio, a la buena reina Virgen se ve que la llenaban de entusiasmo las modestas posadas, pues a doce millas de Londres existen pocos establecimientos de esta clase donde no se haya detenido, visitado o dormido en alguna ocasión.

Ahora me pregunto: suponiendo que Harris cambiara de vida, convirtiéndose en un gran hombre, llegando a primer ministro y muriese cubierto de gloria, ¿colocarían placas conmemorativas en los bares que hubiera visitado?

“Harris bebió en esta casa una copa de Bitter”.

“Aquí bebió Harris dos “groggs” con aguardiente un día de verano del año 1888”.

“En diciembre de 1886, fue echado de este lugar el señor Harris”.

No, no, serían demasiadas placas. Los lugares que adquirirían celebridad serían aquellos que nunca hubiese frecuentado.

“Único lugar de Londres donde Harris no puso los pies”.

Y la gente se abalanzaría a descubrir el misterio de semejante inhibición.

En cuanto al pobre rey Edwy, que estaba un poquitín “tocado”, debió sentir verdadero horror hacia Kynningestun; el banquete de la fiesta de la coronación le resultó demasiado “pesado” – quizá la cabeza de jabalí rellena de ciruelas confitadas le sentó mal (a mí seguro que me indispono una temporadita); a lo mejor bebió demasiado hidromiel y jerez – Por eso se escabulló del suntuoso festín para pasar unos minutos de paz al claro de luna, acompañado por su bien amada Elgiva. Quién sabe si estuvieron acodados cerca de un ventanal, cogidos de las manos, contemplando los reflejos de la pálida reina de la noche, mientras de los salones llegaban, amortiguados por la distancia, las risas y gritos de los comensales. Pero ¡ay!, su felicidad pronto terminó. El salvaje

Odo y Dustan hicieron brutal irrupción en la tranquila cámara y, profiriendo salvajes insultos, sin respetar la presencia de la dulce reinecita, obligaron al pobre monarca a regresar a la sala en medio de las imprecaciones y disputas de los invitados.

Años después, los reyes y reinas sajonas eran enterrados al son de bélicas músicas en Hastings y la grandeza de Kingston se eclipsó por mucho tiempo. Cuando Hampton Court se convirtió en palacio de los Tudores y los Estuardos, aquella señorial grandeza volvió a renacer; las reales embarcaciones oscilaban amarradas a lo largo del río y elegantes hidalgos, con vestiduras recamadas de oro y plata, bajaban gentilmente los escalones del muelle, gritando:

— ¡Ah, de la barca...!

El buen número de antiguas mansiones hablan elocuentemente de la época en que Kingston era ciudad real, habitada por la aristocracia y la corte. La gran avenida que conduce a las rejas del palacio, estaba siempre animada. Por ella transitaban cortesanos ataviados con sedas y terciopelos, de tornasolados matices; de sus cintos y cuellos pendían joyas de incalculable valor adornadas con pedrerías preciosas, que bajo los rayos del sol se irisaban en múltiples facetas; circulaban suntuosos carruajes, tirados por soberbios caballos lujosamente enjaezados desde los cuales sonreían hechiceros y radiantes rostros femeninos cual capullos en flor. Aquellas enormes casonas con sus ventanales ojivales, sus voluminosas chimeneas y sus peculiares tejados, hablan de la época de los miriñaques y las altas polainas, de las capas y espadas y de golas bordadas con perlas y complicados juramentos. Fueron edificadas cuando los hombres sabían construir; sus rojos ladrillos han soportado, inmutables, el paso de los siglos y sus escaleras de roble no crujen indiscretamente si alguien intenta bajarlas silenciosamente.

\*\*

Y hablando de escaleras de roble, recuerdo que existe una soberbia escalera de roble tallado en una de las casas de Kingston. Se trata de una tienda que en otro tiempo debió de haber sido mansión de algún alto personaje. Un amigo mío, que reside en esta ciudad, acudió a la tienda a comprarse un sombrero y, en un momento de inconsciencia, metió la mano en el bolsillo, pagando su cubrecabeza al contado rabioso. El sombrerero, que le conocía, se quedó estupefacto ante su inesperado proceder, mas rápidamente se sobrepuso a la enorme impresión que semejante cosa le causara, y, comprendiendo la necesidad de estimular esa buena costumbre, preguntó a nuestro héroe, a fin de halagarle, si le gustaría contemplar unas cosillas en roble tallado.

— Encantado – repuso cortésmente mi amigo, que no porque sea persona de mi amistad deja de ser un excelente muchacho.



El comerciante le hizo atravesar la trastienda; pronto se encontraron ascendiendo los escalones de una magnífica escalera de roble tallado que, sin la menor duda, podría adornar el palacio más suntuoso. La balaustrada era una obra artística de positivo mérito y la pared se hallaba adornada, de arriba abajo, con roble tallado.

De la escalera pasaron a la salita, una habitación clara, decorada al estilo moderno, y empapelada en un alegre tono que, en honor a la verdad, ha de confesarse que deslumbraba un poco. Sin embargo, en aquel lugar no existía nada digno de admiración, y mi amigo se preguntaba, extrañado, por qué el sombrerero le había llevado hasta allí, cuando inesperadamente, su amable proveedor se acercó a la pared y la golpeó suavemente oyéndose el ruido seco de la madera.

— Es roble – explicó – Toda la habitación es puro roble, y tallado igual que en la escalera...

— ¡Santo Cielo! – exclamó mi amigo — ¿Qué está diciendo...? ¿Ha cubierto el roble tallado con papel azul?

— Si, señor – fue la inesperada respuesta – Y no crea, me costó bastante dinero hacerlo, pues tuve que colocar planchas de hojalata para igualar la superficie... Ahora el cuarto está mucho más alegre. ¡Si lo llega a ver antes! Era horrorosamente oscuro y triste.

No puedo decir que tenga derecho a reprochar el sentido decorativo del sombrerero — ¡posiblemente esto le alegrará mucho! – pues su punto de vista – que debe ser el del inquilino corriente deseoso de rodearse del máximo de alegría y no el del maniático anticuario entusiasmado con los cachivaches antiguos – resulta bastante aceptable. El roble tallado es muy bonito siempre que sea a pequeñas dosis; vivir rodeado de grandes planchas oscuras puede llegar a resultar deprimente, especialmente para las personas que no sienten gran afición hacia esta clase de decoración. No, lo triste, en el caso del comerciante, era saberle poseedor de una habitación de paredes de roble, cuya presencia le inspiraba profundo desprecio, en tanto que existen innumerables seres que admiran el roble tallado y han de pagar fabulosas cantidades para satisfacer su sentido estético.

Esto se diría que es ley natural de la vida; cada uno posee, precisamente, aquello que no conceptúa digno de admiración, mientras los demás tienen aquello que uno precisamente desea. Los casados tienen esposas que parecen no importarles gran cosa, mientras los solteros se lamentan de su soltería; la gente pobre, que apenas puede cubrir sus más imperiosas necesidades, son padres de numerosas criaturas, y acaudalados matrimonios mueren de viejos sin un solo hijo a quien dejar su fortuna.

También hay la cuestión de los pretendientes de las muchachas. Las jovencitas agraciadas y veinte añeras, que son el centro de las admiraciones masculinas, suelen decir que los muchachos no les importan y que prefieren ir solas. A ver: ¿por qué en lugar de importunarlas no se dedican a las señoritas Brown y Smith, que son feas y viejas?

Vale más no insistir sobre este punto, acabaríamos llenos de triste melancolía y mascullando frases tan filosóficas como aburridas.

\*\*

En el colegio teníamos un condiscípulo que respondía al nombre de Stiwings y a quien nosotros llamábamos “Sandford y Merton”. ¡Qué muchacho más extraordinario! ¡Con decir que estoy convencido que gozaba estudiando! Muchas veces habíase expuesto a serios peligros por su costumbre de sentarse en la cama a leer el griego; en cuanto a su habilidad en conjugar los verbos irregulares franceses, no había nadie capaz de ponerse a su lado. Tenía maravillosas ideas, que parecían cosa de brujería, respecto a constituir el orgullo de sus padres y profesores; aspiraba a ganar todos los premios imaginables; soñaba con crecer y convertirse en un hombre perfectamente capacitado para constituir el asombro de la humanidad. Todas estas extrañas obsesiones demostraban bien a las claras el irregular estado de su cerebro. Sin embargo, nunca he conocido una criatura tan extraña y al propio tiempo tan inofensiva; semejava un niño recién nacido.

Con regularidad matemática se ponía enfermo dos veces a la semana y, naturalmente, no podía ir al colegio. Jamás ha existido otro muchacho que tuviese esta facilidad de enfermar tan frecuentemente. ¿Se conocía alguna enfermedad a diez millas a la redonda? Inmediatamente la cogía el pobre Sandford y siempre bajo su forma más virulenta.

Durante el verano padecía de bronquitis, y de fiebres para Navidad; al cabo de seis semanas de sequía, el reumatismo se apoderaba de sus articulaciones, y si salía a la calle bajo el débil sol de noviembre, llegaba a casa con un principio de insolación. Un año padeció tanto de la boca que le llevaron al dentista, extrayéndole todas las muelas, poniéndole en su lugar una bonita dentadura postiza para ver si de esta manera podía aliviarse. No obstante, esta operación le costó una serie de agudas neuralgias y fuertes dolores al oído. Jamás estuvo libre de catarros, excepto las nueve semanas que le duró la escarlatina; y eran perpetuos en él los sabañones. Durante la epidemia de cólera de 1871, tuvimos la suerte de que en nuestro barrio no se presentase caso alguno, exceptuando – claro está – al joven Stiwings, que estuvo a las puertas de la muerte. Cada vez que enfermaba, debía quedarse en cama y le alimentaban con pechugas de gallina, crema y uva de invernadero; y se pasaba los días llorando desconsoladamente porque no le permitían hacer sus

ejercicios de latín y le escondían la gramática alemana.

Y nosotros, que hubiésemos sacrificado dos meses enteros de nuestro curso escolar con tal de estar, por lo menos, un día enfermos; nosotros que no teníamos el menor deseo de que nuestros padres se sintiesen orgullosos de sus hijos, no cogíamos ni unas tristes anginas. Y no es que huyésemos de las corrientes de aire, ni tuviésemos cuidado con los cambios de temperatura; al contrario, nuestra principal obsesión consistía en colocarnos en las cercanías de una ventana cuando soplaba el frío viento de enero o salir al jardín con la mínima cantidad de ropa tolerada por las reglas de buena educación, pero esto sólo contribuía a refrescarnos la sangre, manteniéndonos en excelente estado de salud. Nos enviaban unas cosas bastante desagradables que llamaban tónicos, los cuales, en lugar de sentarnos mal engordábamos indecentemente y nuestro ya de por sí notable apetito aumentaba considerablemente. Hasta que llegaban las vacaciones, nada, absolutamente nada, podía contra nosotros; entonces, el mismo día en que las empezábamos, nos resfriábamos, teníamos la tos ferina y toda clase de enfermedades, que no nos abandonaban hasta el instante en que debíamos regresar al colegio, cuando, a pesar de nuestros esfuerzos en sentido contrario recuperábamos la salud, encontrándonos más fuertes y sanos que nunca.

Así es la vida, y bien es verdad que “sólo somos hierbas secas para ser quemadas en la hoguera”, como dijo el poeta.

Volviendo a la cuestión del roble tallado, hemos de conceder que nuestros antepasados poseían un sentido justo y exacto de la belleza y el arte. Consideremos, por ejemplo, nuestros tesoros artísticos de la actualidad; una colección de objetos vulgares, ordinarios, de trescientos o cuatrocientos años de existencia, y me pregunto si realmente existe belleza auténtica en esos antiguos platos, mayólicas, “tierras cocidas” y cosas de esta índole que ensalzan tanto, o si es la aureola del tiempo lo que les da tanto atractivo ante nuestros ojos.

Los platos de “azul antiguo”, o tierra azulada, que colgamos en las paredes, constituían parte de la vajilla corriente en los hogares de hace unos cuantos siglos, y esos pastores de un rubio dorado y esas pastorcillas de un rosa pálido, que exhibimos orgullosamente ante nuestros amigos, eran los bibelots sin importancia que las madres del siglo dieciocho no tenían inconveniente en dar a los niños cuando estos insistían demasiado en su llorosa cantinela.

¿Ocurrirá lo mismo en lo futuro? ¿Acaso los tesoros de hoy serán siempre las baratas figurillas de ayer? Nuestras vulgares bandejas de té, ¿serán colgadas en fila sobre las chimeneas de los hogares ricos? Las tazas blancas, de borde dorado, ostentando en su fondo una magnífica flor amarilla – tipo desconocido en botánica – que nuestras criadas rompen con tanta

inconsciencia, ¿serán cuidadosamente tratadas y cada vez que alguna caiga al suelo – rompiéndose en diminutos pedazos – será recogida y cuidadosamente pegada? ¿Y serán colocadas en elegantes vitrinas y el trabajo de quitarles el polvo irá al único y exclusivo cuidado de la elegante dueña de la casa?

El perrito de porcelana blanca que adorna el dormitorio de mi pensión no logra despertarme admiración alguna, y esto a pesar de su nivea blancura, de sus azules ojos, su nariz, delicadamente rosada, salpicada de manchitas negras, y su aspecto de amabilidad llevada hasta los límites de la estupidez. Y si se me ocurre contemplarlo bajo un cerrado criterio artístico, me siento poseído de tal irreflexiva irritación que si no fuese por mi extraordinaria fuerza de voluntad, temería llegar a enérgicas y lamentables decisiones. La vista del perrito de marras produce la utilización de conceptos sumamente sarcásticos, y por lo que se refiere a la patrona hay que confesar que tampoco le profesa gran cariño; lo que ocurre es que no se atreve a quitarlo, pues es un regalo de su tía.

No obstante, lo más probable es que dentro de un par de siglos, este perro será desenterrado, con una patita rota y sin cola, y vendido como “porcelana antigua”. Se le colocará en una vitrina de cristal, los visitantes, llenos de admiración, se agolparán a contemplar los brillantes tonos de su rosada naricita y quizá lleguen a discutir sobre la innegable belleza que poseía la desaparecida cola.

Nosotros, por ahora, no sabemos apreciar su belleza; estamos demasiado familiarizados con su presencia (nos viene a suceder algo parecido con el sol y las estrellas; su magnificencia no nos sorprende mucho, pues son fenómenos habituales). Sin embargo, en 2287, la gente se estremecerá de entusiasmo, el secreto de la fabricación de objetos semejantes será considerado como “arte perdido para desgracia de los amantes de las obras de arte”; nuestros descendientes deslumbrados, nos proclamarán maestros habilísimos en el difícil arte de la porcelana; se hará alusión a nosotros con frases como estas: “Aquellos grandes artistas que florecieron en el siglo XIX y produjeron bellísimos perros de porcelana”.

Las cortinas bordadas en el pensionado por la más aprovechada de las alumnas, se convertirán en “curiosa tapicería de la época victoriana” y no tendrán precio. Estos jarros de cerveza blanquiazules utilizados en los bares, se buscarán con enorme interés, pagándolos a precio de oro (aunque estén rotos y resquebrajados), y los millonarios tendrán a gala utilizarlos como “vasos de Oporto”. Los viajantes japoneses comprarán todos los “regalos de Ramsgate” y “recuerdo de Margate” que puedan haber escapado a la destrucción del tiempo para llevarlos a Yedo como “antigüedades británicas”.

\*\*

De pronto, Harris abandonó los restos, se puso de pie bruscamente y se

echó al suelo levantando las piernas en el aire. Montmorency ladró con todas las fuerzas de sus pulmones – que son considerables – pegó un salto y el cesto, colocado encima del equipaje, cayó al suelo, volcándose todo cuanto había dentro. Como es de suponer, experimenté una enorme sorpresa, que gracias a mi serenidad no se convirtió en enfado, y le pregunté alegremente:

— ¿Qué te ocurre, muchacho? ¿Te encuentras mal?

— ¿Qué si me ocurre algo?... Voto a...

No, jamás, nunca, mientras quede un poco de sensatez en mi cerebro, repetiré las palabras de Harris. Puedo haber sido culpable – transijo con esto – pero no hay nada que excuse la violencia de lenguaje y grosería de léxico, sobre todo tratándose de una persona educada. Lo que pasó es que iba preocupado por otras cosas y olvidé – acción fácilmente comprensible – que llevaba el timón, y esto dio como resultado una “íntima” compenetración con la orilla del río. Nos costó bastante, al principio, distinguir lo que éramos nosotros y lo que era el ribazo del río, pero no transcurrió mucho rato sin que cada cual recuperase su primitiva posición.

Sin embargo, Harris insistió en que había remado bastante y me propuso relevarlo; como estábamos bastante cerca del ribazo, salté a tierra, cogí la cuerda y remolqué la barca hasta Hampton Court.

Aquí existe una antigua muralla a la que profeso verdadero cariño. Se extiende a lo largo del río y nunca he pasado por sus cercanías sin experimentar una saludable influencia. ¡Qué pared más dulce, más suave, más adorable! Los líquenes rastrean indolentemente a sus pies, el musgo empieza a cubrirla, una verde enredadera trepa por detrás hasta lo más alto, para poder ver el río, y la hiedra se extiende en torno suyo. ¡Si supiese dibujar..., si fuese capaz de pintarla! Estoy seguro de que lograría un delicioso apunte.

A menudo he pensado cuánto me gustaría vivir en Hampton Court. Es un lugar tan sereno, tan lleno de tranquilidad y tan bello para pasear por las mañanas temprano antes de que nadie holle los campos con humanas pisadas. De todas maneras, aunque me gustaría tanto dudo que ese deseo pueda realizarlo: aquel lugar debe resultar tan sombrío y deprimente después de la puesta del sol... La linterna proyecta sombras fantásticas contra las paredes, ornadas de roble tallado; a través de los fríos pasadizos se oye el rumor de lejanos pasos; ahora parecen acercarse, ahora se alejan... y todo queda impregnado de un sepulcral silencio, roto sólo por los acelerados latidos de nuestros corazones.

Somos criaturas del sol, amamos la luz y la vida, este es el motivo por el cual nos apiñamos en las ciudades y el campo se halla cada vez más desierto. Mientras los rayos del sol nos iluminan y es de día y la naturaleza palpita y

trabaja en torno nuestro, gustamos de los verdes prados y los frondosos bosques, empero, durante la noche, cuando nuestra madre naturaleza cierra sus cansados ojos, entregándose al reposo, ¡que solitario es el campo! Nos sentimos atemorizados, como niños extraviados en una monumental mansión; nos sentamos en el suelo gimiendo y clamando por las calles resplandecientes de luces, el eco de otras voces y el latir de una vida humana que responda a la nuestra. Nos sentimos tan solos y tan insignificantes bajo la inmensidad tranquila de la noche, en tanto que la suave brisa nocturna orea los campos y agita levemente las hojas de los árboles... Los espíritus despiertan, comenzando su ronda nocturna entre desolados suspiros y sordas quejas, y sus misteriosas sombras nos llenan de inexplicable terror.

Reunámonos en las ciudades, encendamos las grandes hogueras de la alegría – que son los millones de faroles de gas – y gritando, cantando a coro, nos sentiremos valientes.

\*\*

Harris me preguntó si había estado en el laberinto de Hampton Court. Según parece él estuvo una vez acompañado de cierto primo lejano; había estudiado la topografía del lugar y al ponerse en contacto con la realidad, experimentó la más terrible de las desilusiones. En el mapa parecía tan sencillo efectuar su recorrido, que no valía la pena pagar los veinticinco céntimos del guía. (Ahora que, por lo visto, el mapa no era más que una broma pesada que nada tenía que ver con el laberinto).

— Entraremos sólo para que puedas decir que lo has visitado – dijo Harris a su primo – Créeme, no hay nada más fácil en el mundo. Esto de llamarlo laberinto es una incongruencia. Apenas se ha dado la primera vuelta sólo hay que pensar en ir siempre a la derecha... Tú mismo lo comprobarás... Daremos un paseo de diez minutos y luego ... ¡a almorzar!

A los pocos minutos de haber entrado, encontraron varias personas que les dijeron:

— Empezamos a estar hartos de tanto laberinto. Llevamos más de tres cuartos de hora aquí dentro...

Harris, muchacho tan amable como bien educado – cuando le conviene – ofreció gentilmente:

— Si gustan ustedes venir con nosotros... No haremos más que entrar y salir.

Los paseantes, admirados por la amable seguridad que latía en las palabras de Harris, respondieron agradecidos:

— Es usted muy amable... Muchas gracias...

A medida que iban adentrándose en el recinto, encontraban más visitantes deseosos de salir, hasta que, finalmente, el grupo absorbió a todos los que entraron deseosos de admirar las innegables bellezas del laberinto. Personas que habían abandonado toda esperanza de regresar a sus hogares y volver a ver a sus familiares, recobraron nuevos ánimos, uniéndose a la procesión y colmándole de bendiciones. Una mujer, que con su hijito, había permanecido toda la mañana sin lograr salir, insistió en cogerse de su brazo, pues temía perderse.

Aunque Harris avanzaba siempre hacia la derecha, el camino se hacía muy largo.

— ¡Que laberinto más grande! – exclamó su primo.

— Sí..., uno de los más grandes de Europa.

— A la fuerza tiene que serlo. Llevamos andando más de dos millas...

A Harris comenzó a extrañarle todo cuanto ocurría. No obstante continuó guiándoles con la mayor buena fe, hasta que viendo en el suelo un trozo de pastel, su primo juró haberlo visto en el mismo sitio diez minutos antes.

— ¡Imposible...! – murmuró Harris indignado.

— ¡Qué va a ser imposible! – dijo la mujer que iba con el niño – Si no hace cinco minutos que se lo quité al niño... ¡Maldita sea la hora en que tropezamos con usted, grandísimo embustero!

Harris se enfureció, y con el mapa desplegado intentó demostrarles su teoría.

— Si el mapa es tan seguro como dice – observó alguien – ¿por qué no adivina dónde estamos?

Esto sí que no podía decirlo el mapa, y Harris propuso, como mejor solución volver a la entrada y empezar de nuevo. La primera parte del programa mereció la aprobación de todos, mientras que la segunda fue acogida con bastante tibieza. Reemprendieron la marcha, en fila india y capitaneados por Harris, dirigiéndose en sentido opuesto al anterior. Pasaron diez minutos, pasaron quince y cuando las agujas del reloj de pulsera del primo de Harris indicaban veinte minutos de recorrido se encontraron en el mismo lugar que antes... Fueron inútiles los esfuerzos del “guía” para hacerles comprender que eso era lo que se había propuesto, y, ante la actitud levantisca de sus seguidores, tuvo que reconocer su error.

Sin embargo, al fin y al cabo, se había hallado un punto de partida; por lo menos sabían dónde estaban. Se consultó el mapa – parecía como si la situación se hubiese aclarado – y decidieron ponerse en marcha por tercera vez, pero no habían pasado tres minutos cuando volvieron a encontrarse en el

centro del laberinto. Y todas las tentativas subsiguientes, cualquiera que fuese la dirección tomada, terminaban dando este mismo resultado. Esto resultaba tan exacto que la mitad de la gente se detenía esperando que los otros diesen la vuelta, segurísimos de que irían a parar al mismo punto de partida. Harris – ¡dudando todavía! – esbozó el movimiento de sacar el mapa, pero al darse cuenta de su gesto los que le seguían se enfurecieron, aconsejándole que lo rompiera en pedazos – cuanto más pequeños mejor, – y tuvo que reconocer, con harto dolor de su corazón, que había perdido su popularidad.

El grupo de visitantes fue indignándose más y más, empezando a llamar a voces al guarda, que apareció, subido a una escalera, por la parte de afuera dándoles instrucciones; desgraciadamente los cerebros estaban tan excitados que no entendieron ni una palabra. Les recomendó no moverse de donde estaban, mas la gente iba de un lado a otro, esperando que viniese. El guarda entró en el laberinto y se encontró con la imprevista sorpresa de que la gente habíase dispersado en todas direcciones. (Para acabar de arreglar las cosas se trataba de un nuevo empleado, que, al hallarse en el interior del laberinto, no supo encontrarlos). Empezó a recorrer el recinto de punta a punta y acabó por perderse también; le veían desaparecer entre los setos y los macizos, luego tornaba a aparecer en el mismo sitio, exclamando furioso:

— ¿Qué hacen ustedes yendo de un lado a otro?

Y para poder salir tuvieron que esperar que acabase de almorzar uno de los guardas antiguos que ya conocía el laberinto.

En opinión de Harris, ese laberinto es sumamente atractivo, y ambos decidimos convencer a Jorge para que lo visitara.

## CAPITULO 7

El Támesis endomingado. –Indumentaria necesaria para navegar por el río. –Excelente oportunidad para los caballeros. – Harris carece de gusto en el vestir. – La chaqueta de Jorge. – Una jornada con la joven figurín de modas. – La tumba de la señora Thomas. – El hombre a quien no gustan las tumbas, féretros, cráneos, etc. –Harris tiene un disgusto. –Sus opiniones sobre Jorge, los ribazos y la limonada.— Actividades de Harris.

Harris me estuvo narrando su paseo por el laberinto mientras atravesábamos la esclusa de Mousley, que por cierto es bastante grande e invertimos bastante tiempo en pasarla, aunque no había ninguna otra barca. Es la única vez que he visto una sola barca en esta esclusa, la más animada de todas, incluso más que la de Boulter.



Infinidad de veces me he detenido a contemplarla, especialmente en instantes en que resulta imposible ver el agua, que desaparecía totalmente bajo una confusa mezcla de trajes de brillantes colores, gorras claras, exagerados sombreros, sombrillas multicolores, brillantes damascos, capas de seda ondeando al viento, vestidos blancos... Ante este mosaico abigarrado de colorines, uno se hace la ilusión de estar contemplando una monumental caja llena de flores de todos los colores, brillando dentro de la esclusa cual un arco iris.

Los domingos de verano y primavera este espectáculo dura todo el día; largas hileras de embarcaciones esperan turno para entrar en la esclusa, se las ve avanzar, pasar y desaparecer en la lejanía. Desde el palacio de Hampton hasta la iglesia, el río está cubierto de amarillo y azul, naranja y blanco, rojo y rosa. Todos los habitantes de Hampton y Mousley, adecuadamente ataviados, vienen a vagabundear en torno a la esclusa, acompañados de sus perros, fumando y contemplando las embarcaciones. El conjunto de las gorras y los vestidos masculinos, los trajes de las muchachas, los perros excitados, los barquitos con sus blancas velas, el paisaje tan agradable y el continuo movimiento de las mansas aguas, componen uno de los espectáculos más alegres que conozco en las afueras de la antigua ciudad de Londres.

El río constituye un buen pretexto para exhibirse. Los hombres, sobre todo, podemos demostrar nuestra debilidad por los colores y, según mi opinión, salimos de la dura prueba con un gran éxito. Por lo que se refiere a mi humilde persona, siempre me ha gustado un poco de encarnado en la indumentaria – con algo oscuro, se entiende – Debo decirles que mis cabellos tienen un bonito tono rubio oscuro – muy llamativo, opinan mis amistades – con cuya tonalidad el rojo armoniza maravillosamente bien. También opino que una corbata azul pálido entona bien con el encarnado y si a esto añaden zapatos de cuero de Rusia y una faja roja enrollada a la cintura – siempre es más recomendable usar faja que cinturón – la mezcla de colores queda tan original como audaz, dando así una evidente prueba de buen gusto.

Harris es demasiado aficionado al amarillo y naranja, cosa que conceptúo muy equivocada. Es demasiado moreno para llevar amarillo, que, además, no le favorece lo más mínimo. (Le tengo aconsejado el azul con blanco o crema; pero cuanto menos sentido de los colores tiene una persona, más obstinada está en ir como le parece). Y es una lástima, pues dada su manera de vestirse es imposible que logre ningún éxito entre las muchachas; en cambio, hay uno o dos colores que le favorecerían bastante... siempre y cuando tuviera precaución de meterse el sombrero hasta las orejas.

Jorge hizo varias compras para la excursión y he de confesar que no me satisficieron lo más mínimo. Especialmente su chaqueta... ¡Santo Cielo, que cosa más horrendamente chillona! No quisiera que se enterase de este

calificativo aplicado a la indefensa chaqueta pero, sinceramente no se la puede adjetivar de otra manera.

El jueves la traje para que la viésemos y no puedo dejar de transcribir el diálogo que tuvo lugar:

— ¿Cuál es el nombre de este color? – preguntamos Harris y yo al unísono.

— Lo ignoro... creo que ninguno. El dependiente me dijo que se trataba de un matiz oriental... ¿Qué os parece a vosotros?

— Te diré... Si se trata de algo para espantar pájaros...te doy mi más absoluta aprobación – dijo Harris gravemente – ahora bien, si es una prenda para ser llevada por una persona – exceptuando un negro de Margate – siento comunicarte que la sola idea de vérsela a alguien, me pone mal...

Como es de suponer, estas palabras sentaron muy mal a Jorge; estuvo a punto de pelearse con Harris, quien le calmó con estas palabras:

— Si tanto te molesta mi opinión, ¿por qué me la pides?

Lo que más me molesta de esta inefable chaqueta es que será la causa de que todo el mundo se fije en nosotros y haga comentarios poco agradables.

\*\*

Las muchachas, si van bien vestidas, también resultan muy llamativas. A mi entender no existe nada más favorecedor que un traje de canotaje, y esta indumentaria rayaría en la perfección si comprendiesen que se trata de algo para ser usado en un bote y no en una caja de cartón. Si se llevan a bordo personas que sólo piensan en sus trajes, todo el encanto de una excursión se desvanece.

En cierta ocasión llevé en barca a dos muchachitas elegantemente ataviadas y... ¡menuda juerga! Las dos iban maravillosamente vestidas – encajes y sedas, flores y cintas, zapatos y guantes blancos – pero, desgraciadamente, estaban arregladas como si fuesen a retratarse en lugar de ir al río. Eran un par de “creaciones de París” a las que resultaba ridículo llevar donde hubiese auténtica tierra, aire campestre y agua que mojase.

El primer pensamiento que cruzó sus pálidas frentes fue que el bote dejaba bastante que desear en cuestión de limpieza, y aunque quitamos el polvo de los asientos, asegurándoles que estaban impecables, no quisieron creernos. Una de ellas pasó un enguantado dedito sobre el almohadón, enseñando el resultado a su amiguita, que suspiró a la vez, y ambas se sentaron con aire de mártires que tratan de acomodarse confortablemente sobre las llamas de la hoguera.

Por mucho cuidado que se tenga al remar, siempre se produce alguna

salpicadura, y mis amiguitas dijeron que las manchas producidas por las gotas de agua no se van nunca más, quedando el traje manchado para siempre. Un servidor remaba lo mejor que podía, levantaba los remos un par de pies en el aire, haciendo una pausa para que se escurriesen, y vuelta a empezar. (Al cabo de un rato, el que estaba al timón dijo no creer ser lo suficientemente perfecto para ir conmigo, no obstante, si se lo permitía estaría quieto unos minutos para estudiar mis golpes de remo). Sin embargo, a pesar de todo esto, y por mucho que me esforzara, no podía evitar que cayese un poco de agua sobre aquellos immaculados trajes. Debo confesar que de los sonrosados labios no salía ni una queja, se apretaban una a otra, en estrecho abrazo, con los labios nerviosamente contraídos, y cada vez que una gota caía en sus proximidades, se estremecían desoladas. Sí, era algo sumamente ejemplar verlas sufrir en silencio; mas esto, en lugar de inspirarme nobles pensamientos, me puso fuera de mí, reflejándose en mis movimientos, pues, a pesar de mis esfuerzos las salpicaba más y más. Finalmente, decidí cambiar de sitio. Las muchachas suspiraron aliviadas y por unos segundos tornó la alegría a sus juveniles rostros. ¡Si llegan a saber lo que les esperaba!

Mi sucesor era un muchacho despreocupado, obtuso, con tanta sensibilidad como la que puede tener un cachorro de Terranova. Se le podían echar furiosas miradas durante horas enteras, sin que él las apercibiera, y si se daba cuenta, no le preocupaba lo más mínimo; empezó remando tan enérgicamente que salpicó fuertemente a las pobres muchachas, que se pusieron de pie sencillamente aterrorizadas. Cuando las hubo “regado” con más de cinco libros de agua, soltó una alegre carcajada, diciendo:

— Perdonad, chicas... – y les ofreció su pañuelo para secarse.

— ¡Oh... no importa!... – balbucieron las cuitadas tratando de cubrirse con todo lo que encontraban y abriendo sus sombrillas de encaje.

A la hora de almorzar pasaron lo que se llama un mal rato. Queríamos que se sentasen en la hierba. La hierba estaba polvorienta, los troncos de los árboles – que les eran ofrecidos como confortables butacas – no habían sido limpiados en su vida, y no tuvieron más remedio que extender sus pañuelos en el suelo, sentándose encima de ellos. Mi compañero llevaba un pastel de carne, tropezó con una raíz y el pastel se convirtió en un meteoro que cruzó el espacio con tanta rapidez como alarma. No llegó a caer encima de ellas, pero este incidente les sugirió la posibilidad de un acontecimiento similar, y cada vez que alguien se movía llevando algo en la mano, sus ojos, llenos de ansiedad, no se apartaban hasta verle sentado sano y salvo.

— Vamos, muchachas – dijo mi compañero después de almorzar – A fregar la vajilla. Es asunto de ustedes...

De primer momento no comprendieron sus palabras, y cuando se hicieron

cargo de lo que quería decir, alegaron no saber nadar.

— Oh, no os preocupéis – exclamó – ¡si es la mar de divertido! Os echáis de... quiero decir que os tumbáis en el suelo y remojáis todas las cosas en el agua...

La hermana mayor añadió que no le parecía llevar ropa adecuada a semejante actividad.

— No importa – repuso imperturbablemente mi amigo – ¡Arremangaos!

Y las obligó a hacerlo, diciéndoles que esto era el punto culminante de la excursión. (¡Las pobres, con un tono que parecía sugerir todo lo contrario, balbucearon que una excursión era algo muy divertido, y que se divertían “tantísimo”!).

Ahora, al recordar esto, pienso... ¿ese chico era tan obtuso como creíamos, o... bien...? ¡No, imposible!, ¡tenía tal aire de angelical inocencia...!

\*\*

Harris quería detenerse en Hampton Court para visitar la tumba de la señora Thomas.

— ¿Quién es esa señora? – le pregunté.

— ¿Cómo voy a saberlo? Creo que se trata de una señora que se ha obsequiado con una tumba humorística que, naturalmente, no puedo dejar de admirar.

Le hice una serie de objeciones en contra para ver de disuadirle, mas resultaron inútiles. No sé si es que, particularmente, debo tener alguna deficiencia mental, pero nunca, en todos los años de mi vida, he sentido el menor deseo de ir a suspirar sobre las tumbas. Ya sé que al llegar a una ciudad o pueblo cualquiera es conveniente ir al cementerio a divertirse con las tumbas y mausoleos; no obstante, siempre he tenido suficiente fuerza de voluntad para sacrificarme. No siento interés alguno en examinar frías y oscuras iglesias – acompañado por un viejo sacristán asmático que va leyendo epitafios con voz cansina – y ni siquiera la vista de un trozo de bronce colocado sobre una lápida me produce eso que llamaríamos felicidad.

A los respetables ratas de iglesia los lleno muy a menudo de indignación a causa de mi impasibilidad ante las inscripciones “sensacionales”, y mi mezquino entusiasmo por la historia de la familia más notable de la localidad y mis más disimulados deseos de escaparme a recorrer los campos hieren profundamente su tierna sensibilidad.

Cierta luminosa mañana en que los rayos de sol brillaban con más fuerza, me encontraba apoyado en la pared de piedra que circundaba una iglesuca

pueblerina, fumando mi pipa en medio de deliciosa serenidad y saturándome de la dulce tranquilidad que se desprendía del gracioso paisaje. La antigua iglesia, de piedra gris, encima de cuyos muros trepaban las verdes enredaderas, su pórtico de madera tallada, el sendero blanco que serpenteaba al pie de la colina, entre dos hileras de altos olmos, las casitas de tejados recubiertos de paja, recortándose contra el azul del cielo, la cinta de plata del río y al otro lado los grandes bosques... todo esto formaba un adorable panorama, pletórico de poesía, que me inspiraba extraordinariamente. Me sentía bueno, dispuesto a rechazar el mal y capaz de todas las bondades. Hubiese querido morar allí y no cometer más torpezas, llevando una vida buena y sin reproche, hasta cuando mis cabellos tuvieran plateadas tonalidades. En aquel instante olvidé las maldades de mis parientes y amigos y les envié tiernas bendiciones; nunca sabrían cuan cerca de mi corazón se hallaban. Ellos estaban saturados de frivolidad e indiferencia, lejos de concebir lo que en esos instantes experimentaba mi sensible espíritu. Sí, nunca sabrían la intensidad de mis deseos y la ternura que rebotaba en mi alma, pero yo lo sabía y era suficiente...

Y sumergido en estos pensamientos tan profundos como caritativos, pasaban los minutos sin darme cuenta de su fugaz tránsito, cuando, de pronto, mi ensoñación fue rota por una voz agria y cascada que decía:

— ¡Muy bien, señor, muy bien! ...Ya vengo... ya vengo... No se impaciente señor... vengo enseguida...

Miré atrás y vi en el centro del cementerio un anciano calvo, que se acercaba cojeando; llevaba un manojito de llaves que sonaban a cada paso. Con una mirada de severidad le indiqué mis deseos de soledad, empero el individuo continuaba acercándose.

— Ya vengo, señor, ya vengo... Es que estoy cojo... No tengo la agilidad de hace veinte años... Pase por aquí, señor...

— ¡Váyase...! Déjeme en paz, miserable anciano – dije furioso.

— He venido tan pronto como pude, señor –replicó – Mi mujer no le ha visto hasta hace un momento... Sígame...

— ¡Váyase... váyase antes de que salte la pared y me dé el gustazo de torcerle el pescuezo...!

El anciano pareció sorprendido.

— ¿No quiere ver las tumbas?

— No, no tengo ganas de verlas... Sólo deseo permanecer apoyado en la pared... ¡Váyase y déjeme en paz! Me siento rebosante de bellos y nobles pensamientos y no quiero disiparlos. ¿Por qué viene a charlotear conmigo y

me distrae, desvaneciendo mis mejores ideas con su estúpida cháchara sobre piedras mortuorias?;Déjeme en paz y vaya a buscar quien esté dispuesto a enterrarle a buen precio!;De la mitad de los gastos me encargo yo!

Se quedó atónito, frotándose los ojos y mirándome de hito en hito. A pesar de mis extrañas palabras, mi apariencia era completamente normal y no se podía dudar que fuese un ser humano.

— ¿Acaso es usted un forastero? No vive aquí, ¿verdad?

— No... – repuse – Si fuese un vecino de este lugar... ¡usted sí que ya estaría enterrado!

— Bueno, pues, así usted tiene que ver las tumbas, las sepulturas, las gentes enterradas... ¿Me comprende?...

— ¡Usted es un solemne embustero! – le dije irguiéndome furioso – Me río de las tumbas, de “sus” tumbas... ¿Por qué diantre tengo que verlas? ¿O cree que mi familia carece de semejantes propiedades? Mi tío Podger posee, en el cementerio de Kensall Green, una sepultura que es el orgullo de todo el condado. El monumento fúnebre que tenemos en Booth es capaz de acoger a ocho personas y mi tía Susana tiene en Finchley una tumba de ladrillos con ornamentos de mármol y una especie de cafetera como relieve. Además este monumento tiene un cimborio redondo del mejor mármol, de quince centímetros de altura, que ha costado su peso en oro... ¡No me interesa ninguno más! Y lo único que le puedo decir es que el día que usted se muera haré una excepción... ¡vendré a visitar su tumba!...

El anciano se deshizo en lágrimas; entre sollozos me comunicó que una de sus tumbas tenía en su cúspide un trozo de piedra que decían ser fragmentos de una estatua antigua y otra poseía una inscripción indesciftable. Yo seguía inmovible y él insistió, con voz empapada en lágrimas:

— ¿No quiere ver las vidrieras conmemorativas?

Ante mi rotunda negativa, gastó su último cartucho; acercándose a mi lado murmuró quedito:

— En la cripta tengo un par de cráneos... Baje a verlos... Ahora usted está de vacaciones y le conviene divertirse...

Di media vuelta, emprendiendo una veloz huida, y todavía me perseguía la cascada cantinela:

— Baje a ver los cráneos... Se divertirá... Baje a verlos...

\*\*

A Harris le enloquecen las sepulturas, las tumbas, los epitafios y las inscripciones funerarias, y sólo de pensar que no podría admirar la última

morada de la señora Thomas, se descomponía exclamando:

— ¡La tengo que visitar...! ¿Por qué te crees que he aceptado unirme a vosotros?...

Le recordé que debíamos pensar en Jorge y que teníamos la ineludible obligación de remontar la barca hasta Shepperton con objeto de recogerle a las cinco de la tarde. Esto fue motivo para que se metiese, demasiado enérgicamente por cierto, con el pobre Jorge.

— ¿Querrás explicarme por qué está sin hacer absolutamente nada durante todo el santo día y nos deja solos arrastrando esa pesada barca corriente arriba? ¿No podría trabajar un poco y tener el día libre para pasarlo con nosotros?... ¡Que se vaya al diablo con su casa de banca! ¡Como si allí hiciese algo de provecho! He ido a verlo muchas veces y nunca le he visto ocupado en algo de utilidad práctica. Se pasa el tiempo sentado detrás de una ventanilla, haciendo todo lo posible para aparentar ser una persona importante, y... total, nada, ¡absolutamente nada! Haz el favor de decirme que se puede esperar de un sujeto que está detrás de una ventanilla... En cambio yo... trabajo como un negro y tengo que ganarme la vida... ¿Por qué no hace lo mismo? ¿Para qué sirve ese chico? ¿Para qué sirven los bancos? Sacarle a uno el dinero, eso sí que saben, pero preséntate con un cheque... te lo devuelven diciendo “sin fondos; infórmese sobre la persona que se lo ha enviado” ... Anda, dime, ¿qué utilidad tienen los bancos? La semana pasada tuvieron la frescura de hacerme ir y venir tres veces para acabar diciéndome eso... eso de “sin fondos” ... pero no estoy dispuesto a aguantarlo más... retiraré todo mi dinero de ese infecto lugar... Bancos... valiente porquería... Y pensar que si Jorge estuviese aquí podríamos visitar esa tumba... ¡que no me creo que esté en el banco!, ¿oyes? Seguro que está vagabundeando por esos mundos mientras nosotros cargamos con todo lo más pesado... Mira, ya estoy hartito, me voy a dar una vuelta y a beber algo...

Entonces, bien a pesar mío, pues cuando le dan esos arrebatos es inútil decirle nada, le hice notar que tendría que andar mucho para encontrar un bar y esto desvió su indignación hacia el indefenso río.

— ¡El río...!, sí, el río... ¿para qué sirve? ¿Es que hemos venido a morirnos de sed?

Le dejé desahogarse un buen rato – que pasó prorrumpiendo en expresiones no publicables – ya que este es el mejor sistema de “desengrase” de su cerebro, y cuando hubo recobrado un mínimo de serenidad, murmuré conciliadoramente:

— No te excites, Harris... recuerda tu presión de sangre... Y no temas, no morirás de sed... acuérdate de que llevamos cierta maravillosa bebida que

convenientemente mezclada con el agua da como resultado una limonada de primer orden... ¿Quieres que te prepare un poco?

Esta vez su furor se dirigió hacia la limonada y demás bebidas de colegiales, tales como la horchata, jarabe de cardos, etc. Dijo que producían dispepsia, destrozaban el organismo y embrutecían el espíritu, siendo causa de un ochenta por ciento de los crímenes que tienen lugar en nuestro país.

Y como de todas maneras quería beber, se subió al banco, inclinándose para sacar la botella de whisky del fondo del cesto, se agachó más y más, y obstinado en hacer dos cosas tan dispares como gobernar una barca y buscar whisky, consiguió que la embarcación encallase en la orilla. Con el golpe, perdió el equilibrio, yendo a parar dentro del cesto. No se atrevía a moverse – menudo calambre debió coger al mantener las piernas inmóviles en el aire – de miedo a desaparecer del todo, y quien sabe el tiempo que hubiese permanecido en semejante posición si no lo hubiera izado, estirándole vigorosamente las piernas. ¿Hará falta decir que este incidente sólo sirvió para agudizar su furor y dar mayor expresión a su escogido vocabulario?

## CAPITULO 8

Chantaje. –Lo que se debe hacer. –Grosero si también egoísta comportamiento de los terratenientes ribereños. –Carteles informativos. – Sentimientos poco humanitarios de Harris. –Como canta Harris canciones cómicas. –Una reunión aristocrática. –Vergonzosa conducta de dos despreocupados jovenzuelos.— Informaciones inútiles. –Jorge se compra un banjo.

Nos detuvimos bajo los sauces de Kempton Park para almorzar plácidamente. Este lugar es una deliciosa llanura en las orillas del río, llena de grandes sauces cuyas flexibles ramas casi se hunden en el agua. Estábamos a punto de empezar el tercer plato – pan y mermelada – cuando un caballero en mangas de camisa y fumando una corta pipa, hizo su aparición, preguntándonos con escasa amabilidad:

— ¿Saben ustedes que están violando una propiedad particular?

— Aun no hemos dedicado nuestra atención a este asunto para sacar conclusiones definitivas – le respondimos – No obstante, si usted nos asegura, bajo palabra de honor, que nosotros infringimos algo... estamos dispuestos a creerle.

Con la misma carencia de amabilidad nos aseguró que, en efecto, nos hallábamos en una propiedad particular. Le dimos las gracias por sus palabras,



creyendo que el incidente ya estaba zanjado; sin embargo, como su aspecto persistía en lo que podríamos llamar ligera indignación, le preguntamos:

— ¿Podríamos serle útiles en algo?

Y Harris, con la santa intención de bromear un poco, le ofreció pan y confitura. El honorable ciudadano, que, indudablemente, pertenecía a alguna organización cuyos estatutos prohibían la ingestión de los susodichos alimentos, rechazó la oferta muy desabridamente – como si le hubiésemos molestado – y dijo que su deber era echarnos de allí.

— Si ese es su deber... ¡cúmplalo! – exclamó Harris – Ahora bien, mi querido amigo, me encantaría conocer su opinión sobre la manera de hacerlo.

Harris es lo que se llama un buen mozo, alto, fornido, musculoso y de aspecto agresivo; el caballero de la pipa le miró de arriba abajo, respondiendo con bastante cortesía:

— Voy a hablar con mi amo... y no tardaré en regresar para ponerles en remojo...

Naturalmente, no le volvimos a ver más; todo lo que pretendía era un indecente chantaje para obtener unos chelines como pago de su silencio. Existen una serie de parásitos ribereños que durante el verano se ganan su dinerito paseando a lo largo del río y haciendo pagar tributos a los que son lo suficientemente débiles para abonárselos. Acostumbran a presentarse como “enviados del propietario”, y lo que debe hacerse en casos de esta índole, es dar el nombre y dirección y dejar que el propietario – si es que en realidad tiene algún derecho – presente una reclamación judicial por daños y perjuicios causados a los dos metros cuadrados que se utilizaron para merendar. Desgraciadamente, la mayoría de gente es tan indolente y pusilánime que, en lugar de concluir con esas injusticias realizando una sencilla demostración de energía, prefieren ceder al primer intruso que se les presente.

Hay que dar un toque de atención a los propietarios dignos de vituperio, pues su egoísmo aumenta cada año, y si de ellos dependiese, se prohibiría en absoluto el acceso al Támesis. En la actualidad ya dan rienda suelta a su despotismo en los ríos de menor importancia; colocan estacas en el centro de la corriente, cadenas de orilla a orilla y grandes cartelones en cada árbol.

Cada vez que veo uno de estos carteles, todos mis instintos más perversos se agitan a flor de piel; me siento poseído de vehementes deseos de arrancarlos y clavarlos en la cabeza de quien los ha colocado hasta que su masa encefálica quede convertida en una pasta y luego enterrarlo sin ninguna solemnidad, colocando sobre su tumba, cual piedra funeraria de nuevo estilo, el nefasto cartelito. Apenas hube comunicado a Harris estos sentimientos tan poco humanitarios, una siniestra sonrisa cuajó en sus labios y repuso con voz

cavernosa:

— Querido Jerome, yo haría más, mucho más... no solamente comparto en todos los detalles esos sentimientos que te animan, sino que también degollaría a toda la familia, amigos y conocidos y luego prendería fuego a la casa.

— ¡Hombre... Harris! Francamente, lo encuentro algo exagerado...

— Pues sí, chico, sí... ¡Si pudiese haría todo eso! ¿O crees que no merecen semejante “atención”...? ¡Ah, y de buena gana cantarías canciones cómicas sobre su tumba!

Al escuchar esta “profesión de fe” criminal me quedé desconcertado. Todos hemos de procurar que nuestros instintos justicieros no degeneren en vil venganza, y fue necesario sermonear largamente a Harris para conseguir que volviera a ideas más cristianas; finalmente salí victorioso: me prometió respetar la vida de amigos y conocidos y abstenerse de cantar sobre la tumba.

Si alguna vez hubiesen oído a Harris dar una sesión de canciones cómicas, comprenderían el inmenso servicio que he rendido a la humanidad. Se le ha metido entre ceja y ceja el convencimiento de que ese género es suyo, a pesar de que sus amigos – que hemos gozado de las delicias de sus interpretaciones – tratamos de disuadirle, ya que estamos firmemente persuadidos de que no sabe cantar y de que no se le debiera permitir ni ensayar. Cuando se le ruega que cante, siempre responde:

— Por mí, encantado... Ahora que sólo conozco coplillas cómicas – y dice esto de una forma como si fuese algo digno de escucharse una vez y luego morir.

— Muy amble... – dice la dueña de la casa – Así, ¿nos hará el favor de cantar, señor Harris?

Harris se acerca al piano, con el aire resplandeciente del hombre presto a sacrificarse generosamente por la felicidad del género humano.

— Silencio... ¡por favor! – dice la señora dirigiéndose a los concurrentes – Nuestro buen amigo, el señor Harris, va a tener la atención de cantarnos una canción cómica.

— ¡Magnífico!...

— ¡Qué bien!...

— ¡Estupenda idea! – exclaman los invitados, convencidos de que van a pasar un rato realmente delicioso.

Los que estaban en el invernadero regresan, suben los que se hallaban en el fumador; se busca a todo el mundo, y finalmente, el salón se llena de rostros sonrientes, dispuestos a pasar un buen rato.

Harris comienza...

Claro está que nadie exige una garganta privilegiada ni un hábil vocalizador – el género de canciones cómicas no es demasiado exigente – tampoco es motivo de extrañeza el que el cantante ataque una nota demasiado alta y luego, súbitamente, cambie de tono; no se busca la exactitud del compás ni se da gran importancia al hecho de que el artista adelante dos compases sobre el que le acompaña o se detenga en medio de una canción para discutir con el pianista y luego vuelva a empezar. En cambio, hay que estar dispuesto a oírle repetir los tres primeros versos, sin piedad, hasta el momento del refrán y ver como el cantante se para, de repente, soltando una burlona carcajada:

—¡Si que es curioso!; que me ahorquen si me acuerdo de lo que sigue!...

Entonces trata de recordar, al cabo de un rato de cantar otra cosa se acuerda de “lo que perdió”, se interrumpe en su actual recital – sin consideración para el público – vuelve a lo anterior y el auditorio acaba sintiéndose tan desamparado como el patito más huérfano de todos los patitos huérfanos.

Además..., bueno, será mejor que de una idea práctica de cómo resulta Harris actuando de cantante y... ¡nunca dirán que exagero!

— Me temo que encontrarán que es una canción pasada de moda – balbucea Harris de pie ante el piano – Seguro que la conocen... pero es la única que sé... Es la “Canción del Juez”, de Pinafore... No.... no.... no es de Pinafore lo que quiero decir... quiero decir... bueno, ya saben ustedes lo que quiero decir... es otra cosa. Me comprenden, ¿verdad? Bien ahora cantaremos el refrán a coro...

(Murmullos de alegre inquietud ante la perspectiva del coro. Unos brillantes acordes marcan el prelude de la “Canción del Juez”, de una escena del “Proceso ante el Jurado”, interpretado por un pianista nervioso. Llega el momento de empezar y Harris está distraído. El pianista insiste con el prelude, Harris se pone a cantar la “Canción del primer lord del Almirantazgo”, de Pinafore. El pianista vuelve con el prelude, pero acaba prescindiendo de ese trozo e intenta seguir a Harris con la “Canción del Juez” del “Proceso ante el Jurado”. Ve que las cosas no siguen un ritmo justo, se pregunta dónde está, que hace y de pronto pierde completamente la cabeza.)

Harris, amablemente alentador:

— Muy bien, muchacho, muy bien... tocas maravillosamente; sigue...

El pianista nervioso:

— Me temo que uno de los dos estamos equivocados... ¿qué es lo que cantas

Harris, prestamente:

— La “Canción del Juez”... ¿no la conoces?

Un amigo, desde el fondo de la sala:

— No, hombre, no... no digas tonterías... ¡Si estas cantando la “Canción del primer lord del Almirantazgo” de Pinafore!...

Larga discusión entre Harris y su amigo, que, finalmente, sugiere que no importa lo que cantaba mientras continúe. Harris, vivamente dolorido por la injusticia, pide al pianista que vuelva a empezar. El pianista toca el prelude de la “Canción del primer lord del Almirantazgo” y Harris, aprovechando lo que consideraba un momento favorable, empieza:

“Cuando era joven y llevaba toga...”

(Carcajada general, que toma como cumplido. El pianista dedica un emocionado pensamiento a su esposa e hijos y abandona el desigual encuentro; su puesto es ocupado por un muchacho más enérgico)

El nuevo pianista:

— Mira, Harris, puedes comenzar cuando te dé la gana... yo me encargo de seguirte... ¡Nada de preludios!...

Harris – a quien esta explicación ha aclarado el cerebro – dice riendo:

— ¡Por Júpiter!... os ruego que me perdonéis... Ahora me doy cuenta de que confundía ambas canciones... Jenkins tenía la culpa... Ahora iremos bien.

(Se pone a cantar, su voz parece salir de los sótanos, y sugiere cierta analogía con los sordos murmullos de un próximo terremoto.)

“Cuando joven trabajé un trimestre  
como ayudante de un magistrado...”

Harris, dirigiéndose al pianista:

— Demasiado bajo, muchacho... Si no te molesta lo repetiremos...

(Repite las dos primeras líneas con voz de falsete. Enorme sorpresa de los oyentes. Una anciana señora, acomodada junto a la chimenea, se pone a llorar, conmovida, y ha de marcharse.)

Harris, continuando:

“...sacudía ventanas, barría el suelo y...”

— No, no, “limpiaba las vidrieras de la gran puerta y el suelo enceraba”... No, tampoco... Me pierdo... Os ruego que me perdonéis... Es una cosa muy chocante, pero no puedo acordarme... “Y yo... yo...” ¿Qué le haremos?...

Bueno, vamos con el refrán y “adelante con los faroles”...

“Y yo... tra... la... tra...la ta...

tra... la ... soy ministro de Marina”

— Vamos... ¡todos a una con el refrán! Hay que repetir estos dos versos:

Coro general:

“Y yo... tra... la... tra... la ta...

tra... la... es ministro de Marina”

El bueno de Harris no comprende hasta qué punto hace el tonto y resulta cargante a gente que no le han hecho ningún daño. Está convencido de haberles proporcionado un rato de agradable diversión, y añade:

— Después de cenar tendré el gusto de cantar de nuevo.

Ahora que hablamos de recepciones y canciones cómicas, me acuerdo de una curiosa aventura en la que tuve parte y que demuestra cómo el trabajo mental es, generalmente, propio de la naturaleza humana. Estaba en una escogida reunión de gente de gran cultura, elegantemente ataviada y que sostenía animadas conversaciones. En pocas palabras: todos nos sentíamos completamente felices, exceptuando a un par de estudiantes, llegados de Alemania poco tiempo antes. Su aspecto era tan desagradable como aburrido. Resultábamos demasiado inteligentes a su lado, esta era la verdad y se daban cuenta de ello. Nuestra exquisita y brillante conversación y nuestros gustos refinados estaban por encima de ellos, dejándolos a un nivel inferior. (Más tarde todos hicimos la unánime observación de que no debieron haber acudido a esta velada.) Se interpretaron fragmentos de los antiguos músicos alemanes, se discutió filosofía y estética, los caballeros estuvieron sumamente galantes con las damas y se hicieron bromas, siempre dentro del mejor tono. Después de la cena alguien declamó un poema francés, y una señora cantó una balada española, tan sumamente sentimental que hizo derramar lágrimas a dos de los concurrentes. ¡Que balada más patética!

Entonces, uno de aquellos jóvenes se levantó preguntándonos si habíamos oído a Herr Slossen Boschen – un grave caballero que acababa de llegar y se encontraba en el comedor – cantando su gran creación cómica.

Ninguno de nosotros había tenido semejante placer, y los jóvenes añadieron:

— Es la canción más divertida que se ha compuesto... Miren si será divertida que después que fue cantada ante la corte alemana, el emperador tuvo que ser llevado a la cama, muerto de risa. Además, no hay nadie capaz de cantarla como él; conserva una seriedad tan grande que se podría creer que

entona una triste endecha... Y esta actitud hace más original su canto; nunca deja adivinar, ni por su tono ni por sus gestos, que está interpretando algo dramático, ello quitaría sabor a la interpretación. Su aire grave, trágicamente melancólico, la convierte en una broma irresistible... Nosotros conocemos a Herr Slossen Boschen y, si gustan, iremos a rogarle que cante...

Ante esas explicaciones, expresamos nuestro vehemente deseo de escucharle y poder juzgar ampliamente. Los jóvenes se dirigieron a hacer su petición al honorable caballero, a quien satisfizo el requerimiento, pues acudió al instante, sentándose al piano sin pronunciar ni una sola palabra.

— ¡Oh, se divertirán de lo lindo!... Van a reírse mucho – dijeron los dos jóvenes en voz baja al atravesar el salón, yendo a sentarse modestamente detrás del profesor.

Herr Slossen Boschen se acompañaba a sí mismo. El preludeo, francamente, no hacía presentir una canción divertida; tenía un tono brillante y vigoroso que ponía la carne de gallina.

— Es el sistema alemán – dijimos, dispuestos a saborear la original audición.

No entiendo el alemán. A pesar de haberlo estudiado en el colegio durante largo tiempo, a los dos años de terminados mis estudios no recordaba ni una sola palabra. Sin embargo, no quería que la gente adivinase mi ignorancia y adopté el sistema que juzgué más oportuno: fijar la vista en el rostro de los dos estudiantes imitando todos sus movimientos. Cuando sonreían, mis labios esbozaban una sonrisa; cuando se aguantaban heroicamente las carcajadas, también yo me contenía; cuando reían ruidosamente, de mi garganta salían roncros aullidos y de rato en rato emitía roncros gruñidos de satisfacción como si mi refinada sensibilidad hubiese advertido rasgos de humor no captados por nadie; sinceramente, consideraba extremadamente hábil portarme de esta manera.

A medida que la canción progresaba, observé, ligeramente molesto, que la mayoría también imitaba a los dos jóvenes, copiando todos sus movimientos por desordenados que fuesen y entregándose a las mayores muestras de alegría. Podía decirse que la canción constituía un éxito completo; no obstante, el caballero alemán no parecía estar satisfecho. Al oír nuestras primeras carcajadas, su fisonomía expreso enorme sorpresa, como si eso hubiese sido la última muestra de admiración que esperase. Nosotros encontrábamos que esa expresión constituía el colmo de lo gracioso y convinimos que por sí sola resultaba sumamente cómico. La más pequeña manifestación de darse cuenta de su propia broma hubiese sido de fatales efectos, restándole mucho mérito a su inigualable flexibilidad interpretativa.

Como que las risas proseguían, su actitud de sorpresa se convirtió en molestia y después en indignación, obsequiándonos con feroces miradas que no alcanzaban a los estudiantes, pues como he dicho, estaban a sus espaldas. ¡Aquella canción iba a hacernos morir de risa! Y esa extraordinaria mímica nos producía convulsiones de risa; las palabras podían tener mucha gracia – eso no lo íbamos a discutir – mas esa seriedad, esa refinada ironía... ¡era demasiado!

Al llegar a la última estrofa, el artista se sobrepasó a sí mismo e hizo girar sobre nosotros sus claras pupilas llenas de una furia que nos hubiese turbado si no hubiéramos estado prevenidos, y para acabar de arreglarlo, largó un gemido de agonía, tan doloroso, que si no llegamos a tener la certeza de que se trataba de una canción cómica, los sollozos nos hubieran ahogado. Y la canción terminó con una cascada de risas.

—¡Oh! – dijimos a coro – ¡qué cosa más divertida!... Si que es absurda la opinión de que los germanos no poseen sentido del humor... ¿Por qué no habrán traducido esa canción para mayor felicidad de la humanidad acongojada?

En ese preciso momento, Herr Slossen Bosche se levantó, imprecándonos terriblemente. Por la letanía de denuestos que nos dirigió, deduje que su idioma es verdaderamente privilegiado a tales efectos; saltó, crispó los puños y nos sirvió todo el inglés más expresivo que poseía. Al parecer, la canción no tenía nada de cómica; narraba la triste historia de una doncella de las montañas de Hartz que dio su vida por salvar el alma de su prometido; después de la muerte, ambos espíritus se encuentran en las regiones siderales y él menosprecia y abandona el alma de la que le ofrendó su vida, alejándose con otra. Si bien no recuerdo todos los detalles, estos son suficientes para darse cuenta de que es un tema sumamente triste. Herr Slossen Boschen dijo que al cantarla ante el emperador, este sollozaba como un niño; además, según opinión mundial, era uno de los cantos más patéticamente trágicos de la lengua alemana.

¡En qué situación más crítica nos encontramos! ¿Se imaginan? No nos atrevíamos ni a abrir la boca; buscamos detenidamente a los autores de la estúpida broma, mas apenas terminó el recital se habían despedido a la francesa. La velada finalizó abruptamente, nunca he visto unas despedidas tan silenciosas y poco ceremoniosas; todos nos fuimos si apenas dar las buenas noches, bajando la escalera cautelosamente. Se pedía sordamente el abrigo y el sombrero y salimos silenciosamente, procurando llegar a la primera esquina para esquivar a los otros invitados.

¡Que poco interés me despiertan – desde aquella fecha – las canciones alemanas!

\*\*

A las cuatro menos treinta llegamos a Sunbury Lock. Aunque estos parajes son sencillamente maravillosos, todo lo que pueda decir a su favor es poco. Existe un inconveniente que es necesario solucionar a base de sentido común, y es la fuerte corriente. No recomiendo intentar remontar el río, pues algo sencillamente tremendo. En cierta ocasión, encontrándome cerca de allí, pregunté a los que me acompañaban si eso era posible.

— Si te ves con ánimos de remar mucho... – me dijeron.

En esos momentos nos encontrábamos justamente debajo del puentecito que cruza el afluente del río y me encorvé sobre los remos; remaba enérgicamente poniendo a contribución brazos y piernas. Mi labor era tan sostenida, elegante y rápida que mis compañeros aseguraban que daba gusto verme.

Al cabo de cinco minutos pensé que debíamos estar cerca de la esclusa y me volví a comprobarlo, mas... ¡estábamos en el mismo sitio donde inicié mis esfuerzos! Mis compañeros reían tonta y fuertemente; ¡había sudado horrores para no moverme ni dos palmos! Ahora, cuando me encuentro en las proximidades de una esclusa y hay que remar contra la corriente, acostumbro a dejar que lo hagan los demás.

\*\*

Pasamos delante de Walton, lugar relativamente importante, por tratarse de una población ribereña; aunque sucede como en esta clase de poblaciones que sólo da al río el extremo más insignificante de la ciudad, de manera que hace el efecto de que se trata de algún pueblecito de veinte casas, como máximo. Windsor y Abingdon son los dos únicos lugares entre Londres y Oxford que pueden ser ampliamente advertidos desde el Támesis, los demás se ocultan entre las sinuosidades de los márgenes, limitándose a asomarse al río por una tortuosa calleja. Y hay que felicitarles por ese buen gusto de no asomarse, dejando los ribazos por los campos y los bosques; la misma ciudad de Reading, a pesar de sus esfuerzos para llegar al Támesis, tiene la discreción de esconder su desagradable rostro.

Como es natural, Cesar tiene reservado un rinconcito en Walton; es un campo amurallado o algo parecido. (¡Este emperador sí que era un verdadero “cruzador de ríos”!), y, claro está, la reina Isabel también llegó hasta aquí. No hay manera de deshacerse de esta buena señora; donde quiera que se vaya, se ha de tropezar con su recuerdo.

Cromwell y Bradshaw, no el guía, sino el que pidió la cabeza del rey Carlos, tienen su “última morada” en Walton. ¡Que parejita más simpática y más saturada de “bondadosos sentimientos”! En la iglesia de Walton existe un



artefacto infernal que en la antigüedad se usaba para “fijar” las lenguas femeninas. Este instrumento ha caído en desuso y en la actualidad sólo conocen su existencia unos cuantos eruditos. (El motivo de semejante abandono debe de ser debido a la carencia de hierro, y como este es el material más adecuado...)

En esta iglesia también existen importantes tumbas; por un momento temí que Harris intentase visitarlas; felizmente no pensó en ello y pudimos pasar tranquilamente. En estos parajes el río serpentea muchísimo – especialmente una vez pasado el puente – y gracias a esta disposición natural se encuentran una serie de rincones de ensueño. (La parte pintoresca es realmente admirable, digna de ser apreciada por todo amante de la naturaleza, pero la parte que llamaríamos práctica resulta algo complicada, pues remar o remolcar en estas condiciones es bastante difícil, causando innumerables conflictos entre remeros y remolcadores.)

A la orilla derecha, dejamos Oatlands Park, antigua plaza fuerte. Enrique VIII se la arrebató a su auténtico dueño, cuyo nombre he olvidado, y, según dicen, en el parque existe una curiosa gruta. La duquesa de York, que vivió en Oatlands, sentía tal amor hacia los perros – poseía una enorme jauría – que les hizo construir un cementerio donde existen alrededor de cincuenta tumbas, todas con su lápida y correspondiente epitafio. A mi entender, este ha sido un bello gesto; los fieles amigos del hombre bien merecen ser sepultados con todos los honores.

En Cornway Stakes, primer ángulo debajo del puente de Walton, se libró una batalla entre Cesar y Cassivellaunus, que fortificó el río, plantando una serie de estacas, y colocando un letrero que decía “prohibido el paso”; sin embargo, el emperador logró cruzarlo. ¿Se convencen como es imposible separar a Cesar del río? Hoy en día haría falta un hombre así en las proximidades de las esclusas.

Halliford y Shepperton son dos bonitos lugares, especialmente desde el río, si bien no tienen nada de notable. En el cementerio de Shepperton existe una tumba en la cual aparece cierto poema, y como observé que Harris daba miradas de envidia al embarcadero – lo que me hizo comprender sus evidentes deseos de ir a tierra – me las arreglé para tirar su gorra al agua y con el trabajo de recogerla y su indignación por mi torpeza, olvidó la existencia de sus bien amadas tumbas.

En Weybridge el Wey, delicioso riachuelo navegable sólo para botes de pequeñísimo calado, que siempre me he propuesto explorar y nunca lo he logrado, el Bourne y el canal Basingstoke tienen su confluencia en el Támesis. La esclusa se halla, justamente, al otro lado de la población, y lo primero que divisamos al aproximarnos fue la chaqueta de Jorge, y luego, tras un examen

más profundo, descubrimos que Jorge estaba dentro. Montmorency movió la cola furiosamente, yo grité, Harris mugió y Jorge agitó su gorra en el aire, vociferando enérgicamente.

El guarda de la esclusa salió de su casa con aire preocupado y enarbolando un garfio en la mano – por lo visto pensaba que ocurría algo grave – y al darse cuenta de la equivocación me pareció que puso mala cara.

Nuestro excelente Jorge llevaba un singular paquete, envuelto con tela impermeable, algo redondo, chato y con un largo mango recto que sobresalía.

— ¿Qué es esto? – preguntó Harris – ¿Una satén?

— No – repuso Jorge mirándole indignado – Es el último grito de la moda... Todo el mundo lo toca... Es un banjo...

— Caramba, no te conocíamos esa habilidad... – exclamamos Harris y yo al unísono.

— Francamente, no tengo la menor noción de ese arte – dijo Jorge – pero me han dicho que es facilísimo. ¡Además, tengo el folleto de instrucciones!...

## CAPITULO 9

Jorge se ve obligado a trabajar. –Indigno proceder de las cuerdas de remolque y un esquite de dos remos. –Remolcadores y remolcados. –Sistema de una pareja de enamorados. –Imprevista desaparición de una anciana señora. —¡Cuánto más se corre, menos se avanza!. –Nos remolcan tres muchachos. – La esclusa perdida sobre el río encantado. –Música celestial. —¡Salvados!

En cuanto tuvimos a Jorge en nuestro poder, empezamos a poner en práctica nuestros propósitos de que trabajara, lo que no pareció afectarle mucho; se limitó a decir:

— ¡He tenido un horror de trabajo en la ciudad!...

Harris, que de por sí es duro y nada compasivo, contestó:

— Pues ahora tendrás un horror de trabajo en el agua... Además, no olvides que es conveniente cambiar de actividad... Anda... desembarca...

En conciencia no podía objetar nada; sin embargo, intentó escabullirse:

— Me gustaría quedarme en la barca... Os prepararé el té... Eso es bastante complicado, y vosotros tenéis un aspecto tan fatigado...

Nuestra única respuesta fue alargarle la cuerda del remolque; la cogió y

saltó a tierra.

Las cuerdas de remolcar ofrecen la curiosa e inexplicable particularidad de que se enrollan cuidadosa y pacientemente, se dejan en el suelo, y al cabo de cinco minutos nadie dirá que aquello es un rollo de cuerda sino un informe lío. No siento deseos de ser insolente, mas tengo la seguridad de que si cogen una soga ordinaria, la desenrollan dejándola estirada en medio de un campo, y después se vuelven de espaldas, sólo por dos segundos, la encontrarán perfectamente trenzada y llena de nudos, con los dos cabos perdidos; ella solita habrá hecho todo eso, y tendrán que pasar media hora, sentados en la hierba, desenredándola y soltando imprecaciones sin parar.

Esta es mi opinión sobre las cuerdas de remolques, en general. Claro que deben de existir honorables excepciones, no aseguraría lo contrario; deben de existir sogas que son el orgullo de su profesión, concienzudas, respetables, que no creen que su labor consista en hacer ganchillo y no disfrutan, tan pronto se las deja, en convertirse en trozos de “jersey”. Que conste que digo que pueden existir, confío en ello; no obstante, hasta la fecha no he tropezado con ninguna.

La cuerda que cogí antes de llegar a la esclusa, no permití que fuese todavía tocada por Harris; conozco su poca habilidad y quería evitar un incidente, y cuando la tuve a punto la cogí de acuerdo con los cánones de la intrincada ciencia del remolque, pasándola a Jorge, quien se apoderó de ella, se la puso al brazo y empezó a deshacerla como si luchara con los pañales de un recién nacido. Pues sí, aun no había desenredado una docena de metros que ya la cuerda parecía una estera mal trenzada y... ¡siempre pasa lo mismo!, el que está en la orilla cree que la culpa es del que la enrolló, y cuando un hombre está en la orilla, pues... dice lo que piensa, sin tener en cuenta el vocabulario a utilizar.

— ¿Qué demonios habéis estado haciendo con esto? ¿Una red de pescar...? Sólo sabéis enredarlo todo... ¡Cuidado que sois estúpidos!... ¿No podíais haberlo hecho un poco mejor? – va gruñendo incesantemente, luego hace frenéticos esfuerzos y logra ponerla plana y comienza a dar vueltas buscando uno de los cabos.

Por otra parte, el que la enrolló cree que la culpa es del que intenta arreglarla:

— ¡Si estaba bien!... – exclama indignado – ¿Qué es lo que estás haciendo?... Tienes unas manos horrorosas... Cuando digo que serías capaz de enredar una docena de velas marinas...

Y se enfadan tanto, que sueñan con ahorcarse con la misma cuerda al cabo de diez minutos; alguien lanza un grito, como si se hallase al borde de la demencia, baila encima de la cuerda, – intentando arreglarla, – coge el primer

cabo que encuentra y estira con todas sus fuerzas, cosa que, naturalmente, aumenta la confusión. Entonces, el otro salta de la barca, ambos cogen el mismo cabo, tiran juntos y, al hallar resistencia se quedan pasmados. Al fin, la desenredan del todo y al volverse se dan cuenta de que la barca ha escapado a la deriva, yendo en línea recta hacia la esclusa.

En cierta ocasión un caso semejante ocurrió ante mi vista. Era una mañana de viento en los alrededores de Bovency; nosotros nos deslizábamos pacíficamente a favor de la corriente y, al acercarnos al recodo que forma el río, nos llamaron la atención dos individuos que vimos en la orilla. Se contemplaban con enorme expresión de desconuelo en los rostros, pálidos por la desolación; una expresión como nunca hubiéramos imaginado ver en un rostro humano. Era más que evidente que algo catastrófico acababa de ocurrirles, y llevados de nuestros sentimientos humanitarios, anclamos, acercándonos a preguntarles cual era el motivo de su congoja.

— ¡¡Se nos ha escapado la barca!!... – repusieron indignados – Estábamos desenredando esta maldita cuerda, y cuando nos volvimos... ¡se había escapado!...

Y parecían consternados por lo que juzgaban una acción de refinada ingratitud.

Encontramos a la infiel, media milla más abajo retenida por unos cañaverales, y la devolvimos a sus dueños. Estoy seguro de que no le concedieron un margen de confianza por lo menos durante una semana. Por mi parte, y como soy una persona eminentemente sensible a los dolores del prójimo, he de confesar que nunca olvidaré el cuadro que formaban aquel par de desgraciados paseando por el ribazo, con la cuerda de remolcar entre las manos, y esforzándose por descubrir su bote.

Navegando por el río suelen presenciarse divertidos incidentes relacionados con el remolque de embarcaciones; uno de los más corrientes es este: dos remolcadores marchan a grandes pasos, discutiendo animadamente, mientras el que se encuentra en el bote, a cien metros de ellos, vocifera inútilmente. Se dedica a una exhibición de mímica tan violenta como desesperada, uno de sus remos cae al agua y no por ello interrumpe su alarde de facultades; es que ha perdido su sombrero o un garfio se ha hundido en las aguas.

Al primer momento les llama correcta y amablemente:

— ¡He... eh... deteneos!... – grita alegremente – Se me ha caído el sombrero...

Luego:

— ¡Eh, vosotros... eh!... ¡Tom... Dick! ¿qué estáis sordos? – y esto no es dicho con la misma afabilidad.

Después:

— ¡Eeeeeh!... ¡Eeeeeeh!... ¡Ooooooh, si os pudiese coger por mi cuenta... animales!... ¡Paraos de una vez!... ¡Ooooooh, maldita sea vuestra estampa!

Se pone de pie, pegando feroces patadas a la indefensa barca, grita hasta desgañitarse, con el rostro congestionado por la ira, maldiciendo sus compañeros, hasta agotar su bien surtido vocabulario de escogidas imprecaciones. Los golfillos del río se detienen en los márgenes y se burlan, tirándole piedras, mientras pasa ante ellos a una velocidad de cuatro millas por hora y no puede salir de la barca.

La mayor parte de estos inconvenientes desaparecerían si los remolcadores tuviesen presente su cometido y recordaran que llevan a alguien en la barca; de ahí que sea más aconsejable utilizar una sola persona para semejantes menesteres; siendo dos se ponen a hablar y olvidan sus deberes, cosa bastante comprensible, pues la barca no se molesta en recordarles el cumplimiento de sus obligaciones.

Jorge, a fin de hacernos comprender hasta qué punto los remolcadores pueden olvidar sus dignas funciones, nos explicó un caso curioso. El y tres amigos conducían una barca, bastante pesada, y no muy lejos de Cookham vieron una pareja de enamorados que caminaban por el sendero de los remolques, absortos en una conversación tan interesante como larga; entre ambos sostenían una barra con un gancho, en el cual habían atado una cuerda cuyos extremos estaban sumergidos en el agua. En lontananza no se percibía barca alguna, posiblemente debía de haber una, ¿mas, ¿qué se había hecho de ella?, ¿qué fatal destino la hizo desaparecer?, ¿cuál fue la suerte de sus ocupantes? Esto no parecía preocupar a los jóvenes, los cuales, llevándola barra y el gancho, parecían poseer todos los elementos necesarios para su labor. Jorge estuvo a punto de llamarlos y despertarlos de ese marasmo embrutecedor, pero una idea luminosa cruzó su cerebro; no dijo nada, con un garfio cogió el extremo de la cuerda que iba en el agua, haciendo una argolla que los bromistas sujetaron a la quilla de la barca, luego dejaron los remos y encendieron sus pipas. ¡Y de esta manera el par de novios remolcó a un cuarteto de forzudos mocetones hasta Marlow!

— Raras veces he visto tanta pensativa tristeza concentrada en unas pupilas humanas – dijo Jorge – como cuando descubrieron que llevaban dos millas remolcando una barca que no era la suya; estoy convencido de que si aquel muchacho no llega a tener a su lado la dulce y serena influencia de su novia, hubiese dado rienda suelta a sus instintos más violentos. Ella fue la primera en reaccionar, crispó las manos, preguntando alocada: “Enrique...

¿dónde está la tía?”

— ¿Volvieron a verla? – preguntó Harris interesado. Empero eso Jorge nunca pudo saberlo.

Hace algún tiempo, en las cercanías de Walton, Jorge y yo, presenciamos otro ejemplo de la peligrosa falta de cooperación que existe entre remolcadores y remolcados. Era en el lugar donde el camino muere suavemente en el río; nosotros habíamos acampado en el margen opuesto, e indolentemente tendidos sobre la hierba, observábamos el mundo y sus habitantes con ojos cargados de benevolencia. Lentamente avanzó un botecito remolcado por un caballo montado por un chicuelo. Cinco muchachotes iban dentro de la barca, tumbados en soñadoras actitudes que llegaban a su máxima expresión en la figura del timonel.

— ¡Daría cualquier cosa para que el timonel estirase la cuerda! – murmuró Jorge al verles pasar.

Sus deseos tuvieron inmediata realización: la barca se estrelló contra el ribazo con un ruido comparable al de cuarenta mil sábanas de hilo que se rasgaran todas a la vez; dos hombres, un cesto y tres remos pasaron por babor a la orilla; medio minuto después, otros dos sujetos fueron a parar a tierra, yendo a sentarse entre ganchos, velas, sacos de noche y botellas. El último de los ocupantes aún pudo mantenerse a flote veinte metros por espacio de cuatro minutos y medio, al cabo de los cuales salió de cabeza.

Esta operación pareció aligerar la barca, que adquirió mayor amplitud de movimientos; el chicuelo se apercibió de ello, atizó su caballo y se marchó a galope tendido. Entretanto, los cinco pasajeros se miraban llenos de sorpresa; tardaron minutos en comprender lo ocurrido y entonces dieron gritos para detener al chicuelo, mas este, demasiado ocupado con su cabalgadura, no les oyó, perdiéndose de vista.

Hablando sinceramente, no puedo decir que me doliera la desgracia de estos mozos; confieso que me gustaría que los locos que se hacen remolcar de esta manera (costumbre seguida por muchos) sufriesen accidentes de esta clase, pues, además de los peligros a que se exponen, constituyen la desesperación y el estorbo de todas las demás embarcaciones que se tropiezan con ellos. Dada su marcha excesiva resulta imposible apartarse de su camino; su cuerda de remolque se enreda con el palo de las otras embarcaciones y las hunde o bien coge un pasajero, tirándolo al agua o golpeándole el rostro. (Lo mejor es ir prevenido con un largo garrote...)

De todos los procedimientos para remolcar, el más sensacional es el de remolque por medio de muchachas; no vacilo en recomendarlo, pues es divertidísimo. Se necesitan tres jovencitas para arrastrar la barca, dos que

estiren la cuerda y una tercera que no para de correr muerta de risa. No sé cómo se las componen, pero comienzan enredándose con la cuerda, teniendo que sentarse para zafarse de ella, luego se la ponen al cuello y poco les falta para ahogarse. Finalmente logran servirse del remolque como Dios manda, sosteniéndolo horizontalmente, y se disponen a marchar a una distancia muy peligrosa de la barca; apenas han caminado cien metros se sofocan, deteniéndose súbitamente para reír; la barca va a parar al centro del río donde comienza a dar vueltas antes de que nadie pueda coger un remo. Las muchachas exclaman, extrañadas:

— ¡Oh, mirad la barca... allí en medio!

Pasado este incidente, remolcan correctamente durante un ratito; de pronto a una se le ocurre que lo mejor es arremangarse las faldas y disminuyen su impulso para permitir que su amiguita satisfaga sus deseos; la barca se encalla, uno grita a las chicas que no se paren.

— ¿Qué?... ¿Qué pasa? – responden.

— ¡¡Que no os paréis...!!

— ¿Que no... qué?

— ¡¡Que no os paréeeis!!... ¡Hala!... ¡Continuad...!

— Anda, Emilia, ve a ver lo que quieren – dice una.

Y Emilia, siempre obediente, viene a preguntar lo que les decíamos.

— ¿Qué pasa?...

— No pasa nada... felizmente, todo va bien, pero continuad... ¡no os paréis!...

— ¿Y por qué?

— Porque nosotros no podemos gobernar la barca... nos tenéis que dar impulso...

— ¿Dar qué?

— Darle impulso, hacerle conservar el movimiento...

— Muy bien... Voy a decírselo... ¿Lo hacemos bien?

— Si, muy bien, pero no os paréis.

— Pues mira... no es muy difícil... creí que costaría más...

— Es muy sencillo, sólo tenéis que tirar...

— Bueno – dice la chica – ¿queréis darme mi bufanda? Está debajo del asiento.

Cuando Emilia tiene la bufanda, otra de sus compañeras se aproxima diciendo que también quiere abrigarse el cuello y se lleva la de María por si esta la necesita, pero María tiene calor y lo que quiere es un peine. Pasan veinte minutos antes de reanudar la marcha; a la primera revuelta del camino hace su aparición una inofensiva vaca y hay que saltar a tierra a espantarla.

Si, es verdad; en una barca remolcada por muchachas no se conoce el aburrimiento.

\*\*

Jorge logró, finalmente, desenredar la cuerda y nos remolcó maravillosamente hasta Penton Hook, donde discutimos la importante cuestión de dónde acampar, y como habíamos decidido dormir a bordo, se trataba de saber si nos quedaríamos ayer o seguiríamos hasta más allá de Staines; era demasiado temprano para encerrarnos dentro de nuestra casita flotante – aun lucían los rayos del sol – y convinimos en llegar hasta Runnymede – tres millas más arriba – lugar tranquilo en medio del bosque que constituye un excelente refugio.

Más tarde nos dimos cuenta de que hubiera sido mejor detenernos en Penton Hook; remontar tres o cuatro millas contra la corriente es una tarea que se lleva a cabo con cierta dificultad; de ahí que sea mejor hacerlo a las primeras horas de la mañana, pues al término de una agotadora jornada se convierte en un durísimo esfuerzo. A las últimas millas uno no se fija en el paisaje, ni habla, ni ríe; cada media milla que se cubre vale por dos; uno llega a figurarse que no está donde está y que el mapa está equivocado; después de haber hecho un camino que uno calcula tener diez millas y no encontrar esclusa alguna, se comienza a temer la intervención de algún osado bandido que se ha apoderado de todas las esclusas.

Recuerdo que en cierta ocasión, me sentí positivamente desamparado – hablando metafóricamente – sobre las tranquilas aguas del Támesis; había salido con una primita, por línea materna, y bajábamos de Goring; se nos hacía tarde y estábamos deseosos, ella por lo menos, de llegar a casa. A las seis y media, cuando comenzaba a oscurecer, pasábamos delante de la esclusa de Benson.

— ¡Me gustaría estar en casa a la hora de cenar! – exclamó la jovencita.

— Justamente, ese es mi deseo – le dije.

Y sacando un mapa quise ver a que distancia nos encontrábamos del punto de regreso, comprobando que nos hallábamos justo a milla y media de la esclusa más cercana – Wallingford – y a cinco millas de la de Cleve.

— Mira, antes de las siete habremos pasado Wallingford y sólo nos



quedará una...

Me puse a remar vigorosamente; pasamos el puente y pregunté a mi primita:

— ¿Distingues la esclusa?

— ¡Oh, no; no veo nada!

— ¡Oh...! – exclamé contrariado.

Seguí remando y al cabo de cinco minutos le rogué que volviese a mirar.

— No hay nada... No veo ninguna de las señales indicadoras...

— ¿Quieres decir que conocerías una esclusa? – le pregunté vacilante, temeroso de ofenderla.

Pero ella molesta, respondió:

— Pues... ¡búscala tú!...

Dejé los remos para orientarme; el río se extendía ante nuestra vista, la tarde se apresuraba hacia el ocaso y no había señal alguna de ninguna esclusa.

— ¿No nos habremos perdido?

Le hice comprender que eso no era posible; así pensaba consolarla, aunque, claro está, podíamos habernos equivocado de afluente y navegar rumbo a los remolinos. Esta idea no pareció confortarla, pues le hizo exclamar despavorida:

— ¡Nos ahogaremos!... ¡Este será el castigo por haber salido sola contigo!

A mi modo de ver, eso constituía un excesivo castigo, más ella lo consideraba justísimo y añadió como ampliación de sus deseos:

— ¡Ojalá no tardemos mucho en morir!

Inútilmente traté de animarla.

— Fíjate como estoy remando con enorme energía, pronto llegaremos a la esclusa

Recorrimos una milla más y entonces fui yo quien empezó a ponerse nervioso; volví a consultar el mapa: la esclusa de Wallingford quedaba claramente indicada a milla y media de la de Benson; se trataba de un mapa digno de confianza, además conocía perfectamente bien la esclusa, pues la había pasado dos veces. ¿Dónde estábamos? ¿Qué había ocurrido? Comenzaba a creer que todo era una pesadilla, que realmente estaba en la cama y que me despertaría dentro de poco – a eso de la diez y media.

— Oye, nena ¿no te parece un sueño?

— Si — respondió ella — me lo parece tanto que iba a preguntarte que te parecía a ti...

Esto nos llevó a preguntarnos si dormíamos, y si era así, quien soñaba y quien era una criatura irreal; las cosas terminaron poniéndose interesantes.

No cesaba de remar y no veía nada; el río estaba cada vez más oscuro; las orillas se habían convertido en dos misteriosas llanuras envueltas en la negrura de la noche; nos hallábamos sumergidos de pleno en el reino de las cosas sobrenaturales; mis pensamientos giraban en torno a espíritus, gnomos, fuegos fatuos y aquellas astutas hadas — de algún modo académico hay que calificarlas — que sentadas en las rocas atraen a los caminantes, llevándoles a los precipicios y los abismos. Me entraron deseos de haber sido más bueno y haber rezado con mayor fervor...; de pronto, llegaron a mis oídos las benditas notas del “He’s got’em” ejecutadas — y nunca tuvo mejor aplicación esta palabra — en una concertina... ¡Por fin... vislumbrábamos la salvación...!

Generalmente no siento la menor admiración hacia la concertina, empero en esos instantes... ¡cuánta belleza contenía ese instrumento!, mucho más hermoso que la voz de Orfeo o la flauta de Apolo. En nuestro estado nervioso, una melodía celestial hubiese exacerbado nuestra sensibilidad, una armonía expresiva e impecablemente ejecutada hubiera servido de supremo consuelo, quitándonos todas las esperanzas de volver al mundanal ruido, pero las notas de “He’s got’em”, producidas por una concertina asmática y adornadas por involuntarias improvisaciones constituyen algo singularmente humano y comfortable.

Las felices notas se acercaban; no tardamos en tener a mano la barca de donde salían; en ella iba una tribu de “jóvenes indios” que salieron a navegar al claro de luna — debo confesar que no había ni la más pequeña cantidad de reflejos lunares, si bien no era culpa suya — y jamás he tropezado con gente más simpática.

— ¿Quieren indicarme — pedí con trémolos de alegría en la voz — el camino de la esclusa de Wallingford? — añadiendo que la buscábamos hacía dos horas.

— ¿La esclusa de Walligford? — repuso uno de ellos — ¡Dios le bendiga, amigo mío!... Si hace más de un año que la suprimieron... ¡Ya no está, hombre, ya no está!... Ahora hay una en las cercanías de Cleeve... Oye, Bill... ¡Dios me perdone...!, mira... este señor busca la esclusa de Wallinford...

De buena gana hubiera abrazado al que me comunicaba semejante noticia, colmándole de bendiciones al propio tiempo; desgraciadamente la corriente, excesivamente enérgica en aquel lugar, me impidió hacerlo y tuve que contentarme con expresarle mi agradecimiento en sencillas y elocuentes

palabras.

Les dimos las gracias más de veinte veces, haciéndoles notar la buena noche que se les preparaba y deseándoles un agradable paseo; si mal no recuerdo, también les invité a pasar una semana en casa y mi primita les aseguró que su madre estaría encantada de conocerles.

Después cantamos el coro de “los Soldados” de “Fausto”, y, a pesar de esta aventura, llegamos a casa a la hora de cenar.

## CAPITULO 10

Primera noche. –Bajo el toldo. –S. O. S. –Espíritu de contradicción de las teteras y como vencerlo. –La cena. –Manera de ser virtuoso. –Se desea una isla convenientemente urbanizada y con tuberías de desagüe, preferiblemente en los alrededores del Océano Pacífico. –Un hecho cómico sucedido al padre de Jorge. –Noche sin tregua ni descanso.

Harris y yo acabamos por creer que la esclusa de Bellweir había desaparecido, igualito como aquella de que acabo de hablar. Jorge nos remolcó hasta más allá de Staines y entonces le reemplazamos. La barca parecía pesar cincuenta toneladas, y por lo que toca al camino, ¡ni que cubriésemos cincuenta millas en marcha contra el reloj!... Al fin, a las siete y media, pasamos la esclusa, subimos a la barca y nos aproximamos a la orilla izquierda a buscar un punto de amarre.

Nuestro propósito era llegar a la Magna Charta Island – lugar lleno de encanto por donde el río serpentea entre valles de suave verdor – a fin de acampar en una de las pintorescas calitas que existen en la minúscula playa. Si he de ser sincero, debo decir que eso ya no nos atraía tanto como en las primeras horas del día, y con un poco de agua entre una barcaza de carbón y un gasógeno teníamos suficiente; no queríamos bonitos paisajes, queríamos cenar y dormir... No obstante, remamos hasta Picnic Point, deteniéndonos en un hermoso rincón, bajo un gran álamo, en cuyas ramas atamos la barca. Pensamos en cenar inmediatamente – no habíamos merendado para no perder tiempo, y teníamos hambre – pero Jorge se apresuró a decir que teníamos que montar el toldo antes de que anoheciera y, comprendiendo lo razonable de sugerencia, acatamos esa orden.

¿Verdad que eso de poner un toldo parece ser una operación sencilla? Pues es todo lo contrario; requiere tanta exactitud y justeza que jamás pasó por nuestras acaloradas mentes la idea de lo complicado que iba a resultar su colocación. Dicho así, con palabras, parece sencillo: se cogen cinco puntos de

hierro parecidos a gigantescos arcos de croquet, y se clavan en la barca; luego se extiende la lona, que es convenientemente sujeta.

Pensamos hacerlo con la máxima rapidez, mas sufrimos una equivocación; cogimos los arcos, encajándolos dentro de las piezas reservadas a este efecto (estoy seguro que no creerán que esta operación sea peligrosa; sin embargo, doy fe de ello, y hasta me extraña poderlo contar, ¡no eran arcos de hierro, sino furias del Averno, espíritus infernales!). Resultaba imposible encajarlos como no fuese a patadas y estacazos; al fin los colocamos, pero nos dimos cuenta de que no correspondían a los encajes y tuvimos que sacarlos. Entonces, claro está, los arcos se obstinaron en no salir, parecían tener la idea fija de tirarnos al agua, para vernos alegremente ahogados. En medio, tenían ciertos resortes que cuando no mirábamos nos daban vigorosos golpecitos en los lugares más sensibles de nuestras humanidades, y mientras “discutíamos” con el extremo derecha para convencerle de que cumpliera con sus obligaciones, el extremo izquierda se aproximaba y nos golpeaba la cabeza cobardemente; finalmente, logramos encajarlos y sólo nos quedó por colocar el toldo. Jorge lo desplegó sujetando uno de los extremos a proa; Harris se puso en medio de la barca para hacerlo pasar a popa donde yo lo esperaba, pero transcurrió mucho rato antes de que llegase a mi poder; Jorge cumplía maravillosamente, pero como se trataba de una actividad desconocida para Harris, este actuaba con una carencia de lógica y sentido común sencillamente lamentables.

Es cierto que ignoraba los detalles relativos a la colocación de toldos, empero nunca he logrado comprender – y él a su vez ha sido incapaz de explicármelo – como, merced a que misterioso procedimiento, consiguió, sólo en diez minutos, envolverse de pies a cabeza con tal perfección que, a pesar de sus frenéticos esfuerzos para recobrar la libertad (derecho inherente a todo británico desde su nacimiento) no logró zafarse de la lona y no sólo esto, sino que fue la causa de que el pobre Harris cayese cuan largo era y acabase aprisionado por la pesada tela.

Un servidor de ustedes se limitaba a permanecer a la expectativa; se me había ordenado permanecer inmóvil, esperando la llegada de la lona, y, acompañado de Montmorency, aguardaba pacientemente los acontecimientos. Claro que nos dimos cuenta de que la lona sufría violentas convulsiones, pero pensamos que eran consecuencia de un nuevo sistema de instalación y no le dimos importancia; también nos pareció oír el rumor de ahogadas exclamaciones, que nos hizo sospechar que encontraban la tarea algo molesta, pero como se nos había ordenado no movernos, pues... ¡no nos movíamos!... Por lo visto la situación se complicaba más y más, hasta el punto que Jorge sacó la cabeza, gritando:

— ¡Oye, pedazo de... fresco!... A ver si haces algo por nosotros... Parece

mentira que tengas la tranquilidad de estarte quieto mientras nosotros estamos a punto de asfixiarnos...

Como nunca he podido resistir a las peticiones de auxilio, les ayudé al instante (y por cierto que mi auxilio llegó oportunamente; el pobre Harris tenía la cabeza amoratada por los primeros síntomas de asfixia), y hasta que terminamos de arreglar el endemoniado toldo pasó casi una hora; luego tocamos a rancho y nos dispusimos a cenar.

Colocamos la tetera en la proa, yéndonos a popa, dispuestos a no ocuparnos de su existencia y disponer los utensilios complementarios de nuestra cena. Este es el único sistema práctico para que hierba el agua; si se da cuenta de que se la vigila estrechamente nunca “canta”, mas si uno se aleja y comienza a comer sin que su rostro deje entrever que piensa en el té, con aires de ignorar su presencia (no hay que vigilarla ni de lejos), bien pronto oirá como la tetera escupe y canta, muerta de ganas de que su agua se convierta en perfumado té. Si se tiene prisa, es conveniente hablar en voz alta, dejando entender que el té no importa lo más mínimo; acérquese a la tetera para que se dé cuenta de ello, y exclame enérgicamente: “¡No tengo ganas de tomar el té!... ¿Y tú, Jorge?” Este ha de responder: “¡De ninguna manera!... me repugna profundamente... el té es indigesto, vale más la limonada!”. Entonces la tetera, herida en su amor propio, trabajará tan bien que hasta apagará el fuego.

Nosotros adoptamos este inocente subterfugio y el té estuvo listo en un santiamén, encendimos la linterna y nos dispusimos a cenar. Teníamos tantísima hambre que durante treinta y cinco minutos no se oyó otro ruido que el de los cubiertos, platos, vasos y el ritmo regular de cuatro mandíbulas provistas de buenos dientes; al cabo de treinta y cinco minutos, Harris exclamó: “¡Ah...!” y cambió su posición; cinco minutos después, Jorge a su vez dijo: “¡Ah...!” e hizo saltar su plato sobre el ribazo, y cinco minutos después Montmorency dio la primera señal de satisfacción desde que salimos de la ciudad: se tumbó de costado, estirando las patas. Poco después yo prorrumpí en una satisfecha exclamación y me eché hacia atrás, tropezando con uno de los arcos – en realidad, quien tropezó fue mi cabeza – sin que de mis labios saliese ni la más leve imprecación. ¡Qué bien se encuentra uno cuando tiene la “caldera” llena!... ¡Que satisfecho de sí mismo y de la humanidad entera!... Los que han hecho la prueba dicen que poseen una conciencia tranquila llena de felicidad y alegría; sin embargo, con menos coste, se puede llegar a ese mismo resultado teniendo el estómago satisfecho. Después de una substanciosa comida, seguida por una buena digestión, uno se siente generoso y condescendiente; se tiene el corazón saturado de bondad y el cerebro lleno de nobles pensamientos.

Este dominio de la inteligencia por los órganos digestivos, es bien extraño; no podemos trabajar, no podemos pensar sin su autorización, y son ellos los

que dictan nuestras emociones y pasiones.

Después de los huevos con jamón nos dicen: trabaja.

Después del bistec y la cerveza: duerme.

Después de una taza de té – dos cucharadas por taza y procurando no se “asiente” más de tres minutos – ordenan al cerebro: “Levántate y demuestra tu energía; se elocuente, profundo y tierno; mira a ojos plenos la naturaleza, echa a volar, cual afiladas flechas, tus ágiles pensamientos sobre el bullicio del mundo, de modo que asciendan por los senderos tachonados de estrellas hasta las puertas de la eternidad.”

Después de los bollos calientes: “Se grosero, como las bestezuelas que no poseen inteligencia; haz que tu mirada sea indolente, perezosa, que no se ilumine con alientos de fe, de amor, que en ella no luzca ni un destello de imaginación.”

Después del brandy (ingerido en cantidades más que suficientes): “Anda, ahora es el momento de ser insensato, de cometer aquellas tonterías que llevarán la risa a los labios de tus semejantes; no pares de decir sandeces; demuestra palpablemente a que grado de imbecilidad puede llegar el hombre cuya inteligencia y voluntad se ahogan, cual indefensos gatitos, en dos palmos de alcohol...”

Sólo somos esclavos de nuestro estómago y... ¡nada más! No me hablen de moral y rectitud, amigos míos; vigilen sus estómagos, aliméntenlos con cuidado y discernimiento; entonces la virtud y la alegría llegarán por sus pasos contados y reirán en sus corazones sin que tengan que hacer esfuerzo alguno; serán gentes de bien, amantes esposos y tiernos padres, hombres nobles y dignos.

Antes de cenar, estábamos malhumorados, ásperos, intratables; después, incluso el propio Montmorency, nos hallábamos llenos de buenas intenciones, rezumando afecto hacia el mundo entero.

Harris dio un pisotón a Jorge. Sí esto llega a ocurrir antes de la cena... seguro que Jorge hubiese expresado sus deseos sobre la suerte de Harris en este mundo y en el otro de forma que hubiera hecho estremecer al más impasible de todos los hombres impasibles, pero todo lo que dijo fue:

— ¡Muchacho... cuidado! – Y esto lo dijo muy suavemente.

Por su parte, Harris hubiese exclamado:

— Es bien difícil no tropezar con una “pata” de Jorge... como no se vaya en un trasatlántico... No sé por qué teniendo esos pies se le ocurre embarcarse en una barca... ¿Por qué no los pones encima de la borda?...

Empero en esta ocasión, en lugar de expresarse así (como de seguro lo hace antes de cenar) se limitó a decir:

— Lo siento mucho, viejo... ¿Te he hecho mucho daño?...

— ¡Oh... no...! La culpa es mía...

— No, hombre, no faltaba más... ¡es mía!...

Diálogo dulce, emocionante y sentimental...

Encendimos nuestras pipas, y gozamos de la serenidad de la noche, charlando animadamente.

— ¿Por qué no se ha de poder vivir siempre así? – inquirió Harris reflexivamente – Lejos del mundo, de sus pompas y vanidades, disfrutando de una vida tranquila, plácida... haciendo todo el bien posible...

— ¡Qué curioso...! Lo mismo pienso yo...

Y nos enredamos en una discusión sobre la posibilidad de irnos los cuatro a alguna isla desierta, no muy lejana y bien acondicionada – preferiblemente en las inmediaciones del Pacífico – para vivir al aire libre.

— Según dicen, las islas desiertas son sumamente húmedas.

— Si existe un buen servicio de desagüe, no...

Proseguimos con este tema, que trajo a la memoria de Jorge una divertida historia de la que su padre fue el protagonista.

El honorable progenitor de Jorge, viajando con un amigo por el país de Gales, se detuvo en una pequeña posada donde estaban hospedados varios conocidos suyos y formaron un alegre grupo que pasó la velada tan animadamente que era muy tarde cuando se retiraron a descansar. Nuestros dos jóvenes – entonces el padre de Jorge tenía pocos años – habían comido y bebido alegremente y les tocaba dormir en la misma habitación, en dos camas gemelas. Provistos de una vela subieron la escalera, entrando en el cuarto, mas apenas hubieron puesto los pies en el centro de la habitación tropezaron, quedándose a oscuras. Se desnudaron como pudieron y después buscaron a tientas las camas, pero en lugar de ir cada cual a la que le correspondía, se subieron a la misma, sin darse cuenta de ello. Uno tenía la cabeza en su posición habitual y el otro, subido por el lado opuesto, puso los pies sobre el almohadón. Hubo un momento de silencio; luego:

— ¡Joe...! – exclamó el padre de Jorge.

— ¿Qué ocurre, Tom? – repuso la voz de Joe saliendo del extremo opuesto de la cama.

— Hay un hombre en mi cama, sus pies están junto a mi cabeza...

— ¡Qué cosa más extraña! – repuso Joe – ¡Que el diablo me lleve si no hay otro en la mía!...

— ¿Qué vas a hacer?

— Sencillamente: echarlo... ¡Valiente fresco!...

En la oscuridad se oyó el ruido de una breve y sorda lucha, seguida por dos pesadas caídas, y una voz dolorida que exclamaba:

— ¡Tom..., oye... Tom!...

— Dime...

— ¿Te han echado fuera?

— Sí, chico, sí... a empujones...

— A mí también... ¿Qué te parece esta fonda?... Recomendable, ¿eh?...

Harris interrumpió la narración para preguntar:

— ¿Cuál era el nombre de la posada?

— “El cerdo y el cardo” – repuso Jorge – ¿Por qué...?

— No es ese...

— ¿Qué quieres decir?...

— Es bien raro, pues una aventura semejante sucedió a mi padre... Se lo había oído contar muchas veces, por eso pensaba si había ocurrido en el mismo sitio...

\*\*

A las diez nos fuimos a acostar, y aunque sentía enormes ganas de dormir, pues estaba muy cansado, no pude cerrar los ojos; generalmente apoyo la cabeza en la almohada y me parece que no han pasado ni cinco minutos cuando llaman a la puerta, advirtiéndome que son las ocho y media. No obstante, esa noche todo iba en contra mía; la novedad, lo duro del bote, la incómoda posición – tenía la cabeza sobre un banco y los pies en otro – el chapoteo de las mansas aguas, la suave brisa que agitaba las hojas de los árboles, todo se conjuraba para no dejarme dormir.

Logré dormitar varias horas hasta que un trozo de la barca, posiblemente colocado durante la noche, pues a nuestra partida no estaba y al despertarme no supe encontrarle, comenzó a acariciarme vigorosamente la espina dorsal. Dormía soñando que me había tragado una moneda de media corona y que por quitármela me agujereaban la espalda con un taladro; debo confesar que encontraba el procedimiento poco amable y les dije que les debería ese dinero, que se lo pagaría a fin de mes, pero mis acreedores no aceptaban excusas y



preferían cobrar ipso facto para evitar la acumulación de intereses. Me enfadé, expresándoles mi opinión particular sobre sus personas y, furiosos, clavaron tanto el taladro que me desperté.

La atmósfera de la barca resultaba pesada; tenía dolor de cabeza y se me ocurrió que me convendría respirar el aire fresco de la noche; me vestí con lo primero que me llegó a mano – formaban parte de mi indumentaria prendas de Harris y Jorge – y salté al ribazo. Era una noche de maravilla: la luna dormía, dejando la tierra alumbrada sólo por la pálida luz de las estrellas; parecía como si en la silenciosa calma, mientras nosotros, sus hijos, dormíamos, ella conversara con sus hermanos los luceros, sobre profundos misterios, con voces tan hondas y sobrehumanas que nuestros infantiles oídos eran incapaces de captarlas.

Esas estrellas tan frías, tan extrañas, tan claras, nos imponen como una especie de respetuoso temor; somos como niños (llevados por sus débiles piecitos a un sombrío templo de la divinidad a quien han de adorar, mas a quien desconocen, y se hallan temblorosos en un rincón desde donde se percibe el indefinible eco de millones de seres y en la inmensa perspectiva se advierte una misteriosa luz, suave y opaca). Alzamos la vista, vacilando entre el espanto y la esperanza, semitemerosos de ver surgir alguna horrenda visión; por otra parte... la noche parece estar tan llena de consuelo, de tranquilidad, que ante su augusta presencia nuestras tristezas pierden toda su virulencia.

El día ha estado lleno de inquietudes y amarguras, nuestros corazones han alentado dolorosos y mezquinos pensamientos; el mundo nos ha parecido duro y engañoso; entonces llega la noche, pone dulcemente su mano, cual la de una tierna madre, sobre nuestra febril frente y vuelve hacia ella nuestras caras humedecidas por las lágrimas y la vemos sonreír dulcemente; no habla; sin embargo, la comprendemos, y apoyando contra su amplio regazo nuestras mejillas ardientes y sofocadas, sentimos como las penas van disipándose. A veces, el dolor que nos embarga es muy profundo, muy lacerante, y ante la noche permanecemos mudos, inmóviles, porque no hay palabras capaces de expresar nuestra angustia; su corazón, todo bondad y piedad, no puede aliviarnos, empero nos coge de una mano, y este mundo tan bajo, tan pequeñito, disminuye más y más... Llevados en sus oscuras alas pasamos un corto instante en presencia de una Presencia más poderosa que la suya; bajo esa suprema luz toda vida humana es cual libro abierto y nos enteramos que el dolor y el sufrimiento son emisarios de Dios.

Sólo aquellos que han llevado la corona del sufrimiento pueden contemplar ese supremo resplandor; al retornar de ese viaje misterioso, no son capaces de explicar ni describir la inefable belleza y dulzura de tal Presencia.

Había una vez... unos caballeros, bondadosos y valientes, que caminaban

por un extraño país; su camino cruzaba un poblado bosque lleno de tan espesos y pinchantes abrojos que los desgraciados que se extraviaban dejaban trozos de su cuerpo entre las zarzas. Y las hojas de los árboles eran oscuras y tupidas de un modo tal que ni un solo rayo de luz se filtraba para iluminar ese lugar de sombras y tristezas.

Al pasar el bosque, se perdió uno de los caballeros, y sus compañeros le lloraron, creyéndolo muerto, y siguieron su jornada.

Una vez llegados a un suntuoso castillo, término del viaje, dedicaron varios días al jolgorio y la diversión, y cierta noche en que se hallaban confortablemente sentados junto a la gran chimenea, donde ardían enormes troncos, bebiendo desmesuradamente, ¡apareció el compañero perdido!... Iba lleno de harapos, el cuerpo casi cubierto por terribles heridas, mas en su rostro aparecía una expresión de suprema felicidad.

Le preguntaron qué le había sucedido y explicó cómo se perdió y tuvo que caminar al azar largos días e interminables noches, hasta que, desfallecido y desangrándose por sus numerosas heridas se disponía a morir; y en este momento supremo, cuando yacía tendido en el duro suelo, se le apreció una doncella de elevada estatura, lo cogió de una mano y, a través de ocultos senderos, jamás hollados por el pie humano, le llevó a un lugar del bosque donde brillaba tan radiante esplendor que las palabras humanas son incapaces de describirlo. Bajo aquella luz radiante, incomparable, el caballero vio, como en sueños, una aparición tan bella y esplendorosa que olvidó sus sangrientas heridas, quedando poseído de una inefable felicidad, tan profunda como el mar, cuyos misteriosos abismos nadie conoce. La visión se desvaneció, y el caballero, arrodillado en el suelo, dio gracias al Cielo por haberle permitido contemplar la visión.

El nombre de aquel negro bosque es el de la Tristeza, pero no podemos decir palabra alguna sobre la visión del buen caballero.

## **CAPITULO 11**

Algo que le ocurrió a Jorge cierta vez que se levantó temprano. –Jorge, Harris y Montmorency no sienten aficiones al agua fría. –Heroísmo y decisión de un servidor. –Jorge y su camisa: una historia con moraleja. – Las habilidades culinarias de Harris. –Historia antigua, expresamente adaptada para usos escolares.

Al despertarme, a las seis y media de la mañana, encontré a Jorge completamente desvelado; hicimos todo lo posible para dormir, mas fue

imposible en toda la extensión de la palabra. Si por necesidad o algún motivo especial hubiésemos tenido que levantarnos enseguida y vestarnos sin pérdida de tiempo, a buen seguro que nuestros ojos se hubieran abierto el tiempo justo de dar una mirada al reloj, pero tal como estaban las cosas no existía motivo alguno para que nos levantásemos, por lo menos hasta dentro de un par de horas, y saltar de la cama – bueno, eso de la cama es un decir – a una hora tan intempestiva como las seis y media de la mañana era un absurdo; sin embargo – la vida es eterna contradicción – en lugar de reposar plácidamente teníamos la sensación de que si permanecíamos echados más de cinco segundos falleceríamos de muerte repentina.

Jorge dijo que esto mismo ya le había sucedido – y bajo su forma más virulenta – hace dieciocho meses, cuando se hospedaba en casa de una cierta señora llamada Gippings. Una noche se le paró el reloj a las ocho y cuarto, de primer momento no lo advirtió, pues al acostarse olvidó darle cuerda, dejándolo colgado, como siempre, encima de la cabecera de la cama. (Me olvidaba una cosa: esta lamentable aventura tuvo lugar en invierno, y en la época en que los días son cortos y la niebla reina durante semanas enteras.) Al despertarse todo estaba oscuro, lo que se llama oscuro, y como no podía orientarse sobre la hora estiró el brazo y cogió el reloj: eran las ocho y cuarto.

— ¡Que Dios y toda la corte celestial tengan piedad de mi alma! – exclamó Jorge desolado — ¡y yo que debo estar a las nueve en la City! Oh... ¿por qué no me han despertado?... ¡Esto es intolerable!...

Tiró el reloj encima de la cama, tomó una ducha fría, se vistió – afeitándose con agua fría, pues no tenía tiempo de calentarla – y corrió a ver la hora que marcaba su cronómetro. ¿Podía ser posible que el golpe que recibió en la cama lo adelantara? Y si no era así... ¿qué explicación cabía?... A esto no podía responder, pero lo evidente era que cuando lo vio, hacía escasamente cinco minutos, marcaba las ocho y cuarto y ahora indicaba las nueve menos cuarto. Lo cogió y echó a correr escaleras abajo. Silencio y oscuridad completos en el comedor; el desayuno no estaba preparado y la chimenea tampoco había sido encendida.

— ¡Que desfachatez la de mi patrona! – masculló Jorge indignado, pensando añadir alguna cosa más cuando la viese por la noche.

Se metió dentro de su abrigo y se caló el sombrero casi hasta los ojos, empuñó furiosamente el paraguas e intentó salir: la puerta ni siquiera estaba abierta. Jorge prorrumpió en silenciosos denuetos contra la señora Gippings, calificándola de vieja perezosa, y no pudo por menos de pensar cuan extraño resultaba que la gente no se levantara a horas convenientes para tener las puertas abiertas.

Finalmente logró salir; el primer kilómetro lo cubrió como quien dice

volando, luego aminoró la marcha, sorprendido de encontrar tan pocos transeúntes y ver como las tiendas aún estaban cerradas. Es cierto que la mañana estaba muy oscura y caía una densa neblina; sin embargo, el estado del tiempo no poseía gravedad tal que suspendiera todas las actividades comerciales, y si él tenía que acudir a sus obligaciones, ¿por qué los demás se quedaban en la cama? ¿Por un poco de mal tiempo? ¡Eso era inaudito, absurdo e indignante!

Al llegar a Holborn, aún seguían puertas y ventanas herméticamente cerradas; por la calle la misma escasez de transeúntes – a la vista sólo había tres hombres, de los cuales uno era policía – y la misma carencia de tráfico urbano ya que el desvencijado carretón, lleno de verduras, y el destartado coche, tirado por un esquelético caballo, parados en una esquina, no podían pretender el título de vehículos.

Jorge sacó el reloj de su bolsillo: ¡faltaban cinco minutos para las nueve! Esta constatación le dejó atónito, se tomó el pulso, se inclinó para palpase las piernas y, sin soltar su cronómetro, se aproximó al policía preguntándole la hora.

— ¿Qué hora?... – contestó mirándole de arriba abajo, con aire de sospecha – Si se toma la molestia de escuchar, oírás las campanadas del reloj vecino...

Jorge prestó atención y un reloj de las cercanías se apresuró a dar la hora.

— ¡Si sólo son las tres de la mañana! – protestó Jorge indignado.

— ¿Qué hora le interesaba que fuese? – le inquirió el policía.

— Las nueve – contestó mi amigo enseñándole su reloj.

— ¿Recuerda su domicilio? – preguntó el policía severamente.

Jorge reflexionó un corto instante, dándole después su dirección.

— ¡Ah...! ¿Con que vive allí? – dijo el policía – Muy bien, muy bien... siga mi consejo, amiguito, y váyase a casa... En cuanto a su reloj... más vale que lo guarde en un sitio donde no lo pueda sacar más...

Jorge, sin pronunciar ni una palabra más, se dirigió a su casa en un estado de ánimo bastante confuso.

Una vez llegado allí, quiso desnudarse y volver a la cama, pero al pensar que dentro de pocas horas tendría que volver a vestirse y volver a ducharse, renunció firmemente a la tentación, y decidió acomodarse en la gran butaca y descabezar un sueñecito. No pudo cerrar los ojos – ¡en toda su vida se había sentido más despabilado! – encendió la luz y sacó el tablero, poniéndose a jugar al ajedrez, empero esto tampoco lo distrajo como pensaba; dejó el ajedrez e intentó leer, mas tampoco le resultó la lectura; entonces se puso el

abrigo y salió a dar una vuelta.

La soledad y la tristeza reinaban por doquier, su presencia no llenaba de satisfacción a los policías, pues se dedicaron a vigilarle, enfocándole las linternas y siguiéndole más o menos disimuladamente; esto le afectó tanto que llegó a imaginarse que realmente era culpable y empezó a escabullirse por las bocacalles, escondiéndose en los portales cada vez que oía las regulares pisadas de la ronda nocturna. Como es natural, esta extraña conducta fue causa de que los representantes de la ley experimentasen mayor desconfianza; de ahí que no se limitaron a seguirle sino que le preguntaron:

— ¿Qué hace usted?...

— Nada..., absolutamente nada... – tartamudeaba Jorge – He.... he... salido a dar una vuelta (me permito recordar que entonces eran las cuatro, hora poco apropiada para recorrer las calles en días de niebla.)

Desde luego, la policía no le creyó y dos agentes, vestidos de paisano, le acompañaron a su casa para cerciorarse de si en realidad vivía donde afirmaba.

Se le ocurrió encender la chimenea y prepararse un poco de desayuno; así se le haría el tiempo más corto; pero cada vez que intentaba coger algo, fuese una pala de carbón o una cucharilla de café, le caía de las manos, o bien tropezaba, cayendo al suelo tan ruidosamente que sudaba frío pensando en que la señora Gippings se iba a despertar, creyendo tener la casa llena de ladrones, y los detectives acudirían, poniéndole las esposas y llevándoselo a la delegación. Al llegar a este punto, ya estaba presa de una enorme excitación nerviosa; se imaginaba el juicio, sus esfuerzos para explicar los hechos al jurado, que – seguro, segurísimo – no le creería, su condena a veinte años de trabajos forzados y la trágica muerte de su madre causada por la criminal conducta de su hijo. Así es que abandonó sus intentos de desayunar antes de hora, se envolvió en su abrigo y se sentó en la butaca, donde dormitó hasta que a las siete y media la señora Gippings bajó a disponer el desayuno.

Y desde aquella mañana, no ha vuelto a levantarse temprano: ¡todo aquello fue un aviso providencial del Cielo!

\*\*

Mientras Jorge me explicaba este triste aunque que verídico sucedido, yo me había arropado con las mantas de viaje – quiero decir con las que él quiso dejarme – y al terminar su narración me esforcé en despertar a Harris a golpes de remo. El tercero hizo efecto: se oyó una voz cavernosa que murmuraba:

— Sí... ahora mismo... Dadme las botas... Sí, me levanto...

Sirviéndonos de un gancho le recordamos rápidamente dónde se hallaba, se levantó de un salto, mandando a Montmorency, que dormía el sueño de los

justos sobre su estómago, a la otra punta de la barca; quitamos la lona y los cuatro nos asomamos a examinar el agua; un estremecimiento de frío recorrió nuestros cuerpos.

Antes de acostarnos habíamos formado el proyecto de levantarnos temprano y zambullirnos en el río, pero en esos momentos... francamente, no pensábamos igual... El agua tenía un aspecto frío y desagradablemente húmedo y el viento cortaba como una navaja nueva.

— ¿Quién será el primero? – preguntó Harris.

Nadie dio muestras de la menor impaciencia por lanzarse al agua; Jorge dio su opinión muy silenciosamente, se fue a poner los calcetines; Montmorency pegó un aullido como si la sola idea de semejante barbaridad le impresionara, y Harris se limitó a decir que sería difícil regresar a la barca, y dando media vuelta empezó a vestirse.

A mí, particularmente, me sabía mal abandonar un proyecto tan bonito, a pesar de que la idea de una zambullida no me atraía extraordinariamente; a buen seguro que el río estaba lleno de hierbas y raíces; sin embargo, adopté una decisión de tipo medio: ir a la orilla a lavarme, y cogiendo la toalla, salté hasta cogirme a una rama que colgaba sobre el bote.

El frío resultaba demasiado cortante y el viento... ¡cien mil alfileres agitados por cien mil manos que gozaban pinchando con ellos!... Perdí las ganas de mojarme; pensé que lo mejor sería regresar y vestirme; mas apenas intenté dar la vuelta, esa maldita rama se rompió y caí de cabeza con la toalla envuelta en el cuello, y antes de darme cuenta de lo ocurrido, ya estaba en medio de la corriente con un litro de las dulces aguas del Támesis en el estómago.

— ¡Por Júpiter!... ¡El viejo Jerome en el agua!... – oí decir a Harris en el momento en que yo, escupiendo, indignadísimo conmigo mismo, asomaba a la superficie – Nunca le hubiese creído capaz de semejante cosa... ¿Y tú?

— ¿Cómo va eso, chico? – preguntó Jorge con cierto retintín.

— ¡Divinamente bien!... – contesté resoplando – Sois un par de tontos... ¿Por qué no os tiráis?... Por nada del mundo hubiese perdido esto... Anda... tírate...

Todo fue inútil, mis persuasivas palabras no lograron el menor éxito. Por cierto que, mientras nos vestíamos, sucedió algo muy divertido. Al subir a la barca tiritaba de frío, y en mi apresuramiento en coger una camisa, sólo conseguí tirarla al agua y esto me enfureció, especialmente al oír las sonoras carcajadas con que Jorge acogió mi desgracia. No veía la gracia por ninguna parte – así lo dije bastante enérgicamente – pero continuó riendo a sus anchas.

A última hora me hizo perder los estribos, y le dije que era un estúpido, un imbécil, un idiota, un demente, mas estos adjetivos solo sirvieron para producirle mayor hilaridad; y en el preciso momento en que pescaba mi camisa, me di cuenta de que no era la mía, sino de Jorge, quien la había confundido con la mía; entonces advertí el lado cómico de la situación y empecé a reír a mi vez. Y cuanto más miraba la camisa mojada y a Jorge retorciéndose de risa, más divertido me sentía, y me dio por reír tanto, que dejé que la camisa volviese al agua.

— ¿No la coges? – balbuceó Jorge entre frenéticas carcajadas.

Me fue imposible contestarle; logré serenarme un poco y le dije, medio congestionado de risa:

— Si no es la mía... es... ¡tuya!...

Jamás he visto un rostro humano cambiar de expresión tan bruscamente.

— ¿Qué? – gritó, levantándose de un salto – ¡Qué idiota eres, chico! ¡Por lo menos podías tener más cuidado! ¿Por qué diablo no se te ha ocurrido ir a vestirte a la orilla?... ¡No mereces vivir en una barca!... Dame el gancho...

No pude hacerle ver el lado cómico de la situación; ese Jorge a veces es refractario a todo sentido del humor.

Entonces, pasando a otro tema, Harris exclamó:

— Propongo huevos revueltos para desayunar... y los haré yo mismo... Es una especialidad mía...

Según nos dijo, no había quien le ganara a revolver huevos, pues tenía gran práctica en semejante especialidad culinaria. Por lo que dedujimos de sus palabras, los que probaban esos huevos revueltos ya no se preocupaban por otra clase de alimento y cuando no los podían saborear, perecían de inanición. De tanto oírle hablar se nos hizo la boca agua, y tanto nos entusiasmó con sus succulentas descripciones que le hicimos solemne entrega del hornillo, la sartén y los huevos (sería mejor decir que le dimos los que se salvaron de la “trituration” y las emociones de un viaje en cesto), rogándole que no nos tuviera en suspenso ni un momento más.

La rotura de los huevos lo entretuvo bastante, aunque hay que confesar que le costó menos romperlos que echarlos en la sartén, apartarlos de sus pantalones y evitar que su manga fuese decorada con un bonito color yema de huevo natural; finalmente, logró colocar media docena en la sartén, se sentó junto al hornillo y procedió a removerlos concienzudamente con un tenedor.

Por lo que pudimos apreciar, confeccionar un plato de huevos revueltos constituye un trabajo verdaderamente abrumador; al acercarse a la sartén, se quemaba; tiraba lo que traía entre manos, se sacudía los dedos y llenaba de

feroces invectivas a los ingredientes de su preparación culinaria. Cada vez que dirigíamos nuestra vista hacia él, se hallaba ocupado en una de estas tres operaciones, y aunque de momento pensamos que esto formaba parte de los preparativos, nuestra ingenua confianza fue luego disipándose ligeramente.

Harris no sabía exactamente lo que eran huevos revueltos y nosotros imaginábamos que debía ser algún manjar de los pieles rojas o bien una especialidad de los habitantes indígenas de las islas Sándwich, cuya preparación requería danzas y cánticos rituales para que los dioses propicios se dignasen actuar.

Al pobre Montmorency se le ocurrió asomar la nariz a la sartén, y como en ese momento la grasa saltara, le quemó su apéndice nasal; entonces nos dio una sesión de bailes y canciones perrunas, con alguna que otra maldición canina, realmente interesantes. Sí, la preparación de este plato fue una de las más notables y emocionantes operaciones que he presenciado en todos los años que tengo de vida; tanto atractivo existía, que ni Jorge ni yo pudimos contener un suspiro de contrariedad al ver como terminaba antes de lo que deseábamos.

El resultado no tuvo el éxito previsto por Harris; al cabo de tantas manipulaciones, cantos y exclamaciones guerreras y utilizar seis huevos, todo lo que salió fue una cucharadita de algo, ligeramente quemado, de un gusto indefinible. Harris echó la culpa a la sartén – ¡indefenso objeto que por carecer de voz propia mal podía justificarse! – pues “si hubiésemos tenido una cacerola y un hornillo de gas, todo habría salido perfectamente”. Esto nos llevó a la solemne decisión de no intentar la preparación de tan succulento manjar hasta hallarnos en posesión de todo cuanto – según afirmaba el cocinero – resultaba imprescindible para su correcta realización.

Cuando terminábamos el desayuno, el sol comenzaba a lanzar sus potentes rayos sobre la tierra; el viento había cesado, se presentaba una deliciosa mañana llena de luz y serenidad. Ante nuestra vista había pocas cosas – por no decir ninguna que recordaran el siglo diecinueve, y mientras contemplábamos el río, iluminado por la clara luz del sol, casi podíamos imaginar que entre nosotros y la mañana de julio de 1215 – de eterna memoria – no había transcurrido lapso de tiempo alguno y que nosotros, hijos de los guerreros montañeses, vestidos con toscas estameñas, con el puñal al cinto, nos encontrábamos allí para presenciar la sorprendente página histórica cuyo significado fue transmitido al resto de la humanidad, unos cuatrocientos y tantos años después, por un tal Oliverio Cromwell, que la estudió muy detenidamente.

Es una hermosa mañana de verano, soleada, llena de sereno encanto; sin embargo, a través de la suave brisa llegan los apagados truenos de una



naciente tempestad. El rey Juan ha dormido en Duncroft may y el día anterior la pequeña ciudad de Staines ha vibrado con el sordo rumor de gentes armadas; el ruido de las herraduras de las cabalgaduras de los soldados no ha cesado en largas horas; se han oído gritos de mando de los oficiales y salvajes imprecaciones de los barbudos arcabuceros, de espigados arqueros, de los robustos mocetones que llevan hachas y picos, y de los lanceros que parlan a grandes y agudas voces en lenguas no oídas hasta ese instante.

Interminables comitivas de caballeros y gentilhombres ataviados con indescriptible elegancia han llegado cubiertos de polvo. Y toda la noche las puertas de las casas de los atemorizados habitantes han tenido que abrirse rápidamente para dar entrada a grupos de semisalvajes guerreros que exigen albergue y comida – ambas cosas de la mejor calidad – y ¡ay del osado que se atreviera a oponerse a sus deseos, expresados con toda grosería!, porque en estos tiempos tempestuosos, cuando la vida humana tiene menos valor que una verde hoja arrastrada por la brisa, la espada es juez y jurado y es ella quien paga cuando y como le apetece.

En torno a una gran hoguera, en la plaza del Mercado, las tropas de los barones están reunidas comiendo y bebiendo a sus anchas; de rato en rato prorrumpen en báquicas canciones, juegan, riñen, y mientras las sombras de la noche se hacen más densas, la luz del fuego lanza extraños reflejos en torno a los montones de armamento y las rudas siluetas de las gentes de armas. Los niños de la ciudad los rodean, examinándoles asombrados, en tanto que mozas ligeras y sonrientes parlotean animadamente con la soldadesca, tan diferente a los galanes pueblerinos, que contemplan la infidelidad de las doncellas con una expresión atontada en sus atezados rostros... Y a lo lejos en los campos brillan débiles luces de lejanos campamentos donde en torno a sus señores permanecen las tropas y los mercenarios del hipócrita Juan, agazapados cual lobos al acecho. Y así, con centinelas en cada oscura calleja y oscilantes hogueras en los altozanos, la noche se ha retirado, envuelta en su manto de sombras, y sobre este hermoso valle del viejo Támesis va amaneciendo lentamente el gran día que ha de afirmar ruidosamente el destino de las futuras generaciones.

Desde que la aurora asoma tímidamente su sonrosado rostro, en la isla de más abajo, justo un poco más allá de donde nos encontramos, se ha oído el rumor de gran número de trabajadores; están levantando el enorme pabellón que empezaron a montar la noche anterior; los carpinteros clavan afanosamente largas hileras de escalones, mientras los tapiceros, llegados de Londres, preparan las sedas multicolores y los brocados de oro y plata.

Por el camino que serpentea a lo largo del río, se ven llegar – por lo visto procedentes de Staines – docenas de fornidos alabarderos; son gentes de los barones, que ríen y charlan con broncas voces de bajo; se detienen a cien

metros de nosotros, en la otra orilla, se ponen en posición de “en su lugar, descansen” y esperan.

Y así, de hora en hora, van llegando por el mismo camino nuevos grupos de gentes armadas, cuyos cascos y corazas relucen bajo los rayos del sol mañanero; pronto el sendero, hasta donde la vista alcanza, se llena de relucientes aceros y ardientes corceles.

Los caballeros galopan, vociferando; pequeños estandartes ondean perezosamente, movidos por la suave brisa; de rato en rato se forma una especie de remolino entre las filas de la soldadesca: los soldados se apartan para dejar paso a algún personaje que, montado en su guerrero alazán y acompañado por sus escuderos, pasa a situarse a la cabeza de sus siervos y vasallos.

Por la colina de Coopers Hill, justo enfrente de nosotros, se hallan congregados los rústicos habitantes de los campos y los paisanos de la capital, que han venido a contemplar con algo de respetuoso temor, ese espectáculo tan poco corriente en sus humildes lugarejos. Nadie sabe el motivo exacto de semejante acontecimiento; los rumores circulan como diligentes abejas y cada uno opina de diferente manera que su vecino. Hay quien asegura que a partir de esta fecha se iniciará una era de prosperidades, pero los ancianos mueven tristemente sus albas cabezas; ¡han oído tantas veces estas mismas palabras, que ya no les merecen crédito alguno!

Hasta llegar a Staines, el río está salpicado de pequeñas embarcaciones y diminutos botes, semejantes a cascarones de nuez, que sólo son utilizados por las gentes del pueblo. Cerca de los rompientes, donde en años por venir se erigirá la esclusa del Bell Weir, las embarcaciones han sido sujetadas por sus musculosos remeros y están agrupadas lo más cerca posible de las grandes barcazas cubiertas que aguardan el momento de llevar al rey Juan al lugar donde su fiel Charter espera la real firma.

Es mediodía; nosotros y toda la demás gente llevamos aguardando pacientemente más de una hora; circula el rumor de que Juan, el águila, ha vuelto a escapar del poder de los barones y que ha salido de Duncroft Hall seguido de sus mercenarios, y dentro de poco se ocupará en otras cosas que no tienen nada que ver con la firma de la “Carta” que ha de otorgar la libertad a sus súbditos.

Pero no ha sido así; esta vez ha sido sujetado con dura mano de hierro que, al crisparse sobre su persona, le ha impedido todo movimiento de evasión. A lo lejos, en el camino, se ha levantado una blanca nubecilla, una polvareda que va en aumento; oyese el rumor de las herraduras y entre los grupos de gentes de armas destacan caballeros e hidalgos ataviados con gran ostentación; delante, a retaguardia y a cada lado cabalgan los caballeros de los barones, y

en el centro el rey Juan.

El soberano se dirige hacia las galeras que le están esperando y los grandes barones salen de sus puestos a hacerle acatamiento; les acoge con sonrisa y palabras impregnadas de amabilidad; a juzgar por su aspecto y la plácida expresión de su rostro, diríase que acude a una fiesta de honor, mas cuando está a punto de desmontar, echa una furtiva mirada a sus mercenarios franceses y a las valientes gentes de los barones. ¿Acaso no había sonado la hora? ¿Sería demasiado tarde? Un golpe violento a este caballero que está a su lado sin sospechar las pérfidas intenciones del monarca, una voz de mando a los mercenarios, una carga desesperada contra las filas sorprendidas y esos rebeldes barones podrían maldecir el día en que osaron oponerse a sus planes.

Aun, en esos instantes, una mano más audaz podía haber cambiado el rumbo de los acontecimientos. Si un Ricardo llega a esconderse allí, a buen seguro que la copa de la libertad se hubiera alejado de los labios británicos y el sabor de la libertad hubiera desaparecido por cientos de años; pero el corazón del rey Juan se enternece ante los severos rostros de los soldados ingleses, su brazo cae, desmonta y va a ocupar su sitio en la primera de las barcazas. Los barones le siguen, con las manos enguantadas de hierro sobre las empuñaduras de las espadas; se dan las órdenes y, lentamente, las pesadas barcazas, brillantemente guarnecidas, abandonan las orillas de Runnymede con toda lentitud, luchando contra la rápida corriente, y van a atracar en una islita que a partir de ese día llevará el nombre de la Carta Magna (Magna Charta Island).

El rey Juan ha desembarcado. Se hace un silencio denso, espeso, en el cual lo único que se oyen son los latidos de nuestros propios corazones, hasta que, súbitamente, un inmenso clamor estremece los ámbitos de la isla; la piedra fundamental del templo de la libertad inglesa acaba de ser colocada.

## CAPITULO 12

Enrique VIII y Ana Bolena. –Inconvenientes de compartir el mismo alojamiento con un par de enamorados. –Tiempos difíciles para la nación inglesa. –Sin hogar y sin comida. –Harris se dispone a morir. –Un ángel aparece. –Los efectos que una súbita alegría causa en Harris. –Una pequeña cena. –Elevado precio de la mostaza. –Una terrible batalla. –Maidenhead. –A la vela. –Tres pescadores. –Se nos injuria enérgicamente.

Cuando las escenas que anteceden ocupaban mi mente y me sentía en otro siglo, mi cuerpo hallábase plácidamente tumbado en la orilla del Támesis; de pronto, una voz, bastante desagradable por cierto, me trajo a este mundo y a

este siglo.

— ¡Querido Jerome! – exclamó Jorge – Me hace el efecto que has descansado bastante... ¿Qué te parece si dejases tus ensoñaciones y nos ayudarás a lavar?

Y así fue como me encontré de nuevo en este siglo moderno, prosaico y lleno de maldad.

No tuve más remedio que subir al bote, coger la sartén y lavarla – esta operación fue realizada atando un montón de hierba a una rama seca – secándola con la camisa mojada de Jorge.

Casi enseguida cruzamos la isla de la Carta Magna, dando una rápida mirada a la lápida que, según dicen, sirvió para la firma del documento. ¿Acaso se sabe exactamente dónde tuvo lugar semejante hecho? Existe una versión de que eso tuvo lugar en la otra orilla, hacia Runnymede; no obstante, por lo que se refiere a mí particularmente, me inclino a compartir la opinión popular de que fue en la isla, porque si llegó a ser uno de los barones de aquel entonces, hubiese recomendado – y muy enérgicamente – a mis camaradas la conveniencia de llevar a un personaje tan escurridizo como el rey Juan a la isla, donde existían menos probabilidades de que se saliera con una de las suyas.

En los campos de Ankerwycke House, cerca de Picnic Point, aun existen las ruinas de un viejo convento, donde, según dice la leyenda, Enrique VIII esperaba a Ana Bolena; también acostumbraban a encontrarse en Hover Castle, en Kent y en algún otro paraje más, cercano a St. Albans. Para los ingleses de aquel tiempo debió de ser muy difícil encontrar algún sitio donde ese par de jovenzuelos enamorados no estuviesen cortejando.

Y a propósito de esto: ¿han estado alguna vez en una casa donde hay una pareja de novios? ¡Es la cosa más terrible del mundo! Uno forma el propósito de ir a la sala; apenas abre la puerta, se oye un ruido como si alguien fuese repentinamente en busca de algo, y cuando entra ve a Emilia, junto a la ventana, contemplando entusiasmada los encantos del jardín, en tanto que Juan Eduardo se halla al otro extremo de la habitación, entregado en cuerpo y alma a la contemplación de fotografías de parientes desconocidos.

— ¡Oh!... – balbucea uno, deteniéndose en el dintel – No sabía que hubiese alguien aquí...

— ¿No lo sabía, eh? – dice Emilia, fríamente, en tono que implica evidente incredulidad.

Uno se queda allí unos segundos, luego, inocentemente, añade:

— ¡Que oscuro está esto!... ¿Por qué no encienden la luz?...

Juan Eduardo emite una entrecortada exclamación a la que siguen unas incoherentes palabras sobre si no se había dado cuenta de semejante cosa y Emilia dice que a papá no le gusta que se gaste mucha luz.

Uno les informa de dos o tres cuestiones de actualidad, comunicándoles sus puntos de vista sobre la cuestión irlandesa, empero este tema no parece interesarles; todas las respuestas se limitan a unos “Oh...”, “¿De verdad?”, “¡Caramba!...”, “Si...”, “No me diga...” y después de diez minutos de tan animada conversación uno se dirige hacia la salida, observando sorprendido que la puerta se cierra a sus espaldas sin que sus manos pecadoras hayan rozado el pomo. Media hora después, uno tiene ganas de ir a fumar al invernadero; la única silla está ocupada por Emilia, y si el idioma de los trajes posee suficiente elocuencia, Juan Eduardo ha estado sentado en el santo suelo. No pronuncian ni una sola palabra, limitándose a dar una mirada que es todo un poema, y uno, desconcertado por esa evidente hostilidad, se retira cerrando la puerta.

Desde este momento la situación se ha complicado; uno se siente nervioso e incómodo, teme irrumpir en cualquier habitación; se dedica a subir y bajar escaleras, luego sube a su cuarto, pero el encanto de la habitación no es como había pensado, así es que se pone el sombrero y baja a pasear por el jardín. Durante breves minutos no encuentra ni rastro de ser viviente por los enarenados senderos; de pronto, al pasar por la glorieta, se le ocurre mirar dentro: allí están el par de idiotitas, ¡acurrucados en un rincón! Otra vez vuelven a dirigirle la mirada, pero no ya con manifiesta hostilidad, sino con sentimientos homicidas; tienen el convencimiento de que uno, llevado por perversos instintos, se dedica al eterno espionaje.

— ¡Santo Cielo! – uno exclama furioso – ¿Por qué no tendrán habitaciones especiales para enamorados? – y vuelve al vestíbulo, coge el paraguas y se dirige tristemente a vagabundear por los campos.

Sí; algo parecido debía de ocurrir cuando aquel absurdo muchacho de Enrique VIII cortejaba a Anita Bolena; las gentes de Buchamshire les encontraban paseándose por Windsor y Wraybury.

— ¡Qué casualidad!... ¿Ustedes por aquí?...

— ¡Sí, he venido a un recado! – contestaba Enrique, bastante sofocado.

— Estoy muy contenta de verles – decía ella con el rostro encendido – ¿Verdad que tiene gracia eso de encontrarnos todos?... Acabo de tropezar con el señor Enrique VIII, aquí mismo, en el prado, y... ¡sigue mi camino!...

— Es mejor que nos marchemos – decían los paseantes, apenas habían perdido de vista a la enamorada pareja – Esos muchachos son muy pegajosos... ¿Qué os parecería ir a Kent?...

Iban a Kent y lo primero que veían era a Enrique VIII y Ana haciendo el tonto, en el mejor estilo, en los alrededores del castillo de Hever.

— ¡Que pesados!... – murmuraban molestos – Vámonos de una vez... son insoportables... Vayamos a St. Albans.

Sin embargo, apenas llegaban a St. Albans, volvían a tropezar con los enamorados, que esta vez se dedicaban a cambiar besos bajo los arcos de la vieja abadía; y entonces aquella pobre gente no tenía más solución que darse a la mala vida, enrolándose en la tripulación de un barco pirata hasta que Enrique y Ana hubiesen contraído matrimonio.

\*\*

Desde Picnic Point hasta Old Windsor Lock, el río es sencillamente encantador; un sendero sombreado por grandes árboles discurre entre huertas y bosques a lo largo de la ribera, hasta llegar a “Bells de Ouseley”, pintoresca posada – como acostumbra a ser la mayor parte de los lugares de esta clase situados en la parte alta del río – donde, según afirma Harris, que en esta clase de asuntos es lo que se llama un perito, se puede encontrar un buen vaso de cerveza. Old Windsor también es, en cierta forma, famoso. Eduardo el Confesor poseía un palacio y aquí el gran par Godwin fue reconocido culpable por la justicia de la época de haber intervenido en la muerte del hermano del rey; Godwin partió un trozo de pan, sosteniéndolo entre los dedos

— ¡Si soy culpable – exclamó fanfarronamente – que este pan me ahogue!...

Se llevó el trozo a la boca y murió ahogado.

Después de pasar Old Windsor, el río resulta poco atractivo, no volviendo a recobrar su encanto hasta llegar a las cercanías de Boveney. Jorge y yo remolcamos debajo del Hoe Park, que se extiende a la orilla derecha, desde el Puente Albert hasta el Puente Victoria, y cuando pasábamos por Datchet me preguntó si recordaba nuestra primera excursión fluvial, cuando desembarcamos en Datchet a la diez de la noche y queríamos acostarnos.

— Es un recuerdo que tardará mucho en borrarse de mi mente – le dije.

Era el sábado anterior al “Bank Holiday” de agosto y estábamos cansados y hambrientos – al decir estábamos me refiero a Harris, Jorge y a mí – desembarcamos, sacando el cesto, los maletines y las mantas y abrigos, y nos pusimos a buscar un hotel donde cobijarnos. Pasamos delante de una bonita posada, con clematites y enredaderas que trepaban sobre el porche, pero no había ni el menor rastro de madreselvas.

— ¡Oh, no.... aquí sí que no! – exclamé firmemente – Busquemos un poco más... a ver si encontramos una que tenga madreselva.

Y reanudamos la marcha hasta llegar a otro hotel cuyo aspecto era sencillamente delicioso: la madreselva cubría media fachada, más tropezamos con un inconveniente: a Harris no le gustó el individuo que se hallaba en la puerta; dijo que no parecía buena persona y que sus botas eran horribles, y con harta dolor de mi corazón abandonamos aquel delicioso lugar saliendo en busca del albergue que nuestro estómago reclamaba insistentemente.

Al cabo de andar mucho rato nos cruzamos con un hombre a quien rogamos nos indicara algún hotel.

— ¿Hoteles?... ¡Si se están alejando de ellos!... Den media vuelta a la derecha y enseguida llegarán al del “Ciervo”

— Muchas gracias... Venimos de allí... no nos gusta... carece de enredaderas de madreselva...

— Bueno; siendo así... ¿Y por qué no prueban “Manor House”?... Está enfrente del otro... ¿Han ido allí?

— Si... pero de ninguna manera pensamos aposentarnos en semejante hotel. El sujeto que está a la puerta es simplemente repulsivo y su pelo... ¡horrible!... y sus botas... ¡tres veces horribles!...

— Pues miren, no sé qué decirles – manifestó nuestro informador rascándose la barbilla perplejo – pues son las únicas posadas del pueblo.

— ¿No hay ninguna más? – preguntó Harris asustado.

— No, señor...

— ¿Y qué vamos a hacer? – balbuceó Harris anonadado.

Entonces Jorge, ese chico que a ratos tiene destellos de relativa inteligencia, intervino tajante y concisamente:

— Mirad, muchachos, vosotros podéis hacer construir un hotel a vuestro gusto y encargar sea habitado por gentes que satisfagan vuestros instintos estéticos... En cuanto a lo que a un servidor se refiere... me voy al “Hotel del Ciervo”.

Es algo lamentable como los grandes idealistas nunca podemos materializar nuestros sueños; siempre han de quedarse en cosas confusas, vagas, nebulosas... de ahí que a Harris y a mí no nos tocara más remedio que exhalar un triste suspiro y seguir a Jorge.

Llegamos al “Ciervo”, dejando nuestros equipajes en el vestíbulo; inmediatamente hizo su aparición el hotelero, saludándonos cortésmente:

— Buenas noches, caballeros.

— Muy buenas – replicó Jorge – ¿Nos hará el favor de tres camas?

— Lo lamento, caballero... Temo que me pide un imposible.

— Ah... bueno – dijo Jorge sonriente – ya nos arreglaremos con dos... Vosotros podéis dormir en una... – prosiguió dirigiéndose a Harris y a mí.

— Sí... si... – afirmó Harris, pensando que Jorge y yo podíamos dormir juntos.

— Lo lamento, caballeros – repitió el hotelero – no hay ni una sola cama libre en toda la casa... Con decirles que dos o tres personas están durmiendo juntas...

Esto nos desconcertó, pero Harris, ducho en peripecias turísticas, hizo frente a este contratiempo con una alegre carcajada:

— Que le vamos a hacer... tendrá que darnos un colchón para dormir sobre el billar...

— Lo lamento, señor... Tres caballeros duermen en el billar y dos en el bar... Me es completamente imposible acogerles esta noche.

No tuvimos más remedio que recoger nuestros bártulos y dirigirnos a Manor House; esta era una posada de pintoresco aspecto que, no puedo ocultarlo, me gustaba mucho más que el “Hotel del Ciervo”.

— Si, muchacho – asintió Harris – Es muy bonita... además, no hace falta que miremos al individuo de la puerta... ¡Pobre hombre... con ese color de pelo y esas botas... y ese aspecto!

¡Ah!... – suspiró conmovido – prescindiremos de él... Al fin y al cabo... ¿qué nos importa?

Sí, estábamos llenos de santos y fraternales propósitos, empero... tampoco pudimos pasar de la puerta; la posadera nos acogió amablemente, comunicándonos que éramos el grupo número catorce que en el término de hora y media habíamos comparecido en busca de alojamiento, y a nuestras tímidas proposiciones de utilizar el establo, la sala de billar, la carbonera, etc., opuso unas burlonas y sonoras carcajadas: todos esos deliciosos parajes habían sido tomados por asalto hacía mucho rato.

— ... por casualidad, ¿no sabría de algún sitio del pueblo donde acomodarnos?

— Si no les importa carecer de comodidades... en la carretera de Eton, a media milla de aquí... hay una especie de cafetucho... Ahora que... conste que no se lo recomiendo, pues...

No esperamos la continuación; cogimos el cesto y los maletines, las frazadas y los abrigos, y echamos a correr en la dirección indicada. Se hubiera dicho que aquella media milla tenía gigantescas proporciones, que doblaba las



dimensiones de cada metro; finalmente, jadeantes y extenuados, logramos llegar. Las gentes que se cuidaban del cafetucho carecían de las más mínimas nociones de educación; a nuestras corteses preguntas contestaron con groseras carcajadas: sólo había tres camas en toda la casa, ocupadas ya por dos matrimonios y siete solteros.

Nuestro desconsuelo empezó a bordear los límites de la tragedia; un bondadoso anciano que se encontraba apoyado en el mostrador, nos aconsejó ir a probar fortuna en la casa del droguero, que vivía junto al Hotel del Ciervo. Esta casa también estaba llena hasta los topes; una ancianita nos acompañó bondadosamente, durante un cuarto de milla, hasta la casa de una señora amiga suya que, al parecer, alquilaba habitaciones. La ancianita caminaba tan lentamente que tardamos más de veinte minutos en llegar a la casa de su amiga; de todas formas, no nos pudimos quejar del paseo: lo animó en todo lo posible explicándonos la diversa serie de dolores reumáticos que se reunían en su paciente espalda. ¡Y allí tampoco pudimos quedarnos: todas las habitaciones estaban ocupadas! Nos recomendaron ir al número 27, que también estaba lleno; de aquí nos enviaron al 32, donde no cabía ni un alfiler.

Volvimos a la carretera; de pronto Harris se sentó encima del cesto, exclamando con voz quejumbrosa:

— ¡Ya no puedo más! Este me parece el lugar más adecuado para exhalar mi último suspiro... Amigos míos, dad un abrazo a mi madre... decid a mis parientes y amigos que muero feliz y que les perdono todo el mal que me han hecho...

Y en ese instante – de ternura indescriptible – apreció un ángel disfrazado de niño – no puedo imaginar más adecuado disfraz para un mensajero celestial – que llevaba un jarro de cerveza en una mano y en la otra un cordel del cual colgaba algo que al tropezar con las piedras planas producía un sonido carente de todo atractivo, que recordaba los gemidos de dolor. Interrogamos a este emisario de la Providencia (como pudimos constatar después bien merecía este nombre):

— ¿Sabes de alguna solitaria mansión, habitada por una familia poco numerosa e incapaz de defenderse, preferiblemente ancianos o caballeros paralíticos, a quienes se podría atemorizar fácilmente para que tres hombres desesperados pudieran cobijarse?... Y si esto no fuese posible, ¿conoces alguna pocilga, algún pozo de cemento o algo similar?...

— No sé qué quieren decir; por lo menos no les entiendo bien... pero si lo que quieren es dormir... vengan conmigo... mi madre tiene un cuarto libre donde podrán pasar la noche...

Y allí, bajo los suaves rayos de la luna, le rodeamos con nuestros brazos,

colmándole de dulces bendiciones – hubiéramos llegado a formar un cuadro muy bonito y sentimental si el chiquillo no se hubiese desconcertado con nuestra emoción y no hubiese resbalado, haciéndonos caer. – Harris sufrió una impresión tan grande, que le sobrevino un terrible vértigo; medio inconsciente cogió el jarro de cerveza y casi lo vació antes de recobrar el sentido, luego echó a correr dejándonos a Jorge y a mí el cuidado de transportar el equipaje.

El chicuelo y su madre vivían en una casita de cuatro habitaciones, que nos pareció un palacio; aquella mujer – nos referimos a su madre – nos dio para cenar: jamón caliente – las cinco libras que puso fueron rápidamente engullidas por nosotros – un pastel de confitura y dos jarros de té; luego nos fuimos a dormir. En la habitación había dos camas: una de doce pies y dos pulgadas de largo, que fue la que Jorge y yo utilizamos, teniendo antes la precaución de sujetarnos la sábana para estar más seguros, y la otra – la del niño – fue otorgada a Harris, a quien a la mañana siguiente encontramos con las piernas desnudas, colgando un metro fuera de la cama. (Por cierto que sus largas extremidades nos sirvieron a las mil maravillas para tender y colgar las toallas.)

La próxima vez que vayamos a Datchet no pensamos ser tan exigentes con el hotel que haya de tener el alto honor de albergarnos.

\*\*

Volviendo a nuestra presente excursión, he de decir que sin que ocurriera nada digno de mención, fuimos más allá de Monkey Island, donde nos quedamos a almorzar. Sacamos la ternera fría y entonces – en ese preciso minuto – nos dimos cuenta que habíamos olvidado la mostaza; ¡no recuerdo haber deseado tan vivamente, ni antes ni después de ese día, la presencia de un tarro de mostaza! Generalmente este condimento me interesa muy poco, se puede decir que casi nunca lo utilizo; sin embargo, en esos momentos hubiese dado veinte años de vida por tener mostaza; no estoy muy seguro sobre la cantidad de tiempo que me queda por vivir, pero creo firmemente que lo hubiera regalado a cualquiera que se hubiese presentado con una cucharada de mostaza; a este extremo llego cuando deseo algo imposible.

El bueno de Harris se me parece bastante en esto; de modo que si allí llega a encontrarse alguien con un tarro de mostaza, hubiese hecho el gran negocio; por lo menos llega a centenario.

No obstante, hay que confesar que Harris y yo habríamos intentado retractarnos después de haber conseguido la mostaza; uno acostumbra a hacer extravagantes ofrecimientos en momentos críticos; pero si se piensa en ellos serenamente se ve lo absurdo de sus proporciones comparadas con el valor de lo que se codiciaba. Recuerdo que en cierta ocasión, un caballero que escalaba una montaña de Suiza, dijo que daría la mano derecha por un vaso de cerveza,

y al llegar a una cabañita donde despachaban esa bebida, armó un tremendo escándalo porque le cobraron cinco francos por una botella; dijo que era intolerable tal abuso y que escribiría al “Times” quejándose de la explotación de que se hace objeto a los turistas.

La ausencia de la mostaza tendió un velo de triste melancolía sobre la barca; comimos la carne silenciosamente, la vida nos parecía vacía y carente de todo interés; recordamos los días felices de nuestra infancia y suspiramos hondamente. Al comer la tarta de manzana nos animamos un poco y cuando Jorge sacó una lata de piña en conserva, haciéndola rodar hasta el centro de la barca, tuvimos el convencimiento de que, a pesar de todo, la vida no era tan mala.

A nosotros nos encanta esta fruta; de ahí que mirásemos cariñosamente el dibujo de la etiqueta, pensando en el dulce jarabe, y cambiásemos sonrientes miradas. Harris tenía la cucharilla a punto; buscamos el abrelatas, revolvimos el cesto y las tablas que forman el suelo de la embarcación, y... ¡nada!... ¡el abrelatas brillaba por su ausencia! Harris intentó abrirla con un cortaplumas, pero sólo logró romperlo y hacerse un profundo corte. Jorge intentó agujerearla con unas tijeras: le saltaron de las manos y por poco no pierde un ojo. Y mientras los dos se curaban sus aparatosas heridas, quise abrirla con la punta del garfio, mas este resbaló, haciéndome caer entre el bote y la orilla, dentro de un agua fangosa. La conserva también rodó, haciendo añicos una taza de té.

Los tres nos indignamos, llevamos la lata a la orilla dispuestos a abrirla fuese como fuese. Harris trajo una gran piedra, muy afilada; yo subí al bote a buscar un palo y, mientras tanto, Jorge sostenía la lata debajo de la piedra.

En cuanto regresé, alcé en vilo la enorme estaca, dejándola caer con todas mis fuerzas... Fue el sombrero de paja de Jorge lo que aquel día le salvó la vida; aun lo conserva, mejor dicho, conserva los restos, y más de una velada de invierno, cuando las pipas están encendidas y los amigos explican los peligros corridos, Jorge saca su sombrero, exhibiéndolo orgullosamente, y vuelve a narrar lo que entonces sucedió, con aditamentos cada vez más exagerados.

Harris sólo se causó una pequeña desolladura; yo cogí la maldita lata de conservas y empecé a propinarle una serie de golpes, hasta perder las fuerzas y el aliento; cuando no pude más, Harris vino a relevarme. La dejamos plana como una galleta, luego cuadrada y así, sucesivamente, fue adquiriendo todos los perfiles geométricos sin que por ello consiguiésemos hacerle ni el más pequeño agujero. Jorge reemplazó a Harris y le dio una forma tan extraña, tan siniestra, tan fantástica en su salvaje apariencia, que se asustó de su obra y tiró el martillo.

Nos sentamos en la hierba contemplándola; en la parte superior tenía una gran abolladura, que semejava burlona mueca, y esto nos indignó tanto, que Harris, saltando sobre aquel inanimado objeto, que casi costó la vida a uno de nosotros, la echó al río. Acompañamos su inmersión con terribles maldiciones completamente impunes. Luego subimos a la barca y, remando incesantemente, no paramos hasta Maidenhead.

Maidenhead es demasiado elegante para ser atractivo; es el lugar por excelencia de las gentes a la moda, que van a lucir sus exagerados atavíos; es la ciudad de pretenciosos hoteles, especialmente frecuentados por ricachos y coristas; es el antro siniestro de donde salen los demonios del río: ¡las lanchas a vapor! El duque del folletín del “London Journal” siempre tiene su “pisito” en Maidenhead, y la protagonista de una novela de tres tomos siempre cena allí cuando va de paseo con un marido que no es el suyo. Cruzamos rápidamente esta población, disminuyendo velocidad en cuanto hubimos salido de su jurisdicción, y tranquilamente gozamos de las delicias de los amplios horizontes entre las esclusas de Boulder y Cookham. Los bosques de Cliveden aun lucían exquisitos atavíos primaverales y mostraban a las orillas del agua una larga hilera de árboles que desplegaban toda la gama de suavísimos verdes. En su inalterable encanto ese es, quizá, el más delicioso rincón del río, y con tristeza nos alejamos lentamente de su honda placidez.

Remontamos hasta las cercanías de Cookham, donde tomamos el té; las primeras sombras de la noche empezaban a caer a nuestro paso por la esclusa; soplabla una fuerte brisa que favorecía nuestros esfuerzos – cosa bastante rara, pues, generalmente, cuando se navega en el río, el viento siempre sopla de cara, sea cual sea la dirección en que se navegue – Por la mañana, al emprender la marcha para una excursión de un día, la dirección del viento hace pensar que, si bien entonces resulta bastante duro ir a los remos, por la tarde, cuando se vuelve fatigado, será agradable dejarse impulsar por el blando céfiro, pero ¡ay!..., después de merendar el viento sopla en sentido opuesto y hay que remar firmemente hasta regresar a tierra firme. En cambio, cuando se lleva vela, el viento está a favor en ambas direcciones, mas... ¿qué le haremos? Este mundo sólo es una prueba, y el hombre ha nacido para el sufrimiento igual que las cometas han sido creadas para volar en el aire.

No obstante, en este particular atardecer, los encargados del suministro del viento estaban algo distraídos y lo emplazaron a espaldas nuestras, en lugar de ser de frente. No dijimos nada — ¡para que no se diesen cuenta de su error! – nos tendimos en la barca, la vela se hinchó, el mástil gruñó y el bote empezó a surcar velozmente las plácidas aguas del río.

Yo voy al timón...

Para mí no existe sensación mayor que la de ir a la vela; es lo que

aproxima más al hombre a los pájaros – exceptuando, claro está, aquellas cosas que se sueñan – Las alas del viento desencadenado parecen llevarnos a lugares de maravillas, ya no se es una ínfima y miserable partícula de arcilla hecha para arrastrarse penosamente; uno forma parte de la Naturaleza; nuestro corazón late contra el suyo; sus gloriosos brazos nos rodean y nos atraen; nuestro espíritu y el de ella son uno; nuestros miembros se aligeran; la voz del viento canta en nuestros oídos; la tierra parece más distante e insignificante, y las nubes tan cerca de nuestras cabezas... son nuestras hermanas y uno alarga los brazos para estrecharlas amorosamente.

El río era nuestro, absolutamente nuestro; a lo lejos, a gran distancia, se divisa una barca, anclada en el centro de la corriente y ocupada por tres pescadores; nosotros apenas rozábamos las aguas, pasando al lado de los frondosos márgenes envueltos en profundo silencio.

Yo iba al timón...

Parecíamos caballeros de alguna vieja leyenda, navegando en algún fantástico lago hacia el reino desconocido del ocaso, hacia las tierras de la puesta de sol... empero no fue al reino desconocido de las sombras a donde llegamos, sino – rectos como una flecha – a la barcaza de los tres respetables ancianos que pescaban con caña. De primer momento, no supimos lo ocurrido, pues la vela nos privaba la vista, pero después, dada la clase de lenguaje que rompió la paz del atardecer, comprendimos que nos hallábamos próximos a unos seres humanos que se sentían positivamente furiosos por haber sido molestados con nuestra presencia.

Harris recogió la vela y entonces nos dimos cuenta de los hechos: los tres honorables ancianos habían caído de sus sillas, formando una humana pirámide, en el fondo de la barca, y estaban esforzándose penosamente para zafarse unos de otros y recoger el pescado que les cubría; durante estas nuevas operaciones de pesca no cesaban de maldecirnos, no con palabras corrientes, sino con maldiciones premeditadas que cubrían todos los amplios horizontes de nuestras vidas, alargándose hasta el futuro e incluyendo a nuestros parientes y todo lo que con ellos se relacionaba.

El bueno de Harris les dirigió la palabra, diciéndoles cuán reconocidos nos debían estar por ese poco de emoción en su monótona tarea de pescar durante todo un día, añadiendo que le sorprendía y le dolía al mismo tiempo que unos hombres de su edad se dejaran llevar por el genio. Sin embargo... sus palabras no tuvieron éxito.

— Por lo que a mí respecta – dijo Jorge – me encargo del timón. De un cerebro como el de Jerome, vacío y absurdo, no puede esperarse el esfuerzo que requiere gobernar una barca... Alguien como yo... humano y sencillo, va a encargarse de esto antes de que nos ahogemos...

Y se encargó del timón, llevándonos hasta Marlow, donde dejamos el bote debajo del puente, yendo a pasar la noche en la “Corona”.

### CAPITULO 13

Marlow. –La abadía de Bisham. –Los monjes de Medmenham. –Montmorency planea el asesinato de un gato... —... sin embargo, decide perdonarle la vida. –Vergonzosa conducta de un fox terrier en los Civil Service Stores. –Nuestra salida de Marlow. –Imponente cortejo. –Remedio útil para entorpecer las actividades de las embarcaciones a vapor. –Rehusamos bebernos el río. –Un ejemplar canino saturado de dulce placidez. –Extraña desaparición de Harris y un pastel.

Marlow es uno de los más deliciosos lugares del río, una pequeña ciudad, animada, inquieta; ciertamente, no es demasiado pintoresca en conjunto, pero tiene muchos rincones de gran atractivo que son como arcos en el puente del Tiempo que permiten a nuestra fantasía retornar a las épocas cuando Marlow Manor tenía por señor a Algar el Sajón, antes de ser conquistado por Guillermo y cedido a la reina Matilde; antes de pasar a las manos de los condes de Warwick y a las de lord Paget, el Flexible, sutil consejero de cuatro soberanos...

Si después de dedicarse al canotaje se sienten deseos de pasear, los alrededores de Marlow son sencillamente encantadores; al pasar Cookham, cerca de los Quarry Woods, hay un paraje de maravilla... ¡Viejo Quarry Woods... con vuestros estrechos y empinados senderos y vuestros tortuosos caminitos, cómo me parecéis perfumados por el recuerdo de los veranos soleados!

¡Que apariciones más gozosas ofrecen a menudo vuestras sombrías perspectivas! ¡Cuán dulcemente se oyen, entre vuestras susurrantes hojas, las broncas voces de antaño!...

Remontándose de Marlow a Sonning quizá se goza de más espectacular belleza. A media milla del puente de Marlow se pasa delante de la antigua y magnífica abadía de Bisham, cuyas pétreas paredes se conmovieron con el eco de los clamores de los templarios y dieron cobijo a Ana de Cleves y más tarde a la reina Isabel.

Esta abadía es rica en recuerdos melodramáticos y contiene un dormitorio guarnecido en tapicerías y una cámara secreta oculta entre las espesas paredes. El espectro de Lady Holy, que maltrató a su hijito hasta la muerte, aun se pasea por las noches, intentando lavar sus manos en una imaginaria jofaina.

Warwich, el forjador de reyes, descansa aquí sin preocuparse sobre cosas tan poco importantes como los reyes terrenales, y a su lado también reposa Salisbury, que tan excelente servicio rindió en Poitiers.

Antes de la abadía – casi en las mismas orillas del río – se encuentra la iglesia de Bisham, y si por casualidad existe algún monumento funerario digno de ser visitado, este privilegio pertenece por derecho propio a las tumbas y mausoleos de este sagrado lugar. Y mientras se deslizaba en su frágil barca, cabe los frondosos árboles de Bisham, el gran poeta Shelley – que entonces moraba en Marlow, donde puede visitarse su casa sita en West Street – compuso aquel magnífico poema titulado “The revolt of Islam”.

Un poco más arriba, en Hurley Weir, el paisaje adquiere belleza tal que a menudo he pensado que se podría permanecer un mes contemplando su poético aspecto y aun así faltaría tiempo para aquilatar su indescriptible encanto. La ciudad de Hurley, a cinco minutos de la esclusa, es el más antiguo lugar del río, pues data, y para decirlo utilizaremos las mismas pintorescas expresiones de antaño, “de los tiempos de los reyes Sebert y Offa”.

Una vez pasada la esclusa, siempre remontando el curso del río, se encuentra Danes Field, donde los daneses invasores acamparon durante su marcha hacia Gloucerstershire, y un poco más arriba, en un delicioso recodo, se alzan las ruinas de la abadía de Medmenham. Los célebres monjes de Medmenham, o “El club del fuego eterno”, como les llamaban vulgarmente, del cual era miembro el demasiado famoso Wilkes, formaban una cofradía cuya divisa era “Haced todo lo que queráis”. Por cierto que esta tentadora sugerencia aun es legible en las ruinas de lo que fue la entrada.

Muchos años antes de existir esta falsa abadía y su congregación de irreverentes mozallones, se alzó en el mismo sitio un monasterio de reglas mucho más severas, cuyos monjes pertenecían a una orden bastante opuesta a la de los alegres compadres que los sucedieron quinientos años después. Los monjes del Cister, cuya abadía se alzaba allí mismo durante el siglo XIII, no llevaban suntuosos trajes sino túnicas de burdas estameñas, cuyo único adorno – si a ello podía llamarse así – eran pesadas capuchas; no podían comer carne, ni pescados ni huevos; dormían encima de paja y se levantaban a media noche a rezar maitines; las horas del día las repartían entre el trabajo, la oración y la lectura, y sobre sus vidas pesaba un silencio solemne, sepulcral, que sólo la muerte rompía, pues no podían pronunciar ni una sola palabra... Silencio... silencio... siempre silencio. Sí, era una orden bien austera... unas vidas bien solitarias en ese rincón donde Dios había derramado tanto encanto y donde todo hablaba quedamente de la alegría de vivir... Extraña cosa que las voces de la naturaleza, la suave cadencia de las aguas, los balbuceos de las altas hierbas, la música de la brisa al deslizarse entre las hojas de los árboles, no les hubieran enseñado otro sentido de la vida... Durante días y días esperaban oír

una voz celestial, y durante días y días esa misma voz no cesaba de hablarles y no sabían oírla...

\*\*

Desde Medmenham hasta la graciosa esclusa de Hambledon, el río está lleno de serena belleza, pero después de pasar Greenlands – la poco interesante residencia de mi agente de ventas (un anciano caballero que puede ser visto a menudo durante el verano, remando vigorosamente o charlando amablemente con algún viejo guarda de las esclusas) – hasta pasado Henley, el paisaje es francamente monótono.

\*\*

El lunes por la mañana, a la sazón nos encontrábamos en Marlow, nos levantamos a una hora decentemente temprana y fuimos a bañarnos antes del desayuno; al regresar Montmorency hizo una de las suyas. El único punto de controversia entre Montmorency y un servidor son los gatos, siento por estos malditos animalitos una profunda simpatía, mientras que él los odia cordialmente. Cuando encuentro un felino de estos me acerco y agachándome para acariciarle la cabeza le digo: “¡Pobrecito minino!” ... El gato contesta estirando la cola – como si imitase a un pararrayos, arquea el lomo y frota sus narices contra mis pantalones y todo el mundo es dulzura y paz... En cambio cuando Montmorency tiene un encuentro semejante, todo el barrio ha de enterarse y en diez minutos se oyen una serie de palabrotas más que suficientes para llenar la vida de un hombre corriente.

Sin embargo, no me siento con ánimo de reñirle, me limito a darle golpes o tirarle piedras – procurando que no sean muy grandes – pues me consta que todo esto es obra de su propia naturaleza. Los fox terrier nacen con una dosis de pecado original cuatro veces mayor que la del resto de los perros, y harán falta muchos años de pacientes esfuerzos por parte de nosotros, los cristianos, para llevar una apreciable reforma a su batallador temperamento.

Recuerdo que en cierta ocasión me hallaba en el vestíbulo de los Haymarket Stors, lleno de perros que esperaban a sus dueños mientras estos realizaban sus compras. Se veía un mastín, un bulldog, uno o dos collies, un San Bernardo, algunos retrievers y terranovas, un perro de aguas francés de peluda cabezota y cuerpo esmirriado, algunas de aquellas bestezuelas nacidas en Lowther Arcade, cuyo tamaño es el de una rata, y un par de tykes del Yorkshire.

Allí estaban... sentados, con aires pacientes, buenos y pensativos...; una solemne serenidad reinaba en el vestíbulo; se hubiese dicho que la calma y la resignación, la melancolía y la dulzura se habían apoderado de los ánimos que aquellos representantes de la raza canina.



Entonces hizo su aparición una gentilísima joven que llevaba un fox terrier de humilde aspecto, que dejó entre el dogo y el perro de aguas. El animalito se sentó, mirando en torno suyo durante un minuto, luego alzó la vista al techo con expresión tal que hacía sospechar que pensaba en sus seres queridos, bostezó y examinó a los demás, envueltos en sus aires de silenciosa y grave dignidad; miró al dogo, que dormitaba indolentemente, a su derecha, después dirigió la vista al perro de aguas, erguido y majestuoso, y sin mediar ni una palabra ni la más pequeña provocación, le mordió en una de sus patas. Un alarido de dolor atronó los espacios del vestíbulo, llevando la zozobra a los que ahí se encontraban.

Y como el resultado de su primer experimento le pareciera altamente satisfactorio, decidió continuar animando la aburrida reunión. Saltó encima del perro de aguas, atacando vigorosamente a un collie, que se despertó y entabló una ruidosa y encarnizada pelea con el perro de aguas. Inmediatamente, el pequeño fox terrier volvió a su sitio y cogiendo al bulldog por una oreja intentó echarlo fuera; el bulldog, animal extrañamente imparcial, se precipitó sobre todo lo que se hallaba al alcance de sus afilados colmillos, incluyendo las pantorrillas del portero, lo que permitió al simpático y dinámico fox terrier sostener una pelea por su cuenta con un igualmente dispuesto tyke... Cualquiera que conozca el temperamento canino, comprenderá fácilmente que durante las anteriores escenas, los perros luchaban entre sí y los pequeños liquidaban sus asuntos ocupándose en morder las patas de los grandes como descanso en su pesada tarea.

El vestíbulo habíase convertido en la más perfecta imitación de un antro infernal; el tumulto adquirió proporciones inauditas, un enorme gentío se aglomeró en la puerta haciendo todo género de comentarios.

— ¡Santo cielo!... ¿Qué pasa allí dentro?...

— ¿Hay reunión del Ayuntamiento? ¿Con quién se pelea el alcalde?

— ¿A quién asesinan?... ¡Hagamos algo!... ¡No estemos mano sobre mano!

— ¡Están descuartizando a seres humanos!...

Varios animosos individuos acudieron dispuestos a separar a los alborotadores animalitos, pero sus esfuerzos, a pesar de ir secundados por palas y estacas, no se vieron coronados por el éxito y tuvieron que mandar a buscar a la policía.

Y en medio de esta atroz pelea, reapareció la gentilísima joven, que cogió al simpático perrito – hacía por lo menos un siglo que había dejado al tyke y ahora tenía la expresión de un corderito recién nacido – besándolo suavemente:

— ¡Pobrecito mío! ¿Te han hecho mucho daño?... ¡Que perrazos más salvajes!...

El animalito se acurrucó en sus brazos y la miró como diciendo:

— ¡Por fin has llegado! ¡Que contento estoy de que hayas venido a librarme de este vergonzoso espectáculo!

Mientras ella proseguía:

— ¡Parece mentira! ¿Por qué admiten estas bestias semisalvajes dejándolas al lado de los animalitos de la gente decente?... ¡No sé qué es lo que me impide presentar una denuncia!

He aquí, someramente descrita, la naturaleza de los fox terrier. Por eso no puedo reñir a Montmorency, a pesar de su exacerbada agresividad hacia los gatos, aunque estoy seguro de que probablemente hubiese preferido no haber adoptado sus usuales procedimientos en esta mañana a que me refería antes.

Pues..., tal como iba diciendo, regresábamos de bañarnos, y a la mitad de High Street, un gato salió de su casa y comenzó a trotar por la calle; Montmorency prorrumpió en un grito de júbilo semejante al del valeroso guerrero que ve caer malherido a su peor enemigo; un grito semejante al que Cromwell debió haber emitido cuando los escoceses bajaron de la colina, abalanzándose sobre su presa.

Su víctima era un enorme gato negro, y jamás he visto un gato tan grande ni tampoco de tan mala calidad; le faltaba la cola, una de sus orejas y una porción bastante considerable de nariz, si bien poseía un aspecto ágil y vigoroso y un aire de tranquila serenidad.

Montmorency corrió hacia aquel pobre felino a una velocidad de cien kilómetros por hora; no obstante, el gato no apresuró en lo más mínimo su marcha; parecía no comprender que su vida corría peligro; prosiguió tranquilamente hasta que su presunto asesino estuvo a un metro de distancia, luego se volvió, sentándose en medio del arroyo, y clavó en Montmorency una mirada interrogatoria, fríamente inquisidora, que parecía decir:

— ¿Se le ofrece algo?...

Aunque Montmorency es muy valiente, había algo en aquella mirada felina que habría atemorizado al perro más audaz; ni uno ni otro cruzaron una palabra, si bien no resultaba difícil imaginarse el diálogo:

— No... nada... muchas gracias... – repuso Montmorency.

— Si desea algo, dígallo con toda franqueza...

— Oh... no... nada... francamente nada – balbuceó Montmorency, retrocediendo – no se moleste... Creo... me temo haberme confundido... Creía

conocerle... Siento haberle molestado...

— Ninguna molestia... al contrario... ¿De verdad no se le ofrece nada?...

— No... nada... gracias – tartamudeó Montmorency, siempre retrocediendo – ¡Es usted muy amable!... Buenos días...

Entonces se levantó el gato, continuando su camino. Montmorency regresó con aquello que, optimistamente, llama su cola, entre las piernas, y se colocó a retaguardia.

Desde aquel día, cada vez que se pronuncia la palabra gato, Montmorency se estremece visiblemente, se encoge y mira lastimeramente como si rogara:

— ¡Por favor!... No hablemos de eso...

\*\*

Después del desayuno, fuimos a comprar provisiones para tres días. Jorge dijo que debíamos llevar verdura, alimento altamente saludable, cuya fácil preparación corría a su cargo; así es que compramos diez libras de patatas, treinta y seis de guisantes y coles, pastel de carne, dos tartas de grosella, una pierna de cordero – preparada en el hotel – fruta, pastas, mantequilla, jamón, huevos y otros artículos que adquirimos en diferentes establecimientos de la ciudad. (A mi entender, el mayor éxito de nuestra vida fue la salida de Marlow; resultó un acontecimiento digno, imponente, sin lunares in ostentaciones).

Al realizar nuestras compras insistimos en que fueran llevadas detrás de nosotros, nada de “sí, señor, se lo mandaré enseguida”, pues luego se pasan las horas y uno está a punto de coger un ataque de nervios esperando al mozo; por eso esperamos mientras las acondicionaban y salimos acompañados de los respectivos dependientes. El resultado fue que, como visitamos un buen número de tiendas y en todas observamos este principio con la máxima rigidez, al terminar nuestras compras poseíamos el sequito más perfecto de mozos portadores de cestas que nuestros corazones hubiesen podido desear. Y nuestra marcha por el arroyo central de High Street, camino del río, constituyó uno de los espectáculos más majestuosos que la ciudad de Marlow nunca hubiese presenciado.

El orden de la comitiva fue el siguiente:

Montmorency llevando un palo.

Dos miserables ejemplares de la raza canina, íntimos amigos de Montmorency.

Jorge, llevando abrigos y mantas y fumando en una pipa corta.

Harris, esforzándose por caminar desenvueltamente, abrumado bajo el

peso de una maleta, llena hasta los topes, y una botella de jarabe de limón.

El chico del panadero y el del frutero, con sendos cestos.

El botones del hotel, con una canasta de provisiones.

El dependiente de la pastelería, con una cesta.

El mozo del droguero, con un cesto.

Un perro de pelo largo

Dos chicos del lechero, llevando una cesta

Un mozo, con una maleta.

Un amigo íntimo del susodicho mozo, con las manos en los bolsillos, fumando una colilla

El chico del verdulero, con un cesto.

Un servidor de ustedes, llevando tres sombreros y un par de zapatos e intentando caminar con el aire del que va con las manos en los bolsillos.

Seis golfillos harapientos y cuatro perros extraviados.

Al llegar al embarcadero, el guarda no pudo menos de preguntarnos:

— Oigan, señores... ¿su embarcación es un buque o un trasatlántico? — y al saciar su curiosidad viendo que se trataba de una canoa a dos remos, pareció muy sorprendido.

Las embarcaciones a vapor nos molestaron extraordinariamente aquella mañana. La “Semana de Henley” se aproximaba y numerosas barcas remontaban el río, algunas solas y otras remolcando casas flotantes. Por lo que a mí respecta, sólo puedo decir que siento un verdadero horror hacia ellas, como supongo que debe de ocurrir a todos los buenos aficionados al remo; siempre que veo uno de esos diabólicos artefactos, me entran furiosos deseos de conducirlo a un solitario lugar del río y allí, protegido por el silencio y la soledad, hundirlo en las claras aguas del Támesis.

La barca a vapor posee tal aire de insolencia que tiene el poder de despertar mis instintos sanguinarios y quisiera que la vida fuese como en los tiempos antiguos cuando uno, acompañado por un hacha, un arco y unas flechas, podía emitir su opinión particular sobre los seres animados y los inanimados. Esa expresión que aparece en el rostro del individuo apoyado a proa, con las manos en el bolsillo del chaleco y fumando un cigarro, es más que suficiente para justificar un principio de hostilidades y el aristocrático silbido con que se exige dejar el campo libre... estoy seguro de que sería suficiente para obtener de un jurado de remeros un veredicto de “inocente” en caso de homicidio, pues lo considerarían — y vuelvo a repetir que estoy

seguro – como acto de propia defensa.

Tenían que tocar la sirena para que les dejáramos paso libre, y si se me permite hablar sinceramente, sin temor a parecer fatuo, creo poder decir, honradamente, que nuestra barca les causó más retrasos, molestias, preocupaciones y disgustos durante esos ocho días que todas las demás embarcaciones juntas.

— ¡Buque a la vista! – exclamaba uno de nosotros al divisar un artefacto infernal de esos, y en menos de lo que canta un gallo, todo estaba dispuesto para ofrecerle una gentil acogida. Yo me encargaba del timón, Harris y Jorge se sentaban a mi lado y la barca continuaba deslizándose dulcemente por el centro de la corriente.

La sirena gemía lastimosamente, sin inmutarnos lo más mínimo; a un centenar de metros volvía a oírse el agudo silbato, como si de repente se hubiera sentido presa de un ataque de indignación; los pasajeros se apoyaban en la borda, injuriándonos de lo lindo, pero sus insultos no llegaban a nuestros oídos. Harris nos explicaba divertidas anécdotas sobre su madre, y Jorge y yo no queríamos perder, ni por todo el oro del mundo, una sola de sus palabras.

Del vapor salía una última advertencia, un silbido desesperado; parecía que la caldera estaba a punto de explotar; haciendo marcha atrás, la embarcación reculaba entre sacudidas y estremecimientos; los pasajeros, vueltos hacia nosotros, aumentaban la temperatura de sus imprecaciones; los que se paseaban por las orillas se detenían a dar voces y las demás barcas y botes se paraban hasta que el río, en toda la extensión que nuestra vista alcanzaba, se hallaba en un estado de febril excitación.

Harris hacía una pausa, y siempre en el momento más interesante de su narración, miraba en torno suyo, dulcemente sorprendido, y decía a Jorge:

— ¡Vaya, por Dios!... Oye Jorge, mira, una lancha a vapor...

— A mí ya me había parecido oír algo – respondía este.

Entonces nos poníamos nerviosos y avergonzados, no sabíamos que hacer para apartarnos; los de a bordo nos daban instrucciones:

— Más adelante... ¡el de la derecha!... Usted... ¡Usted... pedazo de tonto!... Atrás el de la izquierda... ¡No.... usted no.... usted no!... ¡El oooooo! ¡No toque las cuerdas!... Los dos a la vez... así... ¡No!... Por este lado no...

A última hora bajaba una falúa y venían a darnos una mano; al cabo de un cuarto de hora de esfuerzos combinados, nos apartaban de su camino de manera que pudiesen navegar tranquilamente. Nosotros les dábamos las gracias de todo corazón y les pedíamos que nos remolcasen, pero jamás quisieron complacernos, ¡no sé por qué!

Además de este, descubrimos otro sistema para crispar el sistema nervioso de los vapores: hacerles creer que nos confundíamos y tomamos a sus ocupantes por grupos que viajan con tarifa reducida, preguntarles si pertenecen al personal de los señores Cubit o a los Templarios del Bermud y, finalmente, pedirles amablemente:

— ¿Quieren prestarnos una cacerola?

\*\*

Las señoras ancianas, que no acostumbran a ir por el río, experimentan intenso terror hacia las embarcaciones a vapor. Recuerdo que una vez hice el trayecto de Staines a Windsor – un paraje del río frecuentadísimo por estas horribles “máquinas” – con un grupo en el que iban tres señoras de edad, y fue algo emocionante. Apenas divisaban un buque a vapor, querían saltar a tierra, se sentaban en el ribazo y no volvían a la barca hasta que había desaparecido del horizonte.

— Créame... lo sentimos mucho... pero nuestros antepasados han sido gentes eminentemente pacíficas y no podemos desmentir la raza.

\*\*

En las cercanías de Hambledon Lock nos dimos cuenta de que carecíamos de agua, y cogiendo el cántaro nos dirigimos a la caseta del guarda a pedir un poco del transparente líquido.

Jorge tomó la palabra, pidiendo, con la más dulce de sus sonrisas:

— ¿Podría darnos un poco de agua?

— Naturalmente – replicó el anciano – Cojan la que quieran y dejen el resto.

— Agradecidos... – murmuró Jorge mirando en torno suyo – ¿Dónde... donde la tiene?

— Siempre en el mismo sitio, muchacho – fue la respuesta.

— Pues no la veo... – contestó Jorge dando una vuelta.

— ¿Dónde tiene los ojos...? – comentó el hombre señalando el río – Me parece que hay bastante, ¿verdad?

— ¡Ooooooh! – repuso Jorge comprendiendo – ¡No vamos a beber agua del río! No nos gusta bebernos el río...

— Claro que no... pero pueden beber un poquito – replicó el guarda – Al menos esto es lo que hago desde hace más de quince años...

— Francamente... si he de juzgar los resultados de semejante sistema por

usted... ¡prefiero el agua de pozo!...

En un huerto cerca de la esclusa encontramos un pozo... ¡y también era agua del Támesis! Si lo llegamos a saber... mas, como lo ignorábamos, la encontramos sabrosa; ojos que no ven, estómago que no duele.

En otra ocasión probamos agua del río, aunque con resultados poco halagüeños. Habíamos conducido la barca a un recodo, en las cercanías de Windsor, para tomar el té; nuestro cántaro estaba vacío y, por lo tanto, se trataba de irnos sin tomar el té o utilizar el agua del río. Harris sostenía la opinión de que podíamos arriesgarnos:

— Si hervimos el agua no habrá microbio que pueda resistir... Las miasmas perniciosas no resisten a la alta temperatura del agua hirviente.

Llenamos la tetera y la hicimos hervir; ya estaba hecho el té y estábamos a punto de beber cuando Jorge, que tenía la taza en los labios, exclamó:

— ¿Qué es eso...?

— ¿Que es qué? – preguntamos Harris y yo.

— ¡Pues “eso”! – repitió Jorge mirando hacia el oeste.

Harris y yo miramos en aquella dirección y vimos un perro que, llevado por la corriente, se iba acercando a nuestra barca. Era uno de los perros más serenos y pacíficos que he visto en mi vida; flotaba de espaldas, con las cuatro patas en el aire y una expresión hondamente pensativa en todo su ser; podía llamarse un perro de “tamaño extra”; su perímetro torácico estaba ampliamente desarrollado; llegó, digno y sereno, hasta casi rozarnos, se detuvo en un cañaveral, acomodándose para pasar la noche.

— No tengo ganas – murmuró Jorge vaciando su taza.

Harris tampoco tenía sed y siguió su ejemplo. Yo me había bebido la mitad de la mía y de todo corazón hubiese querido no haberlo hecho.

— ¿Crees que cogeré la fiebre tifoidea? – pregunté a Jorge.

— ¡Hombre...! Creo que tienes muchas probabilidades a tu favor... En todo caso... eso lo averiguarás antes de quince días.

\*\*

Remontamos hasta Margrave, un lugarejo que va a parar a media milla de Marsh Lock y que vale la pena de visitar, pues tiene un caminito sombreado que corta mucho camino. Como es de suponer, la entrada a este afluente del Támesis está llena de carteles y cadenas con innumerables prohibiciones que amenazan con torturas sin nombre, prisión y muerte al que ose hundir sus remos en esas claras aguas. Me asombra que todavía ningún señor feudal de la

ribera haya reclamado el aire del río como propiedad y no imponga a los desgraciados que lo respiran una multa de cuarenta chelines.

Con un poco de habilidad, se triunfa fácilmente de las estacas y cadenas, y en cuanto a los letreros... si se dispone de cinco minutos y no hay testigos se pueden arrancar un par o tres y hundirlos en el río.

\*\*

A medio camino, desembarcamos para el almuerzo, durante el cual Jorge y un servidor experimentamos una de las emociones más fuertes de nuestras vidas. Harris también pasó un mal rato, si bien no tuvo la magnitud del nuestro.

Las cosas pasaron así: estábamos sentados en un prado, a diez metros de la orilla y acabábamos de instalarnos cómodamente para reparar fuerzas. Harris tenía el pastel de carne sobre sus piernas y se ocupaba en partirlo, mientras Jorge y yo esperábamos con los platos a punto.

— ¿Tenéis una cuchara? – dijo Harris – La necesito para la salsa.

El cesto estaba detrás de nosotros. Jorge y yo nos volvimos para sacar la cuchara – en semejante operación tardamos menos de cinco segundos – al volvernos... ¡Harris y el pastel habían desaparecido! El prado era espacioso, abierto, sin árboles ni maleza en muchos cientos de metros; no podía haber caído al agua, pues le hubiéramos visto – sin contar con que hubiera tenido que saltar por encima de nosotros para lograrlo – Jorge y yo inspeccionamos por nuestro alrededor y nos miramos asombrados:

— ¿Habrá subido al cielo? – inquirí.

— ¡No es probable que se haya llevado el pastel! – objetó Jorge, y esta observación nos pareció tan lógica que descartamos toda intervención celestial.

— Lo que debe de haber ocurrido – agregó Jorge, ya de pleno en lo práctico y verosímil – es que no nos hemos dado cuenta de que ha habido un terremoto... – Luego continuó con una ligera nota de tristeza en la voz – ¡Ojalá no hubiera estado con el pastel en las manos...!

Suspirando tristemente, volvimos a contemplar el lugar donde por última vez vimos a Harris y al pastel, y entonces, mientras la sangre se nos helaba en las venas y los cabellos se nos erizaban de terror... ¡la cabeza de Harris – sólo la cabeza – fue apareciendo entre las altas hierbas, congestionada y con una expresión de soberana indignación!

Jorge fue el primero en reaccionar.

— ¡Habla...! – ordenó – Dinos si eres un simple mortal o un emisario del



más allá... Y... ¿dónde demonios has metido el resto de tu cuerpo?

— ¡No seas idiota! – dijo la cabeza de Harris – Estoy por creer que lo habéis hecho a propósito...

— ¿Qué hemos hecho...?

— Decirme que me sentase aquí... ¡Vaya broma estúpida! Coged el pastel...

Y de las entrañas de la tierra, al menos ese efecto nos hizo, salió el pastel, bastante sucio y aplastado, detrás del pastel apareció Harris, moviéndose a cuatro patas y mojado, arrugado, lleno de barro. Sin saberlo, habíase sentado en el borde de una pequeña acequia, oculta por la hierba, y al echarse hacia atrás, se hundió en compañía del pastel.

— ¡Jamás he tenido sorpresa como esta! – balbuceó Harris aun aturdido por el susto – Al sentir como me hundía llegué a creer que había llegado el fin del mundo.

Lo malo es que todavía, si, todavía persiste en creer que Jorge y yo le preparamos esa broma pesada. Sí; las injustas sospechas persiguen hasta a los seres más inocentes, porque, como dijo el poeta: “¿Quién puede escapar a los tentáculos de la calumnia?” Nadie, absolutamente nadie.

## CAPITULO 14

Wargrave. –Figuras de cera. –Sonning. –Nuestra salsa. –Montmorency se siente sarcástico. –Lucha entre Montmorency y la tetera. –Los estudios de banjo de nuestro amigo Jorge. –Dificultades que se presentan en el estudio de la gaita escocesa. –Después de la cena... Harris se siente melancólico. –Jorge y yo vamos de paseo y regresamos mojados y hambrientos. –Extraño aspecto de Harris. –Harris y los cisnes o una notable historia. –Harris pasa mala noche.

Después de almorzar nos aprovechamos de una suave brisa que nos llevó más allá de Wargrave y Shiplake. Wargrave, situada en uno de los recodos del río, tiene la apariencia de un adorable cuadro antiguo y queda grabada en la retina largo tiempo.

La hostería de “Jorge y el Dragón” de Wargrave, se enorgullece de poseer un pendón pintado por Leslie – de la Real Academia – en un lado, y en el otro por Hodgson, de esa misma casa. El primero ha pintado el combate y Hodgson ha imaginado la escena después de la lucha: una vez terminada su tarea el valeroso Jorge saborea un bock de cerveza.

Day – el autor de Sandford y Merton – vivió y, cosa que hace más

memorable el lugar, fue asesinado en Wargrave. Una lápida conmemorativa, colocada en el lugar más visible de la iglesia, recuerda que la señora Sarah Hill dejó un legado de una libra anual “para repartirla el día de Pascua entre dos niños y dos niñas que no hayan pronunciado mentira alguna, ni maldecido, ni hurtado, ni roto cristal alguno de ventana alguna” ... ¿Dejar de hacer todo eso por cinco chelines al año? ¡No vale la pena!

Se dice que hace muchísimo tiempo apareció un muchacho que jamás había incurrido en estas faltas, o por lo menos nadie le había visto cometerlas, que en realidad era todo lo que se pedía – o podía pedírsele – y ganó el glorioso premio. Durante tres semanas fue exhibido dentro de una caja de cristal colocada en la puerta del Ayuntamiento.

Nadie sabe lo que ha sido de aquel dinero; parece ser que fue a parar al museo de figuras de cera más próximo.

Shiplake es un encantador lugarejo, pero no puede ser visto desde el río, pues se encuentra en lo alto de una colina. Tennyson contrajo matrimonio en la iglesia de Shiplake.

Yendo hacia Sonning, el río va serpenteando en torno a numerosas islas, y es sumamente plácido, incluso solitario, pues sus orillas no son muy frecuentadas por los paseantes. Arry y lord Fitnoodle – la plebe y la aristocracia – han sido dejados en Henley, y el sombrío Reading aun no ha sido alcanzado. Ese sí que es un paraje bien apropiado para soñar en los días de antaño, en rostros y formas desvanecidas, en lo que ha podido ser y no ha sido... ¡El demonio lo confunda...!

\*\*

En Sonning desembarcamos para dar un paseo alrededor del pueblo, que es el más hermoso y más lleno de mágica belleza de todos los contornos. Parece más una representación teatral que un conjunto de ladrillos y arcilla; todas las casas desaparecen bajo grandes rosales trepadores y ahora, a primeros de junio, las rosas se muestran abiertas en todo su maravilloso esplendor. Si alguna vez se dirigen a esta población, hospédense en la posada del “Bull”, situada detrás de la iglesia. Es la verdadera hostería campestre, con su verde patio cuadrado, donde sentados bajo los frondosos árboles, los ancianos del pueblo se reúnen cada noche para beber cerveza y platicar sobre política local; las habitaciones son bajitas, las ventanas tienen celosías, las escaleras son sencillamente tortuosas y hay una serie de pasillos y corredores dignos de un laberinto.

Después de haber dado vueltas por Sonning durante más de una hora, y siendo demasiado tarde para ir a Reading, decidimos regresar a una de las islas de Shiplake, haciendo noche allí.

Aun era de día cuando terminamos nuestros preparativos, y Jorge dijo que como teníamos mucho tiempo, había una excelente oportunidad para condimentar una succulenta cena, añadiendo:

— Vais a ver lo que se puede hacer en el río... Voy a confeccionar una salsa irlandesa, bueno, quiero decir un guisado, con la verdura y los restos de la carne, que os vais a chupar los dedos.

La idea es sencillamente genial. Jorge cortó leña y encendió el fuego, mientras nosotros pelábamos patatas. Nunca se me había ocurrido que pelar esta clase de tubérculos fuese tarea tan pesada. Comenzamos alegremente, casi podríamos decir que frívolamente, pero toda nuestra entusiasta alegría terminó cuando acabamos la primera patata; cuanto más las pelábamos mayor cantidad de pieles tenían, y cuando las hubimos mondado y quitado todos los “ojos” casi no quedaban patatas, por lo menos ninguna digna de responder a esta denominación. Jorge se acercó a mirar lo que hacíamos y le enseñamos una patata con las dimensiones de una nuez corriente:

— ¡No...! ¡No, hombre, no...! No es así., estáis desperdiciando más de la mitad., raspadlas.

Seguimos sus consejos, empero este resultaba más difícil y pesado que el anterior procedimiento. Las patatas tienen unas formas tan raras, abolladuras, agujeros, verrugas... Durante veinticinco minutos estuvimos trabajando de firme y el resultado fue... ¡cuatro patatas!

Nos declaramos en huelga, solicitando el resto de la noche para “rasparnos” a nosotros mismos. Jamás hubiese imaginado que raspar patatas ensuciara tanto; se hacía difícil creer que el montón de cáscaras dentro del cual Harris y yo estábamos medio ocultos, pudiese provenir únicamente de cuatro patatas (lo que demuestra los resultados obtenibles mediante un poco de economía y cuidado).

Jorge dijo que era absurdo poner sólo cuatro patatas en un guisado irlandés, así es que lavamos media docena más, poniéndolas a cocer sin pelarlas. Jorge removió la cazuela, añadiendo que quedaba sitio para bastantes cosas más. Vaciamos ambos cestos recogiendo todos los restos de comida – medio pastel de cerdo, un poco de jamón hervido y carne fría – añadiéndolos al guisado; luego Jorge encontró salmón en conserva y también lo puso, diciendo:

— ¿Veis? Esta es la ventaja de un guisado irlandés, permite utilizar una serie de cosas que de otra manera se desperdiciarían...

Yo encontré un par de huevos semicascados y también fueron a parar a la cazuela; en este momento no recuerdo exactamente los demás ingredientes; eso sí, puedo asegurar que no se desperdició absolutamente nada y que, hacia

el final Montmorency, que había desplegado enorme interés en todas las operaciones, desapareció unos instantes, marchándose con aire sumamente pensativo, y reapareció con una rata de agua muerta en la boca que, evidentemente equivalía a su aportación al guisado.

Esta actitud, ¿a qué era debida? ¿Montmorency quería colaborar lealmente o bien constituía un ligero sarcasmo? Lamento infinitamente no acertar con la respuesta exacta, y como a ratos me parece una cosa y todo lo contrario en otros... dejo el campo libre a las sugerencias de los lectores.

Sostuvimos una discusión sobre si era conveniente o no añadir la rata a todo cuanto hervía en la cazuela.

— A mí me parece que si – dijo Harris – pues una vez mezclada con lo demás dará un gusto exquisito a la salsa, sin contar con que todo ayuda.

— Mira Harris... tu teoría no me convence – protesté un poco amoscado – Nunca he oído decir que a un guisado irlandés se añadieran ratas de agua... Creo más conveniente seguir las normas usuales y no ensayar experimentos de dudoso éxito.

— ¡Que mentalidad más mezquina es la tuya! – exclamó Harris – Si no haces la prueba... ¿querrás decirme como conocerás una cosa que nunca hayas probado? Individuos de tu especie son los que obstruyen el paso del progreso... Piensa en el hombre que probó las salchichas de Francfort...

Aquella creación culinaria de Jorge resultó un éxito; no recuerdo haber comido nada más sabroso; había algo picante, algo nuevo. Nuestros paladares están tan estragados, tan hartos de los mismos sabores, que cuando tropiezan con algo diferente, saben aquilatarlo en todo su valor, y aquí teníamos un plato completamente diferente a todo lo imaginable. Y a más de este importante factor también poseía otro, y tan interesante como aquel, y es que resultaba eminentemente nutritivo, pues, tal como dijo Jorge, se hallaba compuesto por excelentes elementos. Los guisantes y las patatas podían haber estado un poco más cocidos, pero... ¡bah! ¿y eso que importaba? ¿Acaso no tenemos buena dentadura? En cuanto a la salsa... sin temor a exagerar podemos decir que era un perfecto poema; quizá un poco demasiado fuerte para un estómago débil, pero muy nutritiva.

La cena tuvo como remate una exquisita tarta de cerezas y unas tazas de humeante té.

Por cierto que, a la hora del té, Montmorency sostuvo una pelea con la tetera en la que resultó vergonzosamente batido. La tetera había despertado su curiosidad durante todo el transcurso del viaje; se sentaba a contemplarla hervir y en su expresivo rostro asomaba una extraña expresión; de rato en rato se levantaba y le gruñía furiosamente; cuando la tetera cantaba y echaba humo

solía indignarse, considerándola como una alusión personal, y quería pelearse con ese extraño enemigo; sin embargo, no había podido realizar sus deseos, pues en el preciso momento en que iba a desplegar sus habilidades agresivas, uno de nosotros aparecía y le arrebatava su antagonista antes de poder intentar la menor acción de castigo.

Aquel día decidió actuar con la máxima rapidez; al primer rumor que produjo la tetera se levantó gruñendo, avanzando en actitud amenazadora. No era más que una pequeña tetera, mas tenía valor de sobra y al verle adelantarse tan insolentemente le escupió una bocanada de vapor.

—¡Ah!, ¿con que esas tenemos? – ladró ferozmente Montmorency, enseñando sus afilados colmillos – ¡Ya te enseñaré, ya, a plantar cara a un perrito honrado y trabajador! ¡Pedazo de miserable nariguda...! Anda... valiente... ¡a ver si te acercas!...

Y se abalanzó sobre la tetera, cogiéndola por el cuello. Entonces un alarido capaz de helar la sangre en las venas del hombre más valeroso rasgó la serena tranquilidad del anochecer... Montmorency abandonó la barca, dedicándose a una higiénica carrera de tres vueltas en torno a la isla, a una velocidad media de treinta y cinco millas por hora, parándose de trecho en trecho a fin de hundir su nariz en el barro húmedo. Y desde aquella fecha, el perro contempla la tetera con una mezcla de sospecha, respeto, terror y odio; cada vez que la ve, gruñe y retrocede rápidamente, con la cola entre las piernas, y en el instante en que se la coloca encima del hornillo, salta ágilmente del bote, sentándose en el ribazo hasta que los preliminares del té han terminado.

Después de cenar, Jorge sacó su banjo; el infeliz pretendía darnos una velada musical, pero Harris dijo que tenía mucho dolor de cabeza y no se sentía con el ánimo dispuesto a entregarse a las delicias de la música.

— La música te hará bien, muchacho – dijo Jorge – No olvides que tiene un poder calmante que afecta grandemente al sistema nervioso.

Y como demostración del maravilloso poder de la música hizo sonar dos acordes de su maravilloso instrumento.

— Querido Jorge... – exclamó Harris – he de decirte, por si lo ignoras, que acostumbro a ser consecuente... prefiero mi dolor de cabeza.

Jorge todavía no había podido aprender a tocar el banjo y hay que confesar que una buena parte de responsabilidad cae sobre las cabezas de sus amigos, que jamás le hemos alentado en sus estudios. Mientras realizamos esta excursión por el Támesis, una o dos veces intentó practicar sus habilidades “banjísticas” sin lograr el menor éxito, pues el lenguaje que Harris reservaba para semejantes ocasiones era capaz de inmutar a una estatua, y, como si no hubiese sido suficiente, Montmorency también intervenía aullando con toda la

fuerza de sus pulmones... La verdad es que eso no era dar una oportunidad al pobre Jorge, pero... ¡la vida es así... que se le va a hacer...!

— ¿Quieres explicarme por qué le da por aullar mientras toco el banjo? – preguntaba Jorge indignado, cogiendo una bota para tirársela a Montmorency.

— ¿Quieres explicarme por qué tocas el banjo mientras aúlla? – respondía Harris cogiendo el zapato al vuelo – Déjalo en paz, pobre animal... ¿no ves que tiene alma de artista y que tu “magistral” interpretación le saca de sus casillas, obligándole a aullar?

De ahí que Jorge decidiera aplazar el estudio del banjo hasta su regreso a la ciudad, mas entonces tampoco se le ofrecieron grandes oportunidades; la señora Poppets siempre subía a decir que lo sentía mucho – a ella particularmente le encantaba oírle – pero la señora del primer piso estaba delicada y el médico temía que la música afectara al recién nacido. Esto le hizo pensar que la plaza sita frente a su casa era el lugar más adecuado para practicar su bien amado instrumento; sin embargo, tampoco allí le fue posible dedicarse a las delicias del banjo: los vecinos elevaron una protesta a la policía, se estableció un servicio de vigilancia y fue detenido. Las pruebas existentes fueron de tal envergadura que el juez le comunicó que tenía terminantemente prohibido, durante un periodo de seis meses, molestar al vecindario con los poco filarmónicos acordes de su banjo, so pena de grandes sanciones. Una vez pasado este plazo, preció perder todo interés por la música, realizó una o dos tentativas para proseguir sus estudios, mas siempre tropezó con la misma frialdad, la misma falta de simpatía por parte del mundo entero, hasta el punto que, completamente descorazonado, insertó un anuncio en la prensa: “... no siéndole posible utilizarlo como sería su deseo, el propietario lo cede a buen precio”, y se dedicó a aprender a jugar a las cartas.

¡Que desconsolador debe de ser intentar aprender un instrumento musical! Uno creería que la sociedad, por su propio bien, haría todos los posibles para ayudar a que un individuo adquiriera el arte de tocar un instrumento musical, mas no es así. En otros tiempos conocí un muchacho que estudiaba la gaita escocesa, y no se pueden imaginar la serie de oposiciones con que tuvo que enfrentarse para lograr sus propósitos. Con decir que si tan siquiera los miembros de su propia familia le prestaron lo que podríamos llamar “cálidos alientos” ... Desde el principio su padre se opuso terminantemente, y cuando hablaba sobre el particular, sus sentimientos no rezumaban, precisamente, gran simpatía.

Mi amigo se levantaba temprano para practicar, pero se vio obligado a abandonar este plan a causa de que una de sus hermanas, muchacha eminentemente religiosa, se sentía profundamente molesta porque encontraba irreverente empezar el día de esa manera. Así es que el joven decidió acostarse

tarde, para tocar su gaita cuando todos estuviesen durmiendo; empero esto tampoco le dio resultados; su digno hogar adquirió muy mala reputación, pues las personas que regresaban a sus casas, a altas horas de la noche, se paraban a escuchar frente a su casa y luego hacían correr por la ciudad que un terrible asesinato había ocurrido la noche anterior en casa de los Jefferson, y describían los gemidos de la víctima y las salvajes imprecaciones del asesino, los suspiros de perdón y el último ¡ay! que brotaba de labios del moribundo.

Su familia le permitió practicar durante el día en el patio interior, teniendo puertas y ventanas herméticamente cerradas; no obstante, a pesar de estas precauciones, los mejores pasajes de su recital llegaban hasta la sala y hacían derramar lágrimas a su madre. La buena señora decía que eso le recordaba a su pobre padre que pereció triturado por los afilados dientes de un tiburón – ¡qué pena, santo cielo, qué pena! – mientras se bañaba en las costas de Nueva Guinea, y el porqué de esa asociación de ideas, nunca pudo explicarlo.

Entonces le construyeron un cuartito, en un rincón del jardín, a un cuarto de milla de la casa, obligándole a recluirse allí cuando deseaba practicar. Esto dio lugar a que, a veces, cuando alguna visita, ignorante de estos pequeños detalles, a quien olvidaban hacerle las advertencias del caso, salía a pasear por el jardín, le ocurrieran desagradables incidentes. Si se trataba de una persona de gran vigor mental, sólo acostumbraban a darle ataques, pero si por desgracia era una persona corriente, entonces se hundía, irremisiblemente, en los negros abismos de la demencia.

Hay que confesarlo: existe algo tan sumamente desgarrador en los primeros pasos de un enamorado de las gaitas (y esto yo mismo lo he experimentado al escuchar a mi joven amigo). Indudablemente debe de ser un instrumento difícil de manejar, pues hay que proveerse de aliento suficiente para toda la canción; al menos esta impresión es la que me llevé al contemplar al joven Jefferson. El muchacho comenzaba soberbiamente bien, con una nota bárbara, llena de coraje, arrebatadora, mas luego se “deshinchaba” y seguía cada vez más quedo, y en la última frase sólo se oía una especie de balbuceo entrecortado y unos suaves silbidos.

Se debe gozar de muy buena salud para tocar la gaita. Jefferson sólo aprendió una canción; sin embargo, jamás he oído queja alguna sobre lo restringido de su repertorio. Esta canción era “The Campbells are coming, hoo eay”, al menos él lo decía, aunque su padre pretendía que era “The blue bells of Scotland”. En realidad, nadie sabía exactamente lo que era, mas estaban de acuerdo en que tenía un sabor escocés. A los desconocidos se les concedían tres audiciones para dilucidar sobre su verdadero nombre y... ¡cada vez daban un título diferente!

Después de cenar no sé lo que le pasó a Harris que estaba sencillamente insoportable. Creo que el guisado irlandés le sentó mal; no está acostumbrado a tales refinamientos; así es que Jorge y yo le dejamos en la barca y nos fuimos a dar una vuelta por Henley. Nos dijo que fumaría una pipa, se remojaría la garganta con un poco de whisky y dispondría todo para dormir, que cuando volviésemos diésemos voces para que viniera en nuestra busca.

— No te duermas, muchacho... – le recomendamos al irnos.

— No me dormiré... mientras este guisote y yo estemos juntos... – gruñó Harris al disponerse a regresar a la isla.

En Henley se estaban haciendo los preparativos para las regatas y la ciudad hallábase atestada de forasteros; encontramos una serie de alegres y buenos amigos y en su compañía se nos pasó el tiempo sin darnos cuenta, hasta el punto de que cuando nos dispusimos a volver “a casita”, como cariñosamente calificábamos nuestra barca, eran las once de la noche.

Era una noche oscura y fría, con una lluvia menuda que caía incesantemente, y mientras cruzábamos los oscuros caminos, llenos de siniestro silencio, hablándonos en voz baja, preguntándonos si íbamos bien, pensábamos en nuestra confortable barquita, en su clara luz que atravesaba el protector toldo, en Harris y Montmorency, con la botella de whisky, y hubiéramos dado cualquier cosa por encontrarnos allí; deseábamos llegar, necesitábamos llegar, y, fatigados y hambrientos, nuestro cerebro no cesaba de presentarnos en encendidas imágenes los contornos del río, las confusas formas de los árboles y, entre las sombras de la noche, cual gigantesco gusano, nuestra barca, tan alegre, tan cálida, tan comfortable.

Imaginábamos la cena – nada de carne fría... – con muchas barritas de pan tierno; nos parecía oír el alegre sonido de nuestros cuchillos, las risueñas voces que llenaban la barca y despertaban los ecos de la noche... y nos apresurábamos para que ese sueño fuese realidad.

Finalmente dimos con el sendero que llevaba al embarcadero y eso nos llenó de alegría, porque antes de encontrarlo no sabíamos si íbamos hacia el río o caminábamos en dirección opuesta, y cuando se está cansado y con ganas de ir a dormir estas incertidumbres son algo de espanto... Pasamos por Shiplake cuando tocaban las doce menos cuarto de la noche.

— Oye – preguntó Jorge preocupado – ¿te acuerdas de cuál de las islas es la nuestra?

— No – contesté, sintiéndome a mi vez preocupado – No me acuerdo ¿Cuántas hay?

— Cuatro – repuso Jorge – Todo irá bien si Harris está despierto...



— ¿Y si duerme?... – pregunté interesado, pero enseguida abandonamos este turbador pensamiento.

Al llegar a la primera isla prorrumpimos en fuertes voces, que no obtuvieron respuesta alguna; pasamos a la segunda, repitiendo el mismo procedimiento, mas el resultado fue idéntico al de la primera.

— Oh... ahora me acuerdo – dijo Jorge – Es la tercera isla.

Y corrimos, llenos de esperanza, hacia la tercera isla, gritando con toda la fuerza de nuestros pulmones, sin lograr, tampoco, resultado alguno. Las cosas se ponían serias, era más de media noche, los hoteles de Shiplake y Henley estarían abarrotados de gente y no podíamos ir de puerta en puerta buscando cobijo.

— Tu verás lo que se te ocurre, chico – exclamó Jorge muy serio – a mí me parece que lo mejor es agredir a un policía, así pasaríamos la noche en la delegación.

— No es mala idea... aunque yo veo un inconveniente... suponte que opte por devolvernos los golpes sin detenernos...

No podíamos pasar la noche peleándonos con la policía, máxime cuando nuestros deseos no eran los de ultrajar a la fuerza pública sino los de lograr un techo y un colchón sin necesidad de hacer oposiciones a una condena de seis meses “por agresión a los representantes de la ley”; así es que abandonamos esta sugerencia por inútil.

Intentamos reconocer lo que debía ser la cuarta isla, mas no tuvimos éxito; la lluvia caía intensamente y por lo visto se había propuesto continuar a ese tren toda la noche; estábamos calados hasta los huesos, helados y moralmente deshechos; nos preguntábamos si es que de veras había cuatro islas o si es que estábamos a cientos de kilómetros de distancia del río, o si habíamos cambiado de orilla; ¡todo tenía un aspecto tan extraño e inhospitalario! En esos trágicos instantes comprendimos cuánto debió de sufrir Pulgarcito cuando se perdió en el bosque... ¡pobrecillo!

Si embargo, en el momento en que habíamos abandonado toda esperanza – ya sé que este es siempre el momento en que las novelas y los cuentos llegan a su punto culminante, pero no puedo evitarlo; al empezar este libro he decidido ser estrictamente veraz y debo ceñirme a este propósito a pesar del uso de las locuciones conversacionales necesarias para expresar lo ocurrido – si, en el momento en que habíamos abandonado toda esperanza – ¡así fue y así debo decirlo! – distinguí a lo lejos una extraña luz, sobrenatural, movediza, brillando entre los árboles de la orilla opuesta.

Por un instante creí que fuese el resplandor de seres del más allá, – era tan

sombrío y siniestro – pero enseguida se me ocurrió que debía ser nuestra barca y lancé un grito tal que la noche debió estremecerse sobresaltada en su oscuro lecho. Esperamos un minuto, sin atrevernos ni a respirar y luego – ¡oh infinita melodía del silencio! – oímos el ladrido de Montmorency. Volvimos a gritar – y lo hicimos con las suficientes fuerzas para despertar a los Siete Durmientes (nunca he comprendido porque hay que hacer más ruido para despertar a siete durmientes que para uno sólo) – y al cabo de lo que nos pareció una hora, que en realidad debieron ser cinco minutos, vimos el bote iluminado deslizándose dulcemente sobre las plácidas aguas y oímos la soñolienta voz de Harris preguntando donde estábamos.

Había algo extraño en torno a Harris, algo más que un cansancio ordinario. Llevó la barca a una parte de la orilla donde nos era imposible saltar a la embarcación y enseguida se puso a dormir. Tuvimos que gritar mucho para despertarle, aunque al fin lo conseguimos y pudimos subir a bordo felizmente.

En su rostro aparecía una triste expresión, algo semejante a la del hombre que ha sufrido un grave trastorno.

— ¿Te ha ocurrido algo, muchacho? – inquirimos solícitamente.

— Cisnes... – fue la lacónica respuesta.

Parecía ser que habíamos anclado muy cerca de un nido de cisnes y poco después de nuestra partida, la hembra hizo su aparición, indignándose por nuestra indeseable presencia. Harris la espantó y ella fuese en busca de su macho.

— Tuve que librar una verdadera batalla con esos cisnes – agregó Harris sombríamente – finalmente el valor y la inteligencia recibieron la recompensa. Pero media hora después la pareja regresó acompañada por dieciocho cisnes... No os podéis imaginar lo horroroso que fue... Los cisnes hicieron lo posible para sacarnos de la barca a Montmorency y a mí y ahogarnos cruelmente. Horas y horas estuve luchando hasta dispersar a la banda de perversos animales, que fueron a morir lejos, muy lejos...

— ¿Cuántos cisnes te atacaron?...

— Treinta y dos – murmuró Harris medio dormido.

— ¡Si acabas de decir dieciocho!... – dijo Jorge.

— No puede ser – gruñó Harris – ¿O es que no sé contar?

Lo que hay de verdad en esta historia de los cisnes nunca lo hemos podido averiguar; a la mañana siguiente volvimos a interrogarle y nos contestó muy indignado:

— ¿Cisnes?... Me parece que estáis soñando...

\*\*

¡Que delicioso es hallarse a bordo después de las angustias pasadas! Hicimos una substanciosa cena; Jorge y yo hubiéramos deseado unos grogs de whisky bien calentitos, pero como el licor había desaparecido tuvimos que prescindir de ellos. Interrogamos a Harris sobre el particular, mas nuestro amigo parecía no saber a qué nos referíamos, ni que líquido respondía a semejante denominación; Montmorency tenía el aspecto de saber algo; pero, eminentemente discreto, guardó un silencio sepulcral.

Aquella noche dormí bien, aunque hubiese dormido mejor si no llega a ser por Harris; recuerdo vagamente que me despertó más de diez veces; iba arriba y debajo de la barca, con una linterna, buscando sus pantalones. Toda la noche estuvo preocupado por su indumentaria; dos veces nos sacudió a Jorge y a mí para ver si dormíamos encima de sus pantalones; la segunda vez Jorge se irguió furioso:

— ¿Para qué diantres quieres tus pantalones a media noche? – preguntó airado – ¿Por qué no te echas y duermes?...

La vez siguiente que desperté vi a Harris muy preocupado porque no encontraba sus calcetines, y mis últimos vagos recuerdos son de haber sido empujado hacia un lado mientras Harris murmuraba:

— ¿Dónde puedo haber metido el paraguas?

## CAPITULO 15

Los quehaceres domésticos. –Amor al trabajo. –El viejo marinero del río; lo que hace y lo que dice. –Escepticismo de la nueva generación. –Recuerdos de las primeras tentativas. –Una balsa. –Jorge practica de acuerdo con las normas clásicas. –El viejo barquero y su sistema. –Tan dulce, tan sereno. –El principiante. –Un triste incidente. –Placeres de la amistad. –Mi primera experiencia de ir a la vela. –Posible motivo por el cual no nos ahogamos.

A la mañana siguiente nos levantamos temprano y, para satisfacer un vivísimo deseo que embargaba a Harris, preparamos un sencillo desayuno, sin dulces. Inmediatamente después procedimos al lavado de la vajilla y arreglamos nuestra casa flotante, (este trabajo continuo comenzaba a hacerme ver claro en una cuestión que me había planteado frecuentemente, a saber: en que puede pasar su tiempo una mujer cuyos brazos tienen la tarea de cuidar una sola casa), y a eso de las diez salimos a emprender lo que habíamos decidido que sería una deliciosa jornada. Nuestro parecer era remar para cambiar el remolque y así lo comunicamos a Harris, quien respondió:

— La mejor combinación será que vosotros dos llevéis los remos y yo me encargue del timón...

Francamente, he de confesar que esta idea no me satisfizo, y así se lo hice comprender:

— Jamás se me hubiese ocurrido que te “arrancases” con una cosa así... Creo que lo más natural hubiese sido decir que tú y Jorge trabajaríais y a mí me dejaríais reposar un poco... Me parece que estoy haciendo más de lo que me toca y ya es hora de poner los puntos sobre las íes...

No sé por qué será, pero siempre tengo el convencimiento de que trabajo más de lo debido; no es que me opongá a trabajar, nada de eso, me encanta, me entusiasma ocuparme en algo; hasta puedo permanecer sentado horas y horas pensando en estos placeres; me gusta tener el trabajo muy cerca de mí y la sola idea de separarme de una tarea me llena de congoja. Nunca podrán darme demasiado trabajo; acumularlo en grandes cantidades es casi una obsesión; mi despacho está tan lleno que no queda una pulgada de espacio libre; pronto no tendré más remedio que engrandecer la casa. Y conste que soy extremadamente cuidadoso; tengo asuntos que voy conservando amorosamente años y años y nunca les he puesto un dedo encima; siento gran orgullo hacia mi trabajo; de vez en cuando arreglo mis papeles, quitándoles el polvo amorosamente. ¡No hay quien conserve el trabajo mejor que yo; no, señor, no hay nadie! De todas maneras, a pesar de lo que me entusiasma trabajar, poseo un enorme sentido de la equidad que me hace no pedir más de lo que en justicia me corresponde por derecho propio, y no puedo tolerar que se me dé más de lo que deseo; en esta ocasión me dieron más de lo que pedía – al menos las apariencias eran así – y esto me fastidió.

— Oye, muchacho, te aconsejo que no te preocupes sobre este particular – dijo Jorge – Tienes un espíritu demasiado escrupuloso que te hace creer que tus esfuerzos son desmesurados y que rindes más que los demás... Por cierto que sólo trabajas la mitad de lo que nosotros trabajamos...

Aunque todo esto es muy bonito, estoy convencido que lo decía para consolarme.

Me he dado cuenta que cuando se va en barca la obsesión de cada miembro de la tripulación es pensar que sólo él trabaja. Harris estaba convencido de que era el único que desplegaba verdadera actividad y que Jorge y yo nos pasábamos el día en plan turista; por otra parte, Jorge estaba seguro de que Harris no hacía más que comer y dormir y tenía la certeza absoluta – más firme que una plancha de hierro – de que lo teníamos sacrificado, convertido en el esclavo de a bordo.

— Nunca he ido de excursión con un par de gandules como vosotros... –

fueron sus últimas y contundentes palabras.

Esto hizo reír a Harris, que exclamó:

— ¡Que divertido!... el viejo Jorge hablando de trabajar – y las carcajadas casi no le dejaban proseguir – ¡Si a la media hora de mover un dedo está reventado!... ¿Le has visto ocuparse en algo? – preguntó volviéndose hacia mí.

— Francamente, nunca, por lo menos desde que salimos de Londres.

— Pues no sé cómo puedes haberte enterado – vociferó Jorge mirando a Harris – porque has estado dormido casi todo el tiempo... Oye tú – gritó dirigiéndose a mí – ¿has visto a Harris bien despierto como no sea a las horas de las comidas?

La verdad me obligaba a ponerme al lado de Jorge, pues Harris no había prestado gran ayuda.

— Bueno... conformes... ¡pero siempre he hecho más que tú! – asintió mirándome insolentemente.

— Hombre... ¡es que tampoco podías haber hecho menos! – dijo Jorge.

— Supongo que Jerome cree llevar billete de lujo – remachó Harris.

Y todo esto es el agradecimiento que me demostraron por haberles llevado a ellos y su destartalada barca desde Kingston y haberles atendido amorosamente, reduciéndome a la más vil de las esclavitudes... ¡Así es la vida!

Finalmente, solventamos este punto diciendo que Harris y Jorge remarían hasta pasado Reading y después me encargaría de remolcar la barca. Remar contra la corriente no es una cosa que hoy tenga grandes atractivos para mí; en otro tiempo podía ser encargado de las tareas más pesadas, ahora prefiero ceder las oportunidades a la juventud.

Me he dado cuenta de que casi todos los viejos marineros se hacen atrás cuando es necesario trabajar de firme, y son fácilmente reconocibles; cuando vean un individuo de cierta edad, perezosamente recostado entre los almohadones del fondo de un bote, animando a los remeros con las narraciones fantásticas de sus hazañas, realizadas “el último verano”, seguro que es un “pirata fluvial”.

— A cualquier cosa llaman ustedes trabajar – gruñe entre bocanadas de espeso humo, contemplando a los dos sudorosos novatos que han estado remando contra la corriente hace más de hora y media – Les voy a contar algo que si se puede llamar trabajar – hace una pausa para soplar las cenizas de su pipa – el último verano, Jim, Bigles, Juan y yo fuimos de Marlow a Goring sin pararnos ni un segundo; ¿te acuerdas, Juan?

Juan, que con todos los abrigo y mantas se ha confeccionado un diván a

proa y ha estado durmiendo durante las últimas horas, al ser requerido su testimonio, se despierta parcialmente, hace esfuerzos de memoria y acaba recordando que aquel día “soplaba un viento contrario, sencillamente horroroso”.

— Llevábamos una velocidad de treinta y cuatro millas, por lo menos – dice el primero cogiendo otro almohadón y poniéndoselo debajo de la cabeza.

— No, no, no exageres, Tom – murmura Juan, amonestándole – eran treinta y tres millas.

Y Juan y Tom, fatigadísimos por el esfuerzo, vuelven a reanudar su sueñecito. Y los incautos jovenzuelos que van a los remos, se sienten orgullosos de conducir a unos remeros tan imponentes y reman con mayor energía.

Cuando era joven acostumbraba a creer esta clase de historias que los mayores nos explicaban y las creía a pies juntillas, pero esta nueva generación carece de la fe de antaño. Nosotros, Jorge, Harris y yo, llevamos cierta vez a un novato a quien “servimos” las acostumbradas narraciones de las cosas maravillosas que habíamos realizado.

Primero le explicamos las historias corrientes, seculares mientras que han sido usadas por todos los remeros del río, luego añadimos siete historias originales, inventadas para nuestro uso particular incluyendo una bastante verosímil, basada, hasta cierto punto, en una aventura sucedida a un amigo nuestro, una historia que cualquier niño hubiese creído sin desprestigiarse lo más mínimo. Y aquel jovenzuelo imberbe se reía de todo, pretendiendo que repitiésemos aquellas hazañas, y estaba dispuesto a jugar diez contra uno a que no lo hacíamos...

\*\*

Aquella mañana la dedicamos a charlar sobre nuestras experiencias “remísticas” y a recordar nuestros primeros pasos en el bello arte del remo. Por mi parte, el recuerdo más antiguo que poseo es el de una multa pagada entre cinco compañeros por haber llevado al lago de Regent Park una barca de curiosa construcción que dio como resultado nuestra estancia en la caseta del guarda el tiempo necesario para que se nos secase la ropa.

A raíz de esto, adquirí un enorme entusiasmo por el agua y llevé a cabo una especie de aprendizaje en diversos campos de las fábricas de ladrillos; estos ejercicios poseen mayor interés y emoción cuando uno se encuentra en un depósito de agua y el propietario de los materiales utilizados en la confección de la balsa aparece súbitamente en la orilla enarbolando, con aires poco afectuosos, una enorme estaca.

La primera sensación que uno experimenta es no sentir deseos de verle, y si pudiera evitar cruzar unas palabras con él, sin por ello cometer ninguna descortesía, sería completamente feliz; de ahí que los esfuerzos vayan encaminados a desembarcar en el lado opuesto del depósito y marchar a casa rápida y silenciosamente, pretendiendo no haberse dado cuenta de su presencia; no obstante, los deseos del inesperado e indeseable visitante son los de darle un apretón de manos y cruzar expresivas frases. Parece ser que conoce a su padre y es gran amigo suyo; sin embargo, esto no resulta muy interesante y uno persiste en sus propósitos de desembarque; dice que le va a enseñar a coger sus tablonos para construir balsas, pero puesto que uno ya lo sabe hacer por sí solo, el ofrecimiento, aunque indudablemente bondadoso, parece superfluo y no se quiere, de ninguna manera, molestarle aceptando lo propuesta.

A pesar de la evidente falta de interés hacia su persona, rayana en la incorrección, él continua deseoso de hablarle de cerca, y la energía con que recorre las orillas del depósito, esperando el momento de su desembarque, es más halagadora. Si pertenece a la categoría de hombres de poca estatura y escasa capacidad pulmonar, entonces es posible esquivar el encuentro, mas si es joven y de largas piernas, todos los intentos de evasiva son completamente inútiles; nada en el mundo logrará librarle de sus garras.

De todas maneras hay que confesar que la entrevista es muy breve, la mayor parte de su conversación va a su cargo, uno se limita a exclamaciones y monosílabos y tan pronto como puede escabullirse lo hace con la mayor rapidez.

Durante tres meses me dediqué a este deporte favorito, y habiendo conseguido dominarlo, decidí remar de verdad y me hice socio de uno de los club de Lead. Salir con un bote en el río, especialmente los sábados por la tarde, es la mayor práctica que se puede desear; rápidamente se aprende a patronear una embarcación, a evitar los abordajes y hundimientos; también concede innumerables oportunidades para adquirir la más rápida y elegante forma de tenderse en el fondo del mar y esquivar las cuerdas de los remolcadores.

Pero esto no da estilo; hasta que vine al Támesis no logré hacerme con verdadero estilo; por cierto que en la actualidad la elegancia con que remo es muy admirada, la gente suele decir que es tan original.

Jorge nunca se aproximó al agua hasta que tuvo dieciséis primaveras; entonces él y ocho caballeros de su edad cierto domingo se dirigieron a Kew con la idea de ir en bote a Richmond y regresar. Uno de la pandilla, jovenzuelo de enorme cabezota que una o dos veces paseara en barca por Hyde Park, dijo que no existía nada más divertido que las delicias del agua.

Al llegar al embarcadero, la marea se retiraba presurosa y una fuerte brisa soplaba sobre el río; mas esto no les preocupó lo más mínimo; todo su interés se hallaba en escoger un bote. Junto al muelle había una canoa de regatas, de ocho remeros, que les llenó de entusiasmo, y manifestaron que eso era lo que justamente deseaban. El batelero no estaba y su hijo intentó disuadirles, enseñándoles dos o tres botes de tipo familiar, altamente confortables; pero esos no les gustaban; querían la canoa y la querían a toda costa. ¡Menudo aspecto iban a tener los ocho allí dentro!

Al hijo del batelero no les cupo más remedio que acceder a sus deseos y les alquiló el bote; los ocho muchachos se quitaron las chaquetas, preparándose a acomodarse en sus bancos. El futuro marinero sugirió que Jorge, que ya entonces era el más grueso de la pandilla, ocupara el cuarto lugar. Jorge dijo que estaba encantado de semejante cosa y se dirigió hacia proa, sentándose de espaldas a popa; finalmente pudieron llevarle a su verdadero sitio y los demás se acomodaron.

Como patrón escogieron a un mozuelo tremendamente nervioso al que Joskins explicó las reglas del patronaje; Joskins tomó el puesto de capitán y dijo a los demás que lo único que debían hacer era seguirle en todo, y cuando estuvieron a punto, el hijo del batelero cogió un garfio empujándolos al centro de la corriente.

Lo que siguió a esto Jorge no puede describirlo detalladamente; tiene la vaga idea de que apenas iniciaron la marcha recibió un violento golpe en la espalda, proviniendo del puño del remo número 5, al mismo tiempo que su asiento desaparecía como por arte de magia, dejándolo sentado en el santo y duro suelo; también observó, como incidente curioso, que el número 2 caía de espaldas agitando las piernas vigorosamente, (seguramente fue víctima de algún inesperado ataque...)

Pasaron debajo del puente de Kew a una velocidad extraordinaria y... sólo uno remaba. Jorge, al recuperar su asiento, trató de ayudarlo, pero al hundir sus remos en el agua, estos se hundieron casi arrastrándole en su veloz inmersión.

Y entonces el timonel, estallando en ruidosos sollozos, dejó caer las cuerdas del timón sobre la borda.

Jorge tampoco sabe explicar cómo regresaron, si bien esta operación sólo les costó cuarenta minutos; un enorme gentío les seguía con la vista, interesándose en sus esfuerzos y dándoles buenos consejos; tres veces lograron llevar el bote debajo del puente y las tres veces retrocedieron, y cada vez que el timonel veía el puente encima de sus cabezas prorrumpía en nuevos y más dolientes sollozos.



Nuestro amigo terminó su interesante narración diciendo que si en aquellos instantes le dicen que el remo se iba a convertir en su deporte favorito, no lo hubiese creído.

Harris está más acostumbrado a remar en el mar que en el río y dice que como ejercicio es mejor lo primero; yo no comparto en modo alguno su opinión. Recuerdo que el último verano alquilé un botecito en Eatsbourne, pues años atrás había remado mucho en el mar y pensaba que todo iría bien, pero resultó que había olvidado hasta los rudimentos de este deporte. Cuando un remo estaba hundido en las azules aguas el otro cruzaba el espacio, y para poder tomar igual cantidad de agua con los dos debía ponerme de pie... El malecón estaba atestado de gente distinguida y tenía que exhibirme en esa ridícula posición. De pronto se me ocurrió una idea salvadora: apenas llegué al centro de la playa fui en busca de un viejo marinero para que patroneara mi embarcación, así mi amor propio – y mi seguridad – quedaron a salvo.

No hay nada que me guste más que contemplar a un anciano barquero, especialmente si ha sido contratado por horas. Existe algo tan bello y sereno en el menor de sus movimientos, se halla tan lejos de la precipitación y de la actitud febril y descompasada que es la imagen de la vida moderna... No se preocupa por pasar a los demás, si otra embarcación le pasa delante no se inmuta (por cierto que todas las que llevan su mismo rumbo así lo hacen). Esto irritaría y molestaría a cualquiera, sería motivo de un exagerado uso de soeces palabras; no obstante, la sublime ecuanimidad del viejo remero en prueba tan dura da una hermosa lección sobre la manera de oponerse a la ambición y a la soberbia.

Remar sencillamente, digamos un remar como sea con tal de que el bote avance, no es difícil, pero se necesita mucha práctica antes de que un hombre se sienta tranquilo cuando pasa a bordo de un esquife ante bellísimas muchachas. El “compás” es lo que molesta más al novato.

— ¡Si que es extraño!... – balbucea separando sus remos, por vigésima vez, de los del compañero – cuando estoy solo va muy bien...

Ver a dos novatos tratando de guardar el compás es algo cómico. Bow encuentra imposible mantener el ritmo porque “el modo de remar de Stroke es horrendo” y este se indigna y explica que lo que ha estado haciendo durante los últimos diez minutos es tratar de adaptarse a la limitada capacidad de Bow, quien se siente ofendido y ruega a Stroke que en lugar de ocuparse en pensamientos demasiado profundos para su cerebro, se dedique a remar razonablemente.

— Si cambiásemos de lugar... – sugiere, convencido de que esto lo arreglará todo.

Durante un centenar de metros reman regularmente; de pronto Stroke adivina el motivo de las dificultades:

— ¡Ya sé lo que pasa!... tú tienes mis remos...

— Hombre, es verdad... Ya me extrañaba no poder manejarlos – responde Bow muy contento – Ahora iremos bien...

No obstante, no es así; ni siquiera logran ir bien después del cambio; Stroke tiene que extender los brazos, a riesgo de dislocarse las articulaciones, para llegar a los remos, mientras que el par de remos de Bow le golpea el pecho a cada brazada; hacen otro cambio y, finalmente, llegan a la conclusión de que el patrón les ha suministrado unos remos deficientes, le dedican una serie de enérgicas imprecaciones y acaban más fraternalmente unidos que nunca.

\*\*

Jorge nos dijo que para cambiar de modalidad, quería inclinarse al arte de la pértiga; sin embargo, esto no es tan sencillo como parece. Tal como sucede con el remo, pronto se aprende a conducir la batea, pero hace falta mucho tiempo de práctica antes de poder maniobrar con seguridad sin transportar toda el agua del río al cuerpo de uno.

Cierto muchacho amigo mío sufrió un triste accidente la primera vez que utilizó este sistema; todo le había ido divinamente bien, se sentía lleno de osadía y caminaba arriba y debajo de la batea manejando su pértiga con tal desenvoltura que resultaba fascinante contemplarlo. ¡Más que fascinante, soberbio! Todo hubiese ido divinamente bien si, desgraciadamente, mientras contemplaba el paisaje no diera un paso atrás y saltara de la barca; la pértiga se había hundido en el río y el muchacho quedó colgado en posición poco digna; un golfillo que se hallaba en la orilla gritó a un amigo que se aproximaba lentamente:

— Tu... corre... ven a ver a un mono colgado de un palo...

A mí me era imposible ayudarle, pues no habíamos tomado la precaución de llevarnos una pértiga suplementaria. La expresión de su rostro mientras se hundía su punto de apoyo es algo que jamás olvidaré. ¡Era tan triste y siniestro a la par! Le vi hundirse suavemente en el agua y salir chorreando agua, y no pude contener la risa...

Estuve riéndome un buen rato hasta que súbitamente recordé que tenía pocos motivos para la hilaridad; ¿acaso no me encontraba dentro de una batea, solo y sin pértiga, flotando a la deriva? Comencé a indignarme contra mi compañero que desembarcara tan desconsideradamente; por lo menos podía haberme dejado la pértiga. La corriente me arrastró más de media milla, hasta

que divisé una balsa, anclada en el centro del río, donde se hallaban dos viejos pescadores. Apenas me vieron empezaron a gritarme alarmados:

— ¡Apártese...! ¡Apártese!...

— ¡Imposible!... – contesté desesperado.

— Inténtelo en vez de no hacer nada... – replicaron airados

Y cuando estuve bastante cerca para entablar diálogo les expliqué lo que me ocurría, me echaron un largo palo y así pude salvarme de perecer ahogado, pues a menos de cincuenta metros asomaban los primeros escollos donde, sin el menor género de duda, hubiese ido a parar sin su providencial ayuda.

La primera vez que manejé la pértiga fue en compañía de tres amigos que iban a enseñarme como se hacía, y como era imposible que todos practicásemos a la vez, dije que iría a buscar la barca y que me entretendría remando hasta que llegaran.

Aquella tarde no fue posible alquilar ninguna pértiga, pues todas estaban comprometidas, así es que me senté en la orilla a contemplar el río mientras esperaba a mis amigos. Al cabo de poco rato, me llamó la atención un muchacho, quien, con enorme sorpresa mía, llevaba una chaqueta y una gorra idénticas a las mías, evidentemente novato en el arte de la pértiga, cuyas evoluciones me resultaron sumamente interesantes. No se sabía que ocurría cuando hundía la pértiga en el agua – y él tampoco lo sabía... – Tan pronto impulsaba hacia el norte como al sur; en otras ocasiones se limitaba a dar vueltas en torno a la pértiga, y cada vez su rostro expresaba la misma sorprendida indignación por el resultado de sus maniobras.

La gente empezó a arremolinarse, y se cruzaron apuestas sobre su próxima maniobra; mis amigos llegaron entretanto y se pararon a mirarle; como estaba de espaldas, sólo veían la chaqueta y la gorra, lo que les sirvió para llegar a la conclusión de que era yo, su bien amado compañero, que exhibía mi talento, y su alegría no tuvo límites. Se metieron despiadadamente con él; de momento no di importancia a su equivocación. “Exageran un poco... – pensé – eso de tomarse tanta libertad con un desconocido...”, pero antes de llamarles para afearles su conducta me hice cargo de lo que sucedía y me escondí detrás de un árbol. ¡Cómo se divirtieron ridiculizando a aquel pobre muchacho!

Durante más de cinco minutos le prodigaron toda clase de bromas, escarnios, burlas sin nombre – antiguas, modernas y hasta se inventaron unas cuantas calificaciones que no había oído en mi vida – Le soltaron todos los chistes reservados al uso exclusivo de nuestra peña – y que al infeliz debieron de resultar incomprensibles – hasta que harto de sus brutales ironías se volvió hacia ellos... Me complació observar que aún les quedaba la suficiente decencia para sofocarse avergonzados; le presentaron todo género de

disculpas, diciéndole que se habían confundido, tomándole por un amigo particular, y que le rogaban no creyera que fuesen capaces de insultar así a nadie que no fuese muy íntimo.

Claro está que el haberse confundido les disculpaba ampliamente. Esto me hace recordar – observarán que paso la vida recordando – algo que Harris me contó relativo a una experiencia que le sucedió en Boulogne. Nadaba pacíficamente en las cercanías de la playa, cuando se sintió repentinamente hundido por unos brazos gigantescos. Luchó violentamente; mas como por lo visto se hallaba en poder de un ser sobrenatural, sus esfuerzos no le sirvieron de nada; se cansó de pegar patadas y puñetazos y ya sus pensamientos se remontaban hacia elevadas regiones cuando su agresor le dejó en libertad, y al mirar en torno suyo descubrió a su martirizador que reía a grandes carcajadas, que se cortaron súbitamente al distinguir el congestionado rostro que emergía del agua; retrocedió unos pasos seriamente preocupado y tartamudeó confusamente:

— Caballero..., le ruego que me perdone... le confundí con un amigo mío...

Harris pensó que estuvo de suerte en que le confundiera con un amigo; si no llega a ser así... ¡lo ahoga sin compasión!

\*\*

Navegar a la vela es algo que requiere ciencia y práctica; ahora que, cuando era pequeño, no lo creía. Tenía la idea de que era tan natural como jugar a pelota, y como tenía un amiguito que compartía esta misma opinión, decidimos probar este deporte – por cierto que el día que se nos ocurrió esta demostración deportiva soplaba un fuerte viento capaz de tumbar al balandro más bien dispuesto – Estábamos pasando una temporada en Yarmouth y decidimos ir a Yare, a cuyo efecto alquilamos un bote de vela.

— Hace mal día – dijo el marinero que nos alquiló la embarcación – vale más que ricen y orcen rápidamente cuando tengan que virar.

Le aseguramos que seguiríamos sus consejos al pie de la letra y, despidiéndonos con un alegre “buenos días”, nos preguntábamos como se “orzaba” y cuando era el momento de “rizar” y que debíamos hacer una vez realizadas ambas operaciones.

Remamos hasta perder de vista la ciudad, y teniendo ante nosotros una gran extensión de agua sobre la cual soplaba un huracanado viento, pensamos que había llegado el momento de comenzar nuestra tarea.

Héctor – me parece que así se llamaba mi amiguito – continuó remando y yo procedí a desenrollar la vela, complicada operación que me costó bastante.

En cuanto la tuvimos lista, nos asaltó otro interrogante: ¿dónde estaba la

punta? Suerte que llevados por una especie de instinto natural decidimos que lo de abajo era lo de arriba y la colocamos – naturalmente que al revés... – y pasó mucho rato antes de que ondeara al viento. La vela tenía el convencimiento de que jugábamos a funerales, que yo era el cadáver y ella el blanco sudario, y cuando se dio cuenta que no teníamos ganas de jugar, se enfadó tanto que me golpeó un buen rato.

— Mójala... – dijo Héctor – extiéndela sobre la borda y mójala bien. Los marineros lo hacen así...

Seguí su consejo, más la situación empeoró. Una vela seca que se enrede en torno a la cabeza o los pies de uno, no resulta muy agradable, pero si la vela está chorreando, entonces es horroroso. Finalmente, y gracias a nuestros esfuerzos aliados, pudimos colocarla (claro está que un espíritu algo crítico podía haber pretendido que no estaba muy recta, sino bastante torcida, mas eso, comparado con las guerras púnicas, no tiene importancia), atándola al mástil con la cuerda del ancla que cortamos a ese efecto.

Que el bote no se hundió es una cosa que me limito a hacer notar, simple y sinceramente, como hecho positivo; ¿el porqué?, eso sí que no lo puedo decir. Desde entonces he pensado a menudo sobre esto sin lograr una satisfactoria explicación del fenómeno; posiblemente llegamos a este agradable resultado por la natural contradicción de todas las cosas de este mundo. A lo mejor el bote llegó a la conclusión, juzgando nuestra conducta, de que teníamos el propósito de cometer un suicidio mañanero, de ahí que se opusiera terminantemente a tan cruel decisión. Francamente, esto es lo único que se me ocurre como conclusión lógica y verosímil.

Aferrándonos a la borda, como si estuviésemos en trance de muerte, logramos permanecer dentro del bote; sin embargo, la estancia en él resultó muy pesada. Héctor dijo que los piratas y demás gente del mar acostumbraban a atar el timón y maniobraban con la cofia mayor y el foque durante los golpes de mar y que creía que debíamos hacer algo por el estilo, pero mi opinión era no meternos en camisa de once varas, y como esta resultaba más fácil de observar que sus sugerencias, terminamos adoptándola y decidimos ceñir la borda, dándole toda su latitud.

El bote navegó contra la corriente a una velocidad que nunca he navegado, ni pienso navegar, y luego fue a encallarse en un largo banco de lodo que nos salvó la vida. Sorprendidos al ver que podíamos movernos de acuerdo con nuestra voluntad y no ser zarandeados como guisantes en una caja, nos arrastramos hacia proa y bajamos la vela. Estábamos más que hartos de este deporte y no teníamos la menor gana de continuar un juego hacia el cual no experimentábamos interés alguno. Habíamos navegado a la vela, entretenimiento emocionante y completo, y ahora queríamos remar para

cambiar un poco. Tomamos los remos, intentando sacar el bote, pero con tanta desgracia que rompimos uno de los remos; luego cogimos el otro con grandes precauciones, mas como se trataba de un par de indecentes miembros del honrado ramo de los remos, se rompió con más facilidad que el primero, dejándonos sin esperanzas. Ante nosotros, y en una extensión de más de cien yardas, se extendía un lodazal y detrás de nosotros la gran sábana del río... Sólo nos cabía sentarnos a esperar auxilio, y como no era de aquellos días, alegres y luminosos, que invitan a pasear, estuvimos allí, abandonados, más de tres horas antes de que apareciera un viejo pescador que con grandes dificultades nos rescató, remolcándonos hasta el embarcadero.

Aquella nefasta salida nos costó una buena parte de nuestros ahorros, pues entre dar propinas al que nos llevó a tierra firme, pagar los remos y el tiempo de más – estuvimos cuatro horas y media – nos quedamos casi arruinados. Sin embargo, adquirimos experiencia, y dicen que la experiencia, sea cual fuere su precio, siempre es barata.

## CAPITULO 16

Reasing. –Nos remolca una barca a vapor. –Indignante conducta de unos botecitos que entorpecen el paso de las embarcaciones a vapor. –Jorge y Harris se niegan a trabajar. –Una historia bastante vulgar. –Streatley y Goring.

A eso de las once de la mañana, avistamos Reading. El río aquí es triste y sucio y no es cosa de entretenerse en estos parajes. La ciudad data de muchos siglos, poseyendo gran fama, pues su fundación se eleva a los tiempos lejanos del rey Ethelred, cuando los daneses anclaban sus buques de guerra en el Kennet y salían de Reading para destruir Wessex; aquí Ethelred y su hermano Alfred lucharon contra los paganos, Ethelred oraba y Alfred combatía. Años después pareció como si Reading fuese escogido como el lugar más adecuado para refugiarse cuando la situación en Londres no era del todo placentera. Siempre que alguna epidemia azota el país el Parlamento se traslada a Reading. En 1625 los tribunales de justicia también se dirigieron a esa ciudad. (Valdría la pena que hubiese epidemias a menudo para librar a Londres de las gentes de ley y del Parlamento).

Durante la guerra parlamentaria, Reading fue sitiada por el conde de Essex y un cuarto de siglo después el príncipe de Orange derrotó allí mismo a las tropas del rey Jaime. Enrique I se halla enterrado en la abadía de benedictinos que fundó, cuyas ruinas aun pueden ser visitadas, y en esta misma abadía el gran John de Gaunt se casó con lady Blanche.

En la esclusa de Reading encontramos una embarcación a vapor, propiedad de unos buenos amigos, que tuvieron la amabilidad de remolcarnos hasta una milla de Streatley. Ir remolcado es sencillamente delicioso, al menos a mí me gusta más que ir doblado sobre los remos. El viaje hubiera resultado más delicioso si no hubiese sido por una colección de endemoniadas barcas que se ponían delante de nosotros, obligándonos a dar contramarcha o paramos a cada momento a fin de evitar desgracias. El entorpecimiento causado por estas barcas es sumamente molesto; se deberían tomar medidas para evitar su desagradable intromisión. Y como si esto fuera poco, tienen una indescriptible osadía; ya puede uno echar al vuelo las sirenas, hasta casi reventar las máquinas; no por ello se molestan en apartarse. Si me dejasen... de cuando en cuando hundiría una o dos barquitas, sólo para darles una buena y merecida lección.

El río se vuelve encantador desde más arriba de Reading; la línea férrea estropea algo la belleza del panorama al acercarse a Tilehurst, pero desde Mapledurham hasta Streatley es admirable. Un poco más arriba de la esclusa de Mapledurham se pasa ante Hardwicke House, donde Carlos I jugaba a bolos. Los alrededores de Pangbourne, donde se encuentra la deliciosa hostería de “The Swan”, deben ser tan familiares a los visitantes de las exposiciones artísticas como a sus propios habitantes. La lancha de mis amigos nos dejó cerca de la gruta y entonces Harris pretendió que me tocaba remar, cosa que me pareció poco razonable. Por la mañana convinimos que llevaría el bote hasta tres millas más arriba de Reading y ahora nos encontrábamos diez millas más abajo, lo que significaba, sin el menor género de duda, que les tocaba a ellos. Me fue imposible convencerles, y para evitar una penosa discusión tomé los remos.

No hacía más de un minuto que remaba, cuando Jorge observó algo: un bulto negro que flotaba en el agua; se inclinó tocándole con una mano y se apartó vivamente con una exclamación de terror y el rostro lívido. Era el cadáver de una mujer que flotaba sobre el río con rostro suave y sereno. No podía llamársele hermoso, estaba marchito, demasiado delgado y triste para ser bello, mas a pesar de eso era suave y cariñoso; a pesar de su sello de miseria y tristeza, tenía una dulce expresión de infinito descanso, como la que suelen tener los rostros de los enfermos cuando, por fin, los sufrimientos les han abandonado para siempre.

Afortunadamente para nosotros, que no teníamos deseos de vernos por los juzgados, algunos individuos de la orilla también habían visto el cadáver y se hicieron cargo del mismo. Más tarde supimos la historia de esa infeliz, que naturalmente fue la vieja tragedia. Amó y la engañaron – ¡o se engañó a sí misma! – de todas maneras había pecado – algo que todos nosotros hacemos de cuando en cuando – y sus parientes y amigos, escandalizados e indignados,

le cerraron las puertas. Quedó sola para luchar contra el mundo, con la piedra de la vergüenza colgada al cuello, y cada día fue hundiéndose más y más. Durante algún tiempo pudieron mantenerse ella y su niño con los doce chelines semanales que una esclavitud de doce horas diarias le deparaba; pagaba seis chelines para que le cuidaran al pequeñuelo y ella vivía con el resto. Seis chelines semanales no logran mantener cuerpo y alma muy unidos; al sentirse ligados por tan débil lazo, quieren separarse para siempre.

Un día, el dolor y la sombría aridez de su pobre vida surgió ante ella más crudamente que de costumbre, hizo una última llamada a los suyos, pero la voz de la oveja perdida se estrelló contra la fría y despiadada pared de la puritana honorabilidad sin recibir una palabra de consuelo, fue a ver a su hijito, abrazándole estrechamente y besándole tristemente y, después de colocar entre sus manezuelas una humilde caja de bombones, sin traicionar emoción alguna, se despidió para siempre. Con sus últimos chelines sacó billete para Goring. Se hubiera dicho que los más dolorosos pensamientos y los más tristes recuerdos de su vida se habían concentrado en torno a los frondosos bosques y bellos prados de Goring y que gozaba en recordarles – ¡las mujeres gustan, extrañamente, de hundirse el puñal en la herida! – pero quién sabe si también tenía dulces recuerdos de horas doradas pasadas en esos sombreados rincones donde los grandes árboles dejan caer sus ramas. Estuvo paseando por los bosques y por las orillas del río y cuando la tarde cayó y los grises tules del crepúsculo se desplegaron sobre la tierra, alargó sus trémulos brazos al silencioso río, que había conocido sus penas y sus alegrías, y el viejo río la acogió tiernamente, colocando la triste cabeza en su regazo, desvaneciendo sus amargas congojas para siempre. Y... así fue su triste vida; pecó al vivir y pecó al morir. ¡Que Dios la haya perdonado y tenga piedad de su alma y de todos los desgraciados que sufren y pecan!

\*\*

Goring al lado izquierdo y Streatley a la derecha, cada uno en su estilo, son un par de encantadores lugarejos, dignos de pasar en ellos varios días. La inmensa extensión de agua que forma el Támesis en Pangbourne, despierta vehementes deseos de hacerse a la vela bajo los resplandecientes rayos del sol o remar a la suave luz de la luna; toda la campiña está llena de una sin par belleza.

Nos habíamos propuesto seguir hasta Wallingford, pero la bella y sonriente faz del río nos encantó tanto que nos hizo detener más tiempo del que pensábamos; dejamos el bote debajo del puente y nos dirigimos a Streatley, almorzando en “The Bull”, con gran satisfacción de Montmorency.

Parece que antaño las alturas situadas a un lado y a otro del río se reunían en este lugar, cerrando el valle por donde se desliza hoy el Támesis y que este



terminaba entonces por encima de Goring en un vasto lago. Ni combato ni sostengo esta afirmación. Me limito a anotarla.

Streatley es un antiguo lugar, que data, como la mayor parte de las ciudades y pueblos ribereños, de los tiempos británicos y sajones. Si se ha de escoger entre ambos, Goring quizá no sea tan bonito como Steatley, pero es bastante agradable, a su manera, y se halla más cerca del ferrocarril, por si se le ocurre a uno marchar sin pagar la cuenta del hotel.

## CAPITULO 17

Día de colada. –Pescadores y pescados. –Sobre el arte de la pesca. –Un consciente pescador. –Una historia de pesca.

En Streatley nos quedamos dos días e hicimos lavar la ropa. Habíamos intentado hacerlo nosotros mismos en el río, bajo las órdenes de Jorge, y fue un rotundo fracaso. ¿Un rotundo fracaso?, más, mucho más; estaba mejor antes que después. Antes de lavarla estaba muy sucia, tremendamente sucia; no obstante, con un poco de buena voluntad podía llevarse, pero después... bueno, el río entre Reading y Henley estuvo más limpio, pues nuestra ropa acaparó todas las porquerías que flotaban y las acogió amorosamente.

La lavandera de Streatley dijo que se veía obligada a hacernos pagar el triple, pues no había sido un sencillo lavado, sino una especie de “excavaciones sobre superficie blanda” y le pagamos lo que nos pidió sin hacer el menor comentario.

Los alrededores de Streatley y Goring forman un centro pesquero; se puede pescar bien, pues esas aguas abundan en anguilas, gobios, sollos y escarchos. Uno puede estarse todo el día pescando y no pescar nada, pues por más que se esfuerce en colocar cebos apetitosos, los peces no se dejan engañar. No he conocido a nadie que en el alto Támesis haya pescado otra cosa como no sean pececitos de quinto orden, gatos muertos y botas viejas. Sin embargo, hay que confesar, en honor a la verdad, que la guía local de pescadores no detalla lo que se puede pescar, se limita a decir que es un importante centro pesquero, y, por lo que he visto, puedo confirmar esta afirmación. No existe otro lugar en el mundo donde haya mayor cantidad de pesca ni donde se pueda pescar durante más tiempo. Hay aficionados que practican su deporte favorito durante un día, otros un mes, y si usted quiere quedarse pescando un año entero, es muy libre de hacerlo.

La “Guía de pescadores del Támesis” informa que “en esos parajes se encuentran lucios, sollos y percas”, pero está completamente equivocada. Esos

peces pueden pasearse por allí (no existe la menor duda sobre su existencia, pues cuando uno pasea por las orillas sacan la cabeza del agua y abren la boca pidiendo migas de pan y si tomáis un baño bullen a vuestro alrededor de manera irritante), pueden tener su residencia fija, empero es imposible hacerse con ellos mediante un pedacito de gusano en la punta de un gancho o algo parecido. ¡No en sus días!

Reconozco que no soy buen pescador. Durante una época de mi vida di especial atención a este pasatiempo y a mi entender realizaba sensibles progresos; sin embargo, los viejos pescadores me dijeron que nunca sería gran cosa y que valía más que lo dejara; añadían que sostenía bien la caña y parecía poseer la suficiente cantidad de pereza necesaria para este deporte, pero estaban seguros, segurísimos, de que nunca sería pescador, ¡no tenía imaginación! Y como remate de sus afirmaciones, añadían que como poeta o escritor de novelas a peseta la línea o periodista, o algo por el estilo, podría destacar; mas para destacar como pescador del Támesis se requería mayor inventiva.

Mucha gente se halla bajo la impresión de que todo lo necesario para ser un buen pescador es poseer la habilidad de decir muchas mentiras sin por ello alterar el color natural de su rostro. Y esto es un solemne error. La mentira vulgar no sirve para nada; el novato más novato es capaz de endilgar una sarta de embustes de esos, y al pescador experimentado se le conoce por los pequeños detalles; su manera de adornar los hechos, con un ligero matiz de verosimilitud, el aire general de escrupulosa, casi podríamos decir pedante veracidad con que habla de sus hazañas. Cualquiera es capaz de decir: “¡Oh! ayer pesqué quince docenas de percas” y “el lunes pasado pesqué un gobio de dieciocho libras que tenía tres pies de largo”. Esto no es tener arte, es carecer de toda habilidad, pues lo único que se demuestra es valor y nada más. No, un buen pescador se avergonzaría de mentir de esa forma. Su sistema es toda una cátedra.

Llega tranquilamente, con el sombrero bien puesto, se sienta en la butaca más confortable, enciende su pipa y comienza a fumar silenciosamente, deja que los jovenzuelos se jacten de sus hazañas y durante una pausa momentánea se quita la pipa de la boca, diciendo mientras sacude la ceniza:

— El martes por la tarde... sí que tuve suerte... pero... vaya, no vale la pena de contarlo...

— ¿Por qué? – preguntan los demás mordiendo el cebo.

— Pues porque me expongo a que nadie me crea – replica el viejo tranquilamente, sin que en su voz haya la menor inflexión de amargura.

Vuelve a cargar su pipa y pide al tabernero una copa de whisky.

Se produce un silencio, nadie se siente seguro de sí mismo para contradecir al anciano, que prosigue:

— No... – dice pensativamente – es que si alguien me lo contara, tampoco lo creería. Sin embargo, ¡es bien verdad! Toda la tarde estuve sin pescar nada, excepto unas miserables docenas de gubias y unos veinte sollos, y estaba a punto de abandonar mis propósitos, cuando súbitamente sentí que estiraban la caña; lo primero que pensé fue que debía de ser otro pececillo y quise sacarlo, pero, ¡que me ahorquen si podía mover la caña! Estuve más de media hora, ¡media hora, señor mío!, para coger aquel pez. Sus estremecimientos para librarse eran tan fuertes que yo temblaba pensando que la caña se partiría; finalmente pude pescarlo y... ¿saben ustedes que era? ¡Un esturión! ¡Un esturión de cuarenta libras, pescado con caña! Si, es sorprendente... muy sorprendente, pero es verdad... Tabernero, otro whisky...

En cuanto hubo bebido su whisky, nos describió la sorpresa de los espectadores, lo que su esposa dijo y lo que Joe Buggles añadió.

Un día pregunté a un posadero ribereño si no le molestaban las historias de los pescadores.

— ¡Oh... no, señor, y ahora menos que nunca!... Es verdad que al principio me fastidiaban, las encontraba absurdas e inverosímiles; sin embargo, ahora – ríase, si quiere – yo y mi mujer las escuchamos todo el día... Todo es acostumbrarse, señor, todo es acostumbrarse...

En cierta ocasión conocí a un muchacho extremadamente meticuloso que decidió no exagerar sus resultados en más de un veinticinco por ciento.

— Cuando haya cogido cuarenta peces – afirmó convencido – diré que han sido cincuenta, y así sucesivamente. No pienso exagerar más porque mentir es pecado.

Sin embargo, su plan del veinticinco por ciento no tuvo gran éxito, jamás lo pudo utilizar. La mayor cantidad que logró pescar en un día fueron tres unidades y no se puede añadir un veinticinco por ciento a tres, por lo menos en pescado. Entonces, aumentó su porcentaje a un treinta y tres y un tercio, cosa que tampoco era solución aplicable a dos o tres peces, y para simplificar sus cálculos decidió limitarse a doblar las cantidades. Durante un par de meses siguió este procedimiento hasta que lo abandonó descorazonado; nadie le creía cuando decía que sólo doblaba sus resultados, y en consecuencia no conseguía ser objeto de consideración alguna, pues su moderación le dejaba en mal lugar, comparado con los demás pescadores. Cuando había pescado tres pececillos y anunciaba seis, se ponía furioso al oír como uno, del que sabía que tan sólo había sacado uno, iba diciendo que habían sido dos docenas, ¡y de las grandes!

Al fin convino consigo mismo un pacto, que ha cumplido religiosamente, y

fue contar cada pez por diez y comenzar siempre con el número diez. Si no había tenido éxito, anunciaba resultados de diez unidades – con su método, nunca se pescaban menos de diez, esta era la fórmula del secreto – si por una de aquellas casualidades pescaba en realidad un pez, entonces contaba veinte; dos, treinta, tres, cuarenta, y así sucesivamente. Este método, tan sencillo y bien ideado, ha sido muy comentado e incluso se ha llegado a decir que iba a ser puesto en práctica por la honorable corporación de pescadores. Por cierto que el “Comité de pescadores del Támesis” recomendó su adopción – de esto hará un par de años – pero algunos de sus miembros más antiguos se opusieron terminantemente; sólo estaban dispuestos a tomarlo en consideración si se doblaba el número y cada pez era contado por veinte.

Si alguna vez tienen una tarde que perder cerca del río, les aconsejo entrar en una posada ribereña y sentarse en el mostrador; pueden estar seguros de encontrar un par de héroes de la caña que paladeando sus grogs calientes, les contarán suficientes historias de pesca en media hora como para darles una indigestión que les durará un mes entero.

\*\*

Jorge y yo – no sé qué le ha ocurrido a Harris; salió a primera hora de la tarde con rumbo a la barbería, regresó, se limpió los zapatos (en esta operación invirtió más de media hora) y ha vuelto a desaparecer – repito que Jorge y yo, con Montmorency, abandonados a nuestra suerte, fuimos a dar una vuelta por Wallingford (esto fue la segunda tarde) y al regreso nos detuvimos en una posada para descansar, y alguna cosa más.

Entramos en la sala, sentándonos en un destartado diván; no muy lejos de nosotros hallábase un anciano fumando en una larga pipa de barro y, naturalmente, entablamos conversación.

— Que buen día ha hecho, ¿verdad?

— Ayer también hizo buen tiempo – observamos Jorge y yo.

— Y mañana también lo hará – convinimos al unísono.

— Me parece que la cosecha será buena – indicó Jorge con aires de suficiencia.

Después de este cruce de espirituales frases, el anciano – no sé cómo – se enteró de que éramos forasteros y pensábamos marchar a la mañana siguiente; entre tanto, nosotros recorríamos con la vista la vetusta habitación. Nos llamó la atención una antigua vitrina polvorienta, colocada encima de la chimenea, dentro de la cual aparecía una trucha. Ese magnífico ejemplar me fascinó extraordinariamente, sus dimensiones eran gigantescas y he de confesar que a primera vista pensé que se trataba de un bacalao de buena estatura.

— ¡Ah!... – exclamó el anciano siguiendo la dirección de mi mirada – Una buena pieza, ¿eh?

— ¡Soberbia!... – exclamé convencido

— ¿Cuánto debe de pesar? – preguntó Jorge, siempre práctico y positivo.

— Dieciocho libras y seis onzas – dijo el anciano poniéndose de pie y echándose el abrigo sobre los hombros – El día tres del mes próximo hará dieciséis años que lo pesqué en las cercanías del puente... Me dijeron que estaba en el río y me propuse cogerlo, saliéndome con la mía... Creo que peces de estas dimensiones no suelen abundar... Buenos días, señores.

Y salió dejándonos solos y admirados. Después de lo que dijo no podíamos apartar la vista de aquel notable ejemplar, y aun seguíamos mirándolo fijamente cuando un carretero, que se había detenido en la posada, entró con un doble de cerveza en la mano y también dio una mirada a la trucha.

— Una trucha de buenas dimensiones, ¿eh? – exclamó Jorge dirigiéndose hacia él.

— Ya lo puede decir, señor... – y luego de beberse unos sorbos de cerveza, prosiguió – ¿Quizá ustedes no estaban aquí cuando la pescaron?

— No... no tuvimos ese gusto... Somos forasteros.

— ¡Ah... claro... – murmuró el carretero – como iban a saberlo!... Pronto hará cinco años que la pesqué...

— ¡Caramba!... ¿Fue usted? – pregunté interesado.

— Si, señor – repuso el hombre alegremente – La pesqué en las cercanías de la esclusa, mejor dicho, de lo que entonces llamaban esclusa, un viernes por la tarde; y lo más notable es que la pesqué con anzuelo. Había salido en busca de sollos, bien lejos de pensar en truchas, cuando vi a este monstruo colgado en la punta de la caña. ¡Menuda sorpresa tuve!... Y tenía motivos de sorpresa... ¡pesaba veintiséis libras!... Buenas noches, señores, buenas noches.

Cinco minutos después entró un tercer ciudadano que nos describió como la había pescado una mañana, muy tempranito; luego compareció un caballero de cierta edad, corpulento y solemne, que se sentó cerca de la ventana. Hubo un silencio hasta que Jorge se dirigió al recién llegado:

— Usted perdone la libertad que nosotros, unos perfectos desconocidos, vamos a tomarnos, pero le agradeceríamos tuviese la bondad de decirnos como pescó esa trucha.

— ¡Oh!... ¿Quién les ha dicho semejante cosa? – preguntó sorprendido.

— Nadie... Se nos ha ocurrido que usted debe de ser el autor de semejante

hazaña...

— ¡Que cosa más curiosa!... – repuso riendo – porque... ¡lo han adivinado! Que cosa más curiosa... ¡qué gracia que hayan adivinado que fui yo quien lo pescó!...

Y nos explicó como necesitó más de media hora para sacarlo del agua y como se le rompió la caña; dijo como la pesó cuidadosamente al llegar a su casa, dándole un peso neto de treinta y cuatro libras.

Al poco rato se marchó, y apenas hubo desaparecido, el posadero vino a hacernos compañía; le contamos las diversas historias que habíamos oído sobre la trucha, cosa que le divirtió en extremo y todos nos pusimos a reír a grandes carcajadas.

— ¡Si que tiene gracia!... Imaginarse a José Buggles, a Jim Bates, a míster Jones y al viejo Billy Maunders contando como la pescaron... ¡Qué divertido!... Esta sí que es buena... – exclamó el honrado posadero riendo con toda la fuerza de sus pulmones... – ¡Cómo que si fuera verdad iba a estar expuesta en mi casa!...

Entonces nos contó la verdadera historia de la trucha. Hacía muchísimo tiempo, aun era niño, que la pescó, y no gracias a ninguna extraordinaria habilidad, sino a aquella inexplicable buena suerte que acompaña a los muchachos que hacen novillos para ir a pescar en tardes soleadas, llevando como único utensilio una rama de árbol y un trozo de cordel. Según parece, aquella trucha le evitó unos azotes paternales y hasta el maestro dijo que compensaba dos horas de estudio dedicadas a la regla de tres.

En este instante alguien le llamó, y nos quedamos solos contemplando el admirable pescado. Jorge se interesó de tal manera, que subió a una silla para verlo más de cerca, la silla resbaló y para no caer se aferró a la vitrina que, junto con Jorge no tardó en caer al suelo.

— ¿No has estropeado la trucha? – exclamé asustado corriendo hacia Jorge.

— Creo que no... – repuso este, levantándose con todo género de precauciones y mirando en torno suyo.

¿Qué no la había estropeado?... ¡Cómo que se había convertido en mil diminutos pedazos!... Digo mil; a lo mejor fueron novecientos; francamente no tuve ánimos para contarlos.

Nos pareció extraño e inexplicable que una trucha se rompiera en pedazos, y realmente hubiera sido raro tratándose de un auténtico pez disecado; pero no era este el caso.

¡Aquella famosa trucha era de yeso!...

## CAPITULO 18

Excusas. –Se nos retrata a Jorge y a mí. –Wallingford.— Dorchester. – Abingdon. –Un hombre de hogar. –Excelente lugar para ahogarse. –Un difícil pasaje del río. –Los desmoralizadores efectos del aire fluvial.

A la mañana siguiente, bien temprano, salimos de Streatley, remontándonos a remo hasta Culham, donde dormimos bajo nuestro toldo de lona.

Entre Streatley y Wallingford el río no es muy interesante; a partir de Cleave hay una extensión de seis millas y media sin esclusas – la más larga que existe después de Teddington – y el club de Oxford utiliza aquella parte del Támesis para los entrenamientos de sus remeros.

Por muy satisfactoria que resulte esta ausencia de esclusas a los remeros, es desagradable para los que buscan diversiones; yo, particularmente, siento gran simpatía por las esclusas, pues rompen agradablemente la monotonía del remar. Me encanta ir sentado en una barca y sentirme suavemente remolcado desde las mansas aguas hasta nuevas profundidades o bien desaparecer del mundo y esperar pacientemente, en tanto que las sombrías compuertas se abren y el resplandor del día que se filtra entre las rendijas, va en aumento, hasta que el río reaparece, bello y sonriente, y uno saca la barca de su estrecha cárcel para volver a encontrar la plácida acogida del Támesis.

Las esclusas son lugares eminentemente pintorescos; el robusto guarda, su simpática mujer y su hija de grandes y expresivos ojos son agradables personajes con los cuales resulta muy divertido – sí, mucho – cambiar breves palabras. Allí se encuentra uno con otras barcas y se inician alegres charloteos. El Támesis no sería ese lugar lleno de mágico encanto si faltaran las esclusas semicubiertas por flores silvestres y enredaderas.

Hablando de esclusas... esto me trae a la memoria algo que nos sucedió a Jorge y a mí una mañana de verano en Hampton Court.

Era un bellissimo día, claro, soleado, alegre; la esclusa estaba llena de gente y, según es costumbre en el río, un fotógrafo profesional se dedicaba a tirar retratos mientras nos deslizábamos por las aguas. De primer momento no me di cuenta de ello; de ahí que me causara indescriptible sorpresa ver a Jorge que se enderezaba los pliegues de los pantalones, se alisaba los revueltos cabellos y, echándose la gorra hacía la coronilla, adoptaba una expresión de encantadora gentileza, que completó sentándose graciosamente, y tratando de esconder los pies.

Lo primero que se me ocurrió fue que había visto a alguna amiguita suya y miré a ver quién era. Toda la gente de la esclusa parecía haberse convertido en estatuas, pues estaban de pie o sentados en las más originales actitudes que uno pueda imaginar – no sé por qué me recordaron las de los personajes de abanicos japoneses; – en los rostros de las muchachitas aparecían dulces sonrisas – ¡qué bonitas estaban! – y todos los hombres aparecían serios, con aspecto sereno y majestuoso. Entonces lo comprendí todo y temí no llegar a tiempo; nuestra barca se hallaba en primer término y sería poco cortés estropear la fotografía; me puse de cara al aparato, sentado en proa, apoyándome despreocupadamente en un garfio, con una pose que sugería agilidad y fuerza; arreglé mis cabellos, dejando caer un rizo sobre la frente y puse una cara, medio cínica, medio tierna que, según me han dicho, me favorece extraordinariamente. Y mientras esperábamos el instante decisivo, oímos que alguien gritaba:

— ¡Cuidado con la nariz!

No podía volverme a ver lo que ocurría y a que nariz se refería el aviso; miré de reojo a Jorge, cuya nariz estaba bastante bien y, en el peor de los casos, tampoco podía rectificarse; bizqueando un poco miré la mía y comprobé que tampoco tenía nada anormal.

— ¡Cuidado con la nariz! ¡idiotas!... – tornó a repetir aquella voz.

Y otra, tan desconocida como enérgica, agregó:

— ¡Cuidado con la nariz!... Si... ustedes, los de delante... los que llevan un perro...

Ni Jorge ni yo nos atrevimos a movernos, la mano del fotógrafo apretaba el disparador... ¿Qué quería esa gente?... ¿Qué sucedía con nuestras narices? ¿Por qué debíamos tener cuidado?

Al poco rato, todos los de la esclusa prorrumpieron en una frenética exclamación y una voz gritó a nuestras espaldas:

— ¡Cuidado con su barca, señores... Ustedes, los de las gorras rojas y negras!... Si no se dan prisa serán sus cadáveres los que retratarán...

Dimos una vuelta en redondo y vimos que la barca se había enredado con un trozo de madera que pendía de la esclusa y que el agua estaba a punto de anegar el bote; rápidos como dos flechas cogimos un remo y golpeando los lados de la esclusa, liberamos el bote, cayendo de espaldas.

No, nuestro retrato no tuvo el éxito que confiábamos; tuvimos la desgracia de que el fotógrafo apretara el botón en el preciso momento en que estábamos en el suelo con una salvaje expresión de “¿Dónde estamos?” “¿Qué ha ocurrido?” pintada en nuestros rostros y con las piernas en el aire... Por cierto,



que nuestros pies ocuparon el primer plano de la fotografía, que, en realidad, poco más dejaba ver. Detrás de ellos se adivinaba confusamente la existencia de otras embarcaciones y fragmentos de paisaje, pero todos y todo lo que había en esos alrededores tenía un aspecto insignificante y mezquino comparado con nuestras extremidades. La gente se avergonzó de verse así y rehusó adquirir ninguna copia; el propietario de un vapor que encargó seis reproducciones anuló su pedido al ver que su embarcación no aparecía; el pie derecho de Jorge la ocultaba.

A raíz de todo hubo una serie de desagradables discusiones; el fotógrafo tenía la pretensión de que debíamos quedarnos con una docena de copias cada uno de nosotros, puesto que ocupábamos nueve décimas partes de la fotografía, pero nosotros rechazamos terminantemente sus insinuaciones.

— No nos oponemos a ser fotografiados – le manifestamos – aunque preferimos que sea como Dios manda; ese género modernista no es el nuestro...

\*\*

Wallingford, a seis millas de Streatley, es un antiquísimo lugar que ha tenido parte activa en la historia de Inglaterra. En época de los britanos sólo era una ruda aldea de chozas de barro que sirvió de albergue a los rudos guerreros que se atrincheraron allí hasta que las legiones romanas se internaron, obligándoles a abandonar sus cuevas. Los romanos reemplazaron aquellas paredes de arcilla por poderosas fortificaciones cuyos rastros el tiempo no ha podido destruir del todo... ¡aquellos viejos constructores de imperios también sabían construir en piedra viva! No obstante, si el tiempo no pudo gran cosa con los muros romanos, en cambio aniquiló las legiones y, en ese mismo lugar, años después lucharon los salvajes sajones y los corpulentos daneses hasta que los normandos hicieron su aparición. En los tiempos de la guerra parlamentaria, Wallingford era plaza fuerte, que terminó rindiéndose, contemplando con estupor como sus recias murallas caían al suelo, convertidas en polvo.

Desde Wallingford hasta Dorchester, los alrededores del río resultan más montañosos y variados. Dorchester se halla a media milla del Támesis y, aunque se puede llegar desde el río utilizando una lanchita, el mejor sistema es dejar la vía fluvial en Day Lock e ir paseando por los campos. La ciudad es muy antigua, llena de paz y rodeada de un silencio sepulcral. Dorchester, igual que Wallingford, tuvo gran importancia en la época primitiva de “Gaer Doren”, la ciudad en el agua. En tiempos más recientes los romanos atrincheraron el campo, y sus fortificaciones, que hoy carecen de valor, fueron extraordinariamente admiradas. Más tarde, en época de los sajones, se convirtió en la capital del condado; si antaño fue fuerte y poderosa, hoy es una

antigua reliquia que vive adormecida, lejos del mundanal bullicio.

Las orillas del río son bellísimas en Clifton Hampden, pequeña ciudad a la antigua, llena de flores y árboles. Si se desea hacer noche en Clifton, lo más recomendable es alojarse en el “Barley Mow”, que, sin temor a exagerar, puede ser calificada como la posada más original, encantadora y antigua de todas las existentes a orillas del Támesis. Se encuentra a la derecha del río, bastante apartada de la ciudad; sus tejados bajitos y recubiertos de paja, sus ventanas enrejadas le dan aspecto de casita de cuentos de hadas.

Su interior es mucho más pintoresco. Este sí que no sería marco adecuado para protagonistas de novelas modernas que son siempre “mujeres divinamente altas” y pasan el tiempo irguiéndose en toda su estatura. Cada vez que en Barley Mow quisieran hacer esto, tocarían el techo con la cabeza.

Para un borracho tampoco resultaría este lugar muy apropiado, pues existen diversas sorpresas de la categoría de escaleras inesperadas en lugares inesperados, que hay que subir o bajar para ir de un sitio a otro; y encontrar la respectiva habitación y, una vez dentro dar con la cama serían dos operaciones irrealizables por quien no se hallase completamente sereno.

\*\*

A la mañana siguiente nos levantamos temprano, pues teníamos el propósito de ir a Oxford por la tarde; por cierto que es sorprendente como puede uno levantarse cuando está acampado sin implorar otros “cinco minutitos”. (Se conoce que no es lo mismo dormir envuelto en una manta teniendo una maleta como almohada, que sobre colchón de plumas); la cuestión es que a las ocho y media ya habíamos terminado de desayunar y pasábamos por la esclusa de Clifton.

Desde Clifton a Culham los márgenes del río son monótonos y poco atractivos; sin embargo, luego de cruzar la esclusa de Culham, la más fría y profunda del Támesis, el paisaje se embellece paulatinamente. En Abingdon el río pasa por las principales calles; por cierto que esta ciudad pertenece a la típica especie de las capitales de provincia, eminentemente campesina y eminentemente aburrida. Se enorgullece de su antiguo origen, aunque en este aspecto no puede compararse con Wallingford y Dorchester. En otros tiempos se erigió una famosa abadía y dentro de lo que ha quedado de sus muros santificados, hoy se despachan grandes cantidades de cerveza.

En la iglesia de San Nicolás se admira la tumba de John Blakwall y de Joan su esposa, que murieron el mismo día 21 de agosto, después de una vida de intensa felicidad conyugal. En otra iglesia, la de Santa Elena, hay otra lápida que recuerda que “W. Lee, muerto en 1637, durante su vida engendró a doscientas personas menos tres”. Si saben ustedes descifrar este problema,

comprenderán que su familia estuvo formada por 197 personas. W. Lee, cinco veces alcalde de Abingdon, fue, indudablemente, un benefactor de su generación, y estoy seguro de que en la actualidad no hay nadie capaz de igualar su proeza.

De Abingdon a Nuneham Courtney el río es verdaderamente delicioso. Nuneham Park bien merece los honores de una visita aunque ello sólo es realizable los martes y jueves. El edificio posee una excelente colección de obras de arte y antigüedades y los jardines son muy hermosos.

El lago, que se extiende debajo del desembarcadero de Sandford, justamente detrás de la esclusa, es el sitio ideal para ahogarse. La corriente posee extraordinaria violencia y el que cae no puede hacerse grandes ilusiones sobre volver a tierra. Un obelisco señala el lugar donde dos hombres perecieron ahogados mientras se bañaban, y los escalones al pie del monumento son generalmente usados como trampolín por los jóvenes bañistas que quieren conocer personalmente los riesgos del lugar.

Iffley Lock y su molino, una milla antes de llegar a Oxford, son el “motivo” favorito de la cofradía de pintores amantes del río – por cierto que, después de ver los cuadros, el original no resulta tan bonito – A las doce y media pasábamos por Iffley Lock y, teniéndolo todo a punto para nuestro desembarque, nos dispusimos a cubrir la última milla.

El pasaje más difícil del río, por lo menos a mi humilde entender, es este de Iffley a Oxford; hay que haber nacido en aquellos parajes para poder navegarlo. He pasado infinidad de veces por allí y nunca me ha sido posible seguir la buena dirección, y quien quiera que sea capaz de remar de Oxford a Iffley en línea recta, sin pararse un instante, podrá vivir debajo del mismo techo con su mujer, su suegra, su hermana mayor y la vieja niñera de su infancia. La corriente lleva a la derecha, luego a la izquierda, después al centro, hace dar tres vueltas, arrastra por el medio y siempre termina intentando estrellas a uno contra el esqui de la Universidad. Como natural consecuencia de esto, más de una vez entorpecimos la marcha de otras barcas, que, a su vez, nos entorpecieron a nosotros, y, claro está, se hizo un enorme gasto de palabras poco académicas.

No sé a causa de que debe ser, pero la cuestión es que todo el mundo, cuando está en el río, se siente especialmente irritable; pequeñas incidencias a las cuales no se daría importancia alguna en tierra, si tienen lugar sobre el agua ponen frenético al más sereno. Cuando Harris o Jorge hacen el tonto en tierra me limito a sonreír indulgentemente, mas si se les ocurre repetir su actuación en el río, mi vocabulario es de tal envergadura que helaría la sangre en las venas de un matón, y cada vez que otro bote se me pone delante, me siento preso de furiosos deseos de coger un remo y aniquilar a todos los

pasajeros.

Los temperamentos más dulces y encantadores de tierra firme se convierten en violentos y bebedores de sangre apenas se hallan sobre cuatro tablones flotando en el agua. En cierta ocasión salí de excursión con una muchachita de carácter habitualmente dulce y sereno – cabía decir que era el prototipo de la bondad femenina – sin embargo, apenas estuvo en el río... ¡algo espantoso!...

— ¡Así se lo llevase el demonio!... – exclamaba cuando algún desgraciado se nos ponía delante — ¿No podía mirar por donde va ese animal?... ¡Que aparejo más bestia! – murmuraba indignada al constatar que la vela rehusaba portarse decentemente, y la arreglaba a estirones y puñetazos, con una brutalidad escalofriante.

¡No obstante... en tierra era una adorable muchachita!...

Si, el aire del río causa desmoralizadores efectos sobre el temperamento de las personas, y esto debe de ser la causa de que hasta los marineros sean groseros y utilicen un lenguaje que en sus momentos de serenidad deben de ser los primeros en condenar.

## CAPITULO 19

Oxford. –La idea que Montmorency tiene del paraíso. –Las bellezas y ventajas de una barca de alquiler. –“El orgullo del Támesis”. –Cambia el tiempo. –El río bajo diferentes aspectos. – Una velada poco animada. –Deseos de lo imposible. –...Y prosigue el alegre charloteo. –Jorge nos ofrece una sesión de banjo. –Una triste melodía... –¡Otro día de lluvia! – La huida. – Una cena y... un brindis.

Pasamos un par de días muy agradables en Oxford, si bien hay demasiados perros en esta ciudad. El primer día Montmorency sostuvo once peleas y el segundo catorce, evidentemente debió de creerse en el paraíso.

Si bien las personas débiles – o con pocas ganas de moverse – acostumbran a alquilar una barca en Oxford y dejarse ir sobre las aguas, para los temperamentos enérgicos es más recomendable remar contra la corriente, pues la falta de ejercicio nunca es saludable. Es más satisfactorio sentarse muy erguido y luchar valerosamente contra los elementos; se logra mayor vigor corporal y fuerza espiritual – al menos esta es mi opinión – siempre que Harris y Jorge remen, a mi dejan llevar el timón...

A los que piensan hacer de Oxford su punto de partida, he de aconsejarles

se lleven su propia barca – si no pueden llevarse la de otro – Las barcas de alquiler que se encuentran en el Támesis más allá de Marlow, generalmente son buenas, bien calafateadas, y mientras se les trate cuidadosamente no es probable que se deshagan en menudos fragmentos o se hundan; tienen todo lo necesario para sentarse y poseen los dispositivos adecuados – si no todos, la mayor parte – para remar y gobernarlas; sin embargo, poseen un enorme y capital defecto: ¡no son decorativas! La barca que se alquila más allá de Marlow no es la clase de embarcación que sirve para darse importancia, pues a poco que uno se extralimite le recuerda donde está y en qué compañía. Esta es su principal, podríamos decir su única recomendación. El sujeto que va a bordo, es modesto y sencillo; gusta de quedarse bajo los árboles y casi siempre baja a primeras horas de la mañana o últimas de la noche, cuando no hay mirones en las orillas, y si ve algún conocido, salta a tierra, escondiéndose detrás de un árbol.

Un verano formé parte de un grupo que había alquilado una de estas barcas. Nadie sabía lo que quería decir “embarcación de alquiler”, ni tampoco lo supimos cuando la vimos. Semanas antes habíamos escrito reservando una barca “doble esquife” y al bajar con nuestras maletas al embarcadero y dar nuestros nombres, el guarda dijo alegremente:

— Muy bien... muy bien... Ustedes son aquellos señores que escribieron reservando un doble esquife... Muy bien... Jim, vete a buscar “El orgullo del Támesis”...

El muchacho marchó, reapareciendo cinco minutos después con un trozo de madera antidiluviana, que parecía acabada de salir de una cueva de donde se la sacara sin precauciones. Mi primera impresión fue que se trataba de una reliquia romana, si bien no podía definir qué clase de reliquia; posiblemente era un fragmento de ataúd. Los alrededores del alto Támesis están llenos de restos romanos, de ahí que me pareciera verosímil mi suposición, pero el más formal de la pandilla, chico con veleidades de geólogo, despreció mi teoría “romana” afirmando que para cualquier persona culta – y se sentía apenado por no poder incluirme en esta clasificación – era evidente que lo que traía el mozuelo era una ballena fosilizada. Y nos hizo observar una serie de detalles que demostraban que el cetáceo perteneció a la época preglaciar.

Para solucionar la disparidad de criterios, preguntamos al mozuelo, recomendándole que no temiera darnos su opinión:

— ¿Qué te parece que es: el fósil de una ballena prehistórica, o de los restos de un ataúd romano?...

— No, señores, no es nada de eso que dicen; es “El orgullo del Támesis”

Su respuesta nos hizo la mar de gracia y le dimos dos peniques de propina

por su contestación, mas cuando insistió con la broma, que se hacía pesada, nos enfadamos.

— Anda, muchacho... – gritó con voz de trueno nuestro capitán – ¡Basta de bromitas!... Llévate este barreño para que tu madre pueda lavar y tráenos un bote...

El propietario en persona vino a asegurarnos, bajo palabra de honor, que aquello era en realidad un bote, nuestra embarcación, el “doble esquife” escogido para conducirnos en nuestra excursión por el río.

Protestamos, por lo menos podía haberlo pintado o alquitranado, en fin, algo que lo distinguiera de los restos de un naufragio, empero el armador no compartía nuestro punto de vista: lo encontraba perfectamente bien. Aseguró que “El orgullo del Támesis” había sido utilizado tal como estaba durante más de cuarenta y dos años, que nunca nadie había presentado la menor reclamación y que no veía el motivo de nuestra queja. No discutimos más – ¡era inútil! – reforzamos la barca con trozos de cuerda, buscamos papel de embalar que pegamos sobre los lugares más estropeados y, después de rezar nuestras oraciones con mayor fervor, procedimos a embarcarnos.

Nos llevaron treinta y cinco chelines como alquiler de aquel trasto que podíamos haber comprado por cuatro chelines y seis peniques en cualquier tienda de muebles viejos de la costa.

\*\*

Al tercer día cambió el tiempo – me refiero a nuestra actual excursión – y salimos de Oxford en viaje de regreso bajo una intensa lluvia. El río, con los rayos del sol danzando sobre las claras aguas, dorando los troncos de los árboles, iluminando los escarpados senderos, persiguiendo a las sombras entre las ramas de los grandes sauces, convirtiendo en diamantes las gotitas de agua de los molinos, besando los lirios, jugando con el agua blanca de las esclusas, plateando las paredes llenas de musgo y los viejos puentes; iluminando los más humildes poblados, los verdes prados, riendo en cada arroyuelo, pintando a grandes brochazos las blancas velas y llenando el aire de su infinita gloria es algo parecido a un cuento de hadas. Pero el mismo río, frío y triste, con las incansables gotas de agua que caen sobre sus oscuras profundidades, con sordo rumor de sollozos lejanos, y los bosques, llenos de sombras, silenciosos, envueltos en nubes de vapor que se alzan cual sombríos espectros, mudos fantasmas con ojos cargados de reproches, semejantes a espíritus del mal, semejantes a las almas de los seres que hemos olvidado, es lugar habitado por los espíritus, es el reino de la tristeza y la melancolía.

La luz del sol es la savia viviente de la naturaleza, y cuando el sol la ha abandonado, la madre Tierra nos contempla con ojos tristes, sin energía ni

expresión; entonces nos da pena estar con ella, que parece ignorarnos. Es una viuda inconsolable que ha perdido a su esposo bien amado, a quien sus hijos acarician tiernamente las frías manos, mirándola amorosamente, sin lograr una sola sonrisa de comprensión.

Todo el día estuvimos remando bajo la lluvia; ¡que tarea más melancólica! De primer momento, intentamos tomárnosla alegremente, ¿qué importancia tenía un cambio de tiempo? Sería divertido conocer otro aspecto del río, pues tampoco habíamos confiado que todo el tiempo brillara Febo – ni lo deseábamos... – la naturaleza siempre es bella, incluso cuando llora.

Durante las primeras horas, Harris y yo experimentamos un verdadero entusiasmo por la lluvia; hasta entonamos una canción que ensalzaba los encantos de la vida bohemia, libre tanto en la tempestad como bajo el sol, oreada por todos los vientos y acariciada por la lluvia. Esta canción ridiculizaba a las personas que no sienten cariño hacia ese género de vida. Jorge, menos entusiasmado, abrió prudentemente su paraguas.

A la hora de almorzar, colocamos el toldo, manteniéndolo toda la tarde; sólo dejamos una pequeña abertura desde donde se podía remar y escudriñar el horizonte; de esta manera cubrimos nueve millas, y al anochecer llegamos a Day Lock.

Honradamente, no puedo decir que tuviéramos una velada muy alegre; la lluvia caía con monótona persistencia; la barca, sus ocupantes y equipajes estaban concienzudamente mojados. La cena no nos dejó muy satisfechos; el pastel de ternera fría resulta poco apetitoso cuando no se tiene hambre. Yo me hubiese comido una costilla calentita; Harris ensalzaba los méritos del lenguado y la salsa blanca y pasó las sobras de su plato a Montmorency, que lo rehusó dignamente, y, aparentemente ofendido por el ofrecimiento, fue a sentarse al otro extremo de la barca.

— Haced el favor de callaros mientras como esta carne tan insípida – rogó Jorge al oír el intercambio de recetas gastronómicas.

Después hicimos una partida de cartas; al cabo de hora y media, Jorge había ganado cuatro peniques – este chico siempre tiene suerte en el juego – y Harris y yo habíamos perdido, exactamente, dos peniques cada uno, y decidimos abandonar el vicio.

— El juego da una insana excitación nerviosa que lleva a lamentables extremos – afirmó Harris gravemente.

— Os propongo el desquite – dijo Jorge alegremente.

Harris y un servidor no quisimos seguir luchando contra el destino. Preferimos prepararnos unos cuantos grogs calientes y charlar un ratito.

— Hace dos años – contó Jorge – en una excursión al Támesis, conocí un muchacho que durmió en barca, en un día como hoy; a consecuencia de esto le sobrevinieron unas fiebres reumáticas que les costaron la vida al cabo de diez días y tras una larga agonía... ¡Pobre chico... tan joven y a punto de casarse!...

Esta historia recordó a Harris un amigo suyo, que perteneció a los Voluntarios y por dormir debajo de su tienda una noche de lluvia, en Aldershot, a la mañana siguiente despertó baldado de por vida.

— Cuando estemos en Londres, os lo presentaré y vuestro corazón derramará lágrimas de sangre.

De esto pasamos a un alegre charloteo sobre ciática, fiebres, reumatismo, enfermedades pulmonares, bronquitis, etc. Harris hizo observar el terrible dilema en que nos encontraríamos si alguien caía gravemente enfermo durante la noche, dado lo apartados que nos encontrábamos de los médicos y la farmacia.

Se hizo necesario distraerse – en nuestros rostros aparecían tristes expresiones – y propuse a Jorge que tocara algo cómico; no se hizo de rogar ni se excusó diciendo que no tenía la música; cogió el banjo y empezó:

“Dos grandes ojos negros...”

Siempre he considerado esta canción como una cosa sin importancia, pero la enorme cantidad de tristeza que Jorge extrajo de sus compases, fue algo que me sorprendió. Mientras nuestro amigo cantaba, en Harris y en mí crecía el infinito deseo de caer uno en brazos del otro y sollozar inconsolablemente. A costa de grandes esfuerzos contuvimos nuestras lágrimas, escuchando en silencio la triste melodía. Al llegar al refrán, hicimos un desesperado esfuerzo para alegrarnos y llenamos de nuevo nuestros vasos y nos unimos a la música. Jorge, con voz temblorosa por la emoción, llevaba la marcha, mientras Harris y yo seguíamos:

“Dos grandes ojos negros,  
que dulce sorpresa...  
sólo por decirnos dolores  
dos...”

Aquí nos detuvimos impotentes. ¡No podíamos continuar! El inenarrable acompañamiento que Jorge dio a la palabra “dos” se hacía imposible de soportar dado nuestro estado de depresión nerviosa. Harris rompió a llorar como un niño y Montmorency aulló hasta que pensé que su corazón estallararía, o su mandíbula se dislocaría...

Jorge quiso continuar; pensaba que una vez entrara de firme en la canción



podría cantarla más expresivamente y la música nos parecería menos triste; no obstante, el sentir de la mayoría fue opuesto al experimento. Y como no teníamos nada que hacer, fuimos a dormir; esto es, nos desnudamos, dando vueltas en el fondo de la barca durante tres o cuatro horas, al cabo de las cuales caímos en un pesado sopor hasta las cinco de la mañana, hora en que nos levantamos y desayunamos.

El segundo día fue exactamente igual al primero; la lluvia no cesaba, y envueltos en los impermeables, bajo la lona, íbamos deslizándonos dulcemente río abajo. Uno de nosotros, no se quien aunque parece que fui yo mismo, hizo débiles esfuerzos para resucitar la vieja canción bohemia de ser hijos de la naturaleza y gozar con la lluvia; más no tuve éxito. Aquel

“Que me importa que llueva...

que me importa que el cielo...”

expresaba tan bien nuestros sentimientos que se hacía innecesario decirlo cantando.

Sobre un punto estábamos de acuerdo y era que ocurriese lo que fuera seguiríamos hasta el fin; habíamos ido a pasar unas vacaciones en el río y los quince días los pasaríamos en el río. Si moríamos... ¡bah!... sería una pena para parientes y amigos, más no podíamos evitarlo: regresar porque llovía, y en un clima como el nuestro, constituía un desastroso precedente.

— Sólo faltan dos días – dijo Harris, animándonos – somos jóvenes y fuertes... bien podemos resistirlos.

A eso de las cuatro discutimos nuestros planes de la noche; acabábamos de pasar Goring y decidimos atracar en Pangbourne, donde pasaríamos la noche.

— ¡Otra nohecita toledana! – murmuró Jorge.

Esta perspectiva nos afectó bastante; llegaríamos a Pangbourne a las seis; terminaríamos la cana, digamos, a las seis y media, entonces podríamos dar una vuelta por la aldea – bajo la lluvia – o sentarnos en un mal iluminado fonducho a leer el almanaque.

— ¡El “Alambra” estaría más animado!... – dijo Harris sacando la cabeza para inspeccionar el cielo

— Con una cena en X — agregué inconscientemente.

— Si, es una verdadera pena que hayamos decidido quedarnos en esta barca – murmuró Harris.

Hubo un silencio.

— Si no hubiésemos decidido ir en busca de la muere dentro de este

infecto féretro... – observó Jorge mirando alevosamente a la barca – valdría la pena saber que sale un tren de Pangbourne a las cinco y minutos... Nos dejaría en Londres a tiempo de comer una costilla y luego ir al lugar que acabáis de mencionar...

Nadie contestó; nos miramos unos a otros; cada cual creía ver sus propios pensamientos, confundidos y débiles, en los rostros de los demás.

\*\*

Cogimos la maleta y desembarcamos silenciosamente – no había ni un alma en los alrededores – Veinte minutos después, tres individuos, seguidos de un perro de lastimoso aspecto, salían furtivamente del embarcadero del “Swan” hacia la estación del tren, ataviados de la siguiente, poco elegante e inadecuada manera:

Zapatos negros, sucios; traje de franela, muy sucio; sombrero de fieltro castaño, manchadísimo; impermeables muy mojados y paraguas.

Engañamos al barquero de Pangbourne, pues nos faltó valor para decir que huíamos de la lluvia; le dejamos el bote y cuanto contenía, dándole instrucciones para que lo tuviera a punto a las nueve de la siguiente mañana. Si algo imprevisto nos ocurriera, impidiéndonos regresar, se lo comunicaríamos por escrito. Llegamos a Paddington a las siete, tomamos un coche para ir al restaurante en cuestión, donde hicimos una ligera comida; encargamos una cena para las diez y media dejando allí a Montmorency y continuamos hacia Leicester Square. En el “Alambra” llamamos la atención del público. Al llegar a la taquilla se nos invitó, sin gran amabilidad, a entrar por la puerta de la calle Castle, “entrada de artistas”, informándonos, siempre con la misma falta de amabilidad, que llegábamos con un retraso de media hora. Nos costó gran trabajo convencer al empleado de que no éramos los “universalmente afamados equilibristas de las montañas del Himalaya”, hasta que finalmente cogió el dinero y nos dejó entrar.

En el interior, nuestro éxito fue mucho más apoteósico; nuestros rostros tostados por el sol y nuestra pintoresca indumentaria causaron la admiración de la distinguida concurrencia; en una palabra, atrajimos todas las miradas. ¡Que orgullosos nos sentíamos!

Apenas hubo terminado el primer ballet fuimos al restaurante, donde nos esperaba la cena. He de confesar que aquella apetitosa cena nos colmó de alegría. Durante diez días habíamos vivido alimentándonos de carne fría, pasteles, pan y confitura – como si dijéramos una simple y alimenticia dieta, sin grandes atractivos – El olor del Borgoña, el perfume de las salsas francesas y la presencia de servilletas limpias y largos y tiernos panecillos llamaban, cual bien amados visitantes, a las puertas de nuestras almas. Estuvimos

ejercitando las mandíbulas bastante rato, bebiendo de firme; luego dejamos los platos, apartamos los cubiertos, nos sentamos bien, estirando las piernas, y examinamos críticamente el techo, cosa que antes no nos fue posible hacer, y dejamos las copas, sintiéndonos saturados de bondad, de perdón, de generosidad.

En ese instante, Harris, que se hallaba sentado cerca de la ventana, apartó la cortina, mirando a la calle. Todo estaba lleno de las sombras de la noche; las luces parpadeaban bajo la lluvia, que seguía cayendo vigorosamente, y un torrente de agua iba a parar a las cloacas. Unos cuantos transeúntes, calados hasta los huesos, pasaron encogidos bajo los paraguas, las mujeres caminaban arremangándose cuidadosamente las faldas.

— Pues bien – dijo Harris tomando su copa – hemos tenido un agradable viaje... ¡muchas gracias, abuelo Támesis!... aunque creo que hicimos santamente en interrumpirlo. ¡A la salud de tres hombres que salieron, felizmente, de una barca!

Y Montmorency, sentado sobre sus patas posteriores, dio una mirada a la oscuridad de la noche y ladró brevemente para demostrarnos su ferviente adhesión al brindis de Harris.

**Freeditorial** 